

AÑO 21. n° 60 – ISSN 1794-8886

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 2026

m

MEMORIAS

REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y
ARQUEOLOGÍA DESDE EL CARIBE COLOMBIANO





MEMORIAS

REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
DESDE EL CARIBE COLOMBIANO

Comité científico

Dr. Sergio Paolo Solano de las Aguas, Universidad de Cartagena, Colombia

Dr. Rafael Cabrera-Collazo, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Puerto Rico

Dra. Milagros Denis-Rosario, Hunter College-CUNY, Estados Unidos

Dr. Juan Guillermo Martín Rincón, Centro de Investigaciones Históricas Antropológicas y Culturales (CIHAC AIP), Panamá

Dr. Luis Alarcón Meneses, Universidad del Atlántico, Colombia

Dr. Antonio Gutiérrez Escudero, Escuela de Estudios Hispanoamericanos - CSIC, España

Dr. Jose Luis Belmonte Postigo, Universidad Pablo de Olavide, España

Dra. Elizet Payne Iglesias, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dr. Jorge Enrique Elías Caro, Universidad del Magdalena, Colombia

Comité editorial

Dra. Mu-Kien Adriana Sang Ben, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, República Dominicana

Dra. Yovanna Celaya Nandez, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales Universidad Veracruzana, México

Dr. Raul Román, Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Dr. Jorge Conde Calderón, Universidad del Atlántico, Colombia

Dr. Ronny Viales Hurtado, Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Dr. Alfonso Múnera Cavadía, Asociación de Estados del Caribe (AEC), Colombia

Equipo editorial

Editores / Roberto González Arana y Daniel Rodríguez Osorio

Asistente editorial / Jenniffer Crawford Chatelain

Coordinación editorial / María Margarita Mendoza Medina y Mariela González Hawkins

Concepto gráfico y diseño / Joaquín Camargo Valle

Corrección de texto / Henry Stein y Teresa Beltán

Diseñador asesor / Munir Kharfan de los Reyes

Maquetación / Luz Miriam Giraldo Mejía



Contenido

DOSSIER

El Instituto Agrícola de García Rovira. La política del reinicio
en los comienzos de la profesionalización de la agronomía
en Colombia (1879-1885) 4
Mauricio Puentes Cala

Territorio, migración, religión e interacción cultural:
el caso de los menonitas en Janos (Chihuahua, México) 36
Elizabeth Bautista Flores
Nora Loreto Quintana
Jorge Villanueva Villalpando

Memoria e identidad en disputa: una revisión sistemática
de la comunicación y justicia simbólica en los escenarios del
conflicto armado o de transición hacia la paz 70
Melissa-Isabel Quintana-Fernández
Jorge- Ricardo-Agudelo-Jiménez

RESEÑAS

Nicolas Dip (coordinador)
La nueva izquierda en debate. Miradas desde la
historia reciente de América Latina 101
Carla Peñaloza Palma

Olga Lucía González
El presidente que no fue: la historia silenciada de Gabriel Turbay 106
Sergio Alejandro Méndez-Vizcaya



El Instituto Agrícola de García Rovira. La política del reinicio en los comienzos de la profesionalización de la agronomía en Colombia (1879-1885)*

The Instituto Agrícola de García Rovira. The Politics of Resetting in the Beginnings of The Professionalization of Agronomy in Colombia (1879-1885)

MAURICIO PUENTES CALA

maopc03@gmail.com

Doctor en Ciencias Sociales. Investigador independiente reconocido por Minciencias.

<https://orcid.org/0000-0002-3976-8493>

Resumen

Este artículo realiza un aporte temático al estudiar una de las primeras facultades de agronomía que existió en el país: el Instituto Agrícola de García Rovira. La apertura de este plantel sentó un singular antecedente en la profesionalización de la formación agropecuaria en Colombia. Lo anterior, al otorgar el título de ingeniero agrónomo. Simultáneamente, a partir del análisis histórico del Instituto Agrícola, este trabajo ofrece una contribución teórica, ya que propone el concepto de “política del reinicio”. Ello a fin de explicar por qué el mencionado Instituto terminó siendo clausurado y desmantelado cuando una facción contraria asumió las riendas del Estado. La política del reinicio es un mecanismo de relevo político que busca resignificar el poder mediante la supresión material y simbólica de todo aquello que pueda representar las conquistas del opositor. Este escrito justifica sus afirmaciones mediante una revisión hemerográfica y normativa que fue hecha empleando el análisis documental.

Palabras clave: educación, agricultura, liberalismo, Regeneración, cultura política.

* Agradecimiento especial al maestro en artes escénicas y cronologista de Concepción René Ríos Cáceres, quien me habló por primera vez del Instituto Agrícola y sembró en mí el interés por estudiar este interesante tema.



Abstract

This paper makes a thematic contribution by studying one of the first faculties of agronomy that existed in the country: the Instituto Agrícola de García Rovira. Specifically, the opening of this school set a unique precedent in the professionalization of agricultural education in Colombia. This was achieved by granting the degree of agronomic engineer. Simultaneously, based on the historical analysis of the Instituto Agrícola, this work offers a theoretical contribution, as it proposes the concept of a “restart policy,” in order to explain why the institute was ultimately closed and dismantled when an opposing faction took over the reins of the state. This policy of restart is a mechanism of political change that seeks to redefine power through the material and symbolic suppression of everything that could represent the gains of the opposition. Methodologically, the paper justifies its assertions by means of a periodical and normative review based on documentary analysis.

Keywords: education, agriculture, liberalism, Regeneration, political culture.

Introducción

El Instituto Agrícola de García Rovira fue la segunda universidad fundada en la región santandereana y la primera facultad de ingeniería agronómica que existió en Colombia (Romero-Otero, 1992, pp. 174-179). Desde la primera mitad del siglo XIX, Santander se destacó en la producción de tabaco y café, dos mercancías cuya demanda internacional aumentó a partir de la década de 1850 (Palacios y Safford, 2002, pp. 431-432). Tanto las exportaciones de tabaco y café como las de quina y algodón eran vitales para los ingresos económicos de la nación. Por esta razón, los mandatarios liberales que gobernaron el país, especialmente desde 1863, comenzaron a contemplar seriamente que la educación agrícola y la tecnificación del campo eran los medios que podrían contribuir al incremento de las rentas nacionales (Junguito-Bonnet, 2022b, p. 183). Así las cosas, en virtud de la importancia estatal de la agricultura santandereana, la región fue focalizada para la fundación de un centro de educación superior con vocación agrícola.

La creación de la Sociedad de Agricultores Colombianos en marzo de 1871 fue un hecho esencial que impulsó la puesta en marcha del proyecto educativo enfocado en el campo (Bejarano-Ávila, 2011c, p. 431). El presidente del país, Eustorgio Salgar, fue uno de los mayores promotores de esta iniciativa (*El Agricultor*, 1873, p. 2). Ello respaldado por dos influyentes liberales: el general Julián Trujillo Largacha y el intelectual Salvador Camacho Roldán. La Sociedad de Agricultores tenía como objetivo investigar el estado de la agricultura nacional y hallar alternativas para su desarrollo (Bejarano-Ávila, 2011c, pp. 431-433; Junguito-Bonnet, 2022a, p. 179). En procura de ello, Salvador Camacho, lanzó en 1873 “*El Agricultor*”, revista de difusión de temas agrícolas y de presentación de investigaciones y anotaciones hechas por el comité científico de la Sociedad de Agricultores (*El Agricultor*, 1873, pp. 1-2). Un año más tarde, se abrió en Cundinamarca una Escuela Agrícola con sede en la hacienda El Chicó. Esta Escuela ofrecía clases teórico-prácticas de agricultura, veterinaria y economía rural. No obstante, aunque la apertura de esta institución representó un avance significativo para los intereses gubernamentales sobre el agro, la Escuela formaba para el trabajo, mas no para el quehacer científico. Tal hecho hacía primar la técnica y el espíritu práctico sobre la investigación, lo cual limitaba el desarrollo científico y, con ello, el crecimiento económico (Bejarano-Ávila, 2011b, p. 331).

En consecuencia, en 1878, cuando el general Julián Trujillo fue elegido presidente de la república, se dispuso a crear el Departamento Nacional de Agricultura, entidad para el fomento agropecuario que facilitó la promulgación del Decreto 514

de 1879, normativa que hizo posible el establecimiento de la enseñanza superior agrícola en el país. De allí la fundación del Instituto Nacional de Agricultura Superior. La puesta en funcionamiento de dicho Instituto fue encargada, primero, al político Rafael Núñez Moledo y, más tarde, al reconocido médico bogotano Juan de Dios Carrasquilla, quienes procedieron, con asesoría del agrónomo belga Eugene Hambursin, a adecuar las instalaciones, a conformar la planta profesoral y a abrir los primeros cursos (Revista de la F. de M., 1933, p. 762; Cuéllar-Montoya, 2008, p. 189; López-Trujillo, 2019, p. 481). La sede principal del centro educativo se ubicó en Bogotá, y en sus inmediaciones se instaló una quinta de aclimatación y experimentos para las prácticas agrícolas de los estudiantes.

El Instituto Nacional de Agricultura inició labores en febrero de 1880 bajo un plan de estudios de cuatro años que permitía optar al título de profesor de agricultura (Decreto 514, 1879, art. 7-8, 13). Aunque la carencia de materiales de enseñanza, la falta de recursos económicos y la ausencia de voluntad política fueron problemas que continuamente hicieron flaquear al centro de estudios, el Instituto logró funcionar hasta el 1885, año en el que fue clausurado por el gobierno a causa del déficit presupuestal ocasionado por la guerra civil bipartidista (1884-1885) (Cuéllar-Montoya, 2008, p. 189). Pese a lo mencionado, este establecimiento sentó el primer antecedente nacional en la profesionalización de la labor agropecuaria (Revista de la F. de M., 1933, pp. 762-763; Torres-Martínez, 2012, p. 146; Torres-Martínez, 2023, pp. 89, 123).

Sin embargo, el Instituto Nacional de Agricultura no fue la única iniciativa de esta naturaleza que surgió en la época. También aparecieron establecimientos educativos promotores de la ciencia agraria en los estados soberanos de Boyacá, Antioquia y Bolívar (Bejarano-Ávila, 2011b, p. 331). De igual manera, en el Estado de Santander, puntualmente, en el poblado de Concepción, fue formalizado en 1879 el Instituto Agrícola de García Rovira. Este plantel otorgaba el grado de ingeniero agrónomo y no de profesor de agronomía. Lo anterior representaba una gran novedad, pues, a diferencia de los demás institutos de la Unión, que preparaban hombres para profesar la agricultura, la institución santandereana formaba directamente científicos y técnicos para intervenir el agro (Romero-Otero, 1992; 179; 190; Barón, 1937, p. 212).

Es así como este artículo ofrece un acercamiento a la historia del Instituto Agrícola de García Rovira y del papel que desempeñó en los inicios de la profesionalización de la agronomía en Colombia. El Instituto garcíarovirense fue pionero a nivel nacional en la formación técnico-científica para la transformación agropecuaria.

Sin embargo, ha pasado prácticamente desapercibido por los estudios de la historia de la agricultura y la agronomía colombianas, quedando este importante tema relegado a la historiografía regional y local (Gómez, 1946, p. 233; Mejía-Calderón, 1986, p. 112; Otero-Muñoz, 1990, pp. 357-358; Romero-Otero, 1992, pp. 179-191; Gutiérrez y Martínez, 1996, p. 96; Torres-Martínez, 2012; Pacheco-Blanco, 2002; Junguito-Bonnet, 2022b; Torres-Martínez, 2023). En vista de ello, este trabajo pretende dar a conocer el mencionado plantel como un relevante precedente del arribo y la difusión de las ciencias agrarias en el país.

Asimismo, el estudio de este centro de educación superior santandereano, en especial el análisis de su proceso de disolución a finales de 1884, permite construir el concepto de “política del reinicio”. Esta noción hace referencia a la manera sectaria como ha procedido la clase gobernante cuando trata de defender sus intereses frente al contendor electoral. En este sentido, la política del reinicio puede entenderse como un mecanismo que consiste en destruir toda conquista o avance que haya realizado el adversario político durante su administración. Esto cuando ocurre una transición de mando entre partidos o entre personajes que se encuentran en orillas ideológicas distintas. Así las cosas, una vez el nuevo mandatario llega al poder comienza a desmontar todo aquello que haga referencia o sirva de bandera a la facción contraria. Lo anterior con la intención de dejar al opositor sin base social y, por su intermedio, restarle capital político. En esta medida, la política del reinicio es un retorno a las condiciones iniciales, es volver a empezar, echando por la borda lo construido previamente con el propósito de anularlo de manera definitiva o reajustarlo a conveniencia. El reinicio del que se habla representa un cambio regresivo que desahucia y sacrifica lo ya hecho sin la seguridad de que tendrá reemplazo. Todo esto es ejecutado siguiendo la antigua idea maquiavélica de que solo es posible reinar plenamente cuando se hace desde las cenizas del rival, “porque, en verdad, no hay otro medio más seguro de posesión que la ruina” (Maquiavelo, 2001, p. 20).

El planteamiento del concepto “política del reinicio” parte de algunos elementos de la noción “tierra arrasada” que propone Rossana Reguillo (2021). Ello con la intención de explicar el sentido de la categoría “necromáquina”, la cual es entendida como una estrategia político-militar que no se conforma con derrotar al enemigo, pues, además de vencerlo, busca borrar toda huella suya. Ello a fin de anular posibles resistencias y de producir docilidad mediante la aplicación de un proceso de articulación-desarticulación sobre lo anteriormente formado. A diferencia de la tierra arrasada, la política del reinicio no consiste en destruirlo todo

para emprender la retirada, sino en deshacer de manera selectiva lo hecho por otros para sobre las ruinas ajenas echar bases más sólidas.

Para alcanzar los objetivos temático y teórico, este trabajo realiza el estudio de una problemática situada y, para ello, además de hacer un balance bibliográfico, efectúa una consulta de documentación primaria que incluye la revisión de reglamentación, correspondencia y fuente hemerográfica. Tal revisión ha sido realizada a la luz del análisis documental. Adicionalmente, tanto el horizonte argumental como los aspectos operativos de este artículo han empleado como hoja de ruta el método histórico.

Los inicios del Instituto Agrícola de García Rovira

Cuando en 1879 comenzaba a tomar forma en Santander el proyecto de abrir un centro estudios dedicado a la profesionalización de la agricultura, Colombia o, mejor dicho, Estados Unidos de Colombia, era un país regido por un modelo federal y conformado por nueve estados soberanos: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima. Cada uno de dichos estados tenía una amplia autonomía política, fiscal y militar, respecto al Gobierno central y la capital de la Unión: Bogotá (Palacios y Safford, 2002, pp. 427-457).

En este escenario, el Estado Soberano de Santander era uno de los más representativos de la Unión. Ello debido a su protagonismo en la producción de rentas agrícolas esenciales para la financiación de la nación (Ariza-Ariza, 2018). El Estado Soberano en mención estaba conformado por los territorios de los actuales departamentos de Santander y Norte de Santander, y su capital estaba localizada en la histórica población del Socorro. Para el año 1879, el presidente del Estado santandereano era el reconocido caudillo liberal José Pacífico Solón Wilches Calderón (Otero-Muñoz, 1990, pp. 299, 322). Dicho mandatario era amigo personal y aliado político del recién electo presidente de Colombia Julián Trujillo, del secretario del Tesoro Salvador Camacho y del ministro de hacienda Rafael Núñez (Otero-Muñoz, 1990, pp. 312-321). Personajes que precisamente habían sido los promotores de la fundación de la institucionalidad agrícola de la Unión y del Instituto Nacional de Agricultura. Solón Wilches, aprovechando su cercanía a las altas esferas del Gobierno central y su sintonía con ellas respecto al tema agropecuario, decidió proyectar la creación en Santander de una institución de educación superior enfocada en la profesionalización agrícola. Esto siguiendo los pasos de su suegro, Rafael Otero Navarro, quien siendo presidente del mismo Estado Soberano impulsó en 1864 la

fundación del primer plantel de educación superior de Santander: la Universidad de San Gil (Romero-Otero, 1992, p. 174; Ariza-Ariza, 2014, p. 32).

Es preciso señalar que el deseo de los dirigentes liberales por impulsar la profesionalización de la agricultura en las regiones de Colombia también era una respuesta a las dinámicas de mundialización económica que habían sido introducidas por la Segunda Revolución Industrial (1870-1914). La transformación de la industria y el afianzamiento de la economía de mercado en Europa y Estados Unidos dispararon el crecimiento demográfico y la urbanización en aquellas latitudes (Hobsbawm, 2009, pp. 61-64). Evidentemente, la demanda de alimentos creció y países de economía primarizada como los hispanoamericanos encontraron en ese escenario una posibilidad de ingresar al mercado mundial a través de la explotación agropecuaria. La idea de los liberales era organizar y maximizar la producción interna con miras a construir un mercado nacional y vender amplios excedentes al exterior. Este fue el camino que siguieron países como Alemania, Francia y Bélgica, que habían alcanzado la industrialización con base en el agro y a la aplicación en sus relaciones materiales de los principios positivistas de orden y progreso (Bejarano-Ávila, 2011b, pp. 332-333).

Sociedades suramericanas como la colombiana quisieron seguir este ejemplo y, en aras de lograrlo, era indispensable introducir la ciencia y la técnica al campo. Para la década de 1870, el sector agropecuario de Colombia se orientaba por métodos tradicionales y estaba en manos de la producción artesanal y a baja escala. Ello excepto por algunas plantaciones de café donde fueron introducidas innovaciones como los procedimientos de trasplantes y sombríos, el control de plagas y enfermedades, y el uso de despulpadoras mecánicas. Por lo demás, la agricultura nacional no experimentó cambios significativos en relación con la aplicación de tratamientos sanitarios, la implementación de abonos, la selección de semillas y la adopción plena de la mecanización (Bejarano-Ávila, 2011a, p. 273).

Bajo tales circunstancias, liberales como Juan de Dios Carrasquilla subrayaron la importancia de darle a la enseñanza de la agricultura el mismo estatus que tenían las escuelas de medicina y de ciencias naturales en el país, ya que solo con personal formado en facultades de agronomía de alto nivel científico sería posible materializar la modernización del campo colombiano (Bejarano-Ávila, 2011b, p. 332). Persiguiendo este propósito, el gobierno liberal de Trujillo se dispuso a observar las experiencias del Atlántico norte a fin de impulsar en el país los estudios agrarios en un nivel superior. Entre los referentes educativos estaban las academias agrícolas alemanas de Möglin y Hohenheim. En Francia, sirvió de ejemplo

el Instituto Nacional Agronómico de París. De otro lado, los reconocidos adelantos del agro belga destacaron la relevancia de su plantel insignia: el Instituto Agrícola de Gembloux. Y, por último, en Estados Unidos, un modelo a seguir era el de los establecimientos de estudios superiores fundados bajo el impulso de la Ley Morrill de 1862, tales como el Colegio Agrícola de Michigan (Fernández-Prieto, 2008, p. 324; Bejarano-Ávila, 2011b, pp. 333-334).

Las referencias para echar a andar la enseñanza de la agricultura científica en Colombia estaban a la orden del día. No obstante, en América Latina, algunos países ya habían empezado a recorrer el camino que quería transitar Colombia con respecto a la formación agronómica. En Ecuador, por ejemplo, abrió sus puertas en 1838 el Instituto Agrario de Quito; en México funcionaba desde 1854 la Escuela Nacional de Agronomía de Chapingo; en Brasil, la Escuela Agronómica de Bahía empezó a dar clases en 1877. Otras instituciones de similar naturaleza emergieron en las Antillas, donde se destacó Cuba. Esto al promover las ciencias agrarias a partir de la labor del Real Jardín Botánico de La Habana, entidad creada en 1817 y que sentó las bases de la Escuela de Ingeniería Agronómica y Azucarera (Fernández-Prieto, 2008, pp. 234-236; Bejarano-Ávila, 2011b, pp. 333-334).

Teniendo presentes los referentes francés y belga, el dirigente santandereano Wilches Calderón expidió la Ley 46 de 1878, la cual reajustaba la instrucción pública en el Estado Soberano de Santander y ordenaba la creación de un Instituto Agrícola en el Departamento de García Rovira (Barón, 1937, p. 212; Cavassa-Villamizar, 1988, p. 7). Paralelamente, la emisión por parte del presidente de la Unión del Decreto 636 de 1878, le dio mayor sustento a la iniciativa instruccional de Solón Wilches. Tal Decreto precisaba que los centros educativos que impartieran la enseñanza de la agricultura serían apoyados económicamente por el Gobierno central (Decreto 636 de 1878, art. 2; *El Agricultor*, 1880, p. 141). Esta garantía dada por Bogotá facilitaba la financiación del establecimiento agrícola y, por ende, allanaba el camino para su formalización. De hecho, el estímulo dado por el ejecutivo nacional también entusiasmó al presidente del Estado Soberano de Boyacá, José Eusebio Otálora, quien emprendió 1879 la creación del Instituto Agrícola de Boyacá, cuya sede fue instalada en Villa de Leiva (Ley 22 de 1879, art. 2; *El Agricultor*, 1880, p. 142; Briceño y Rubio, 1909, p. 253).

Por su parte, mediante la emisión del Decreto 53 del 10 de enero de 1879, Solón Wilches precisó que el Instituto Agrícola santandereano fuera fundado en la localidad de Concepción (Barón, 1937, p. 212), poblado que desde 1869 tenía el título de capital del departamento de García Rovira, una de las nueve jefaturas territoriales

en las que se subdividía el Estado de Santander (Gutiérrez y Martínez, 1996, pp. 95-96). En este escenario, Concepción era una destacada cabecera provincial además, era un importante paraje en la ruta Bogotá-Tunja-Venezuela, sitio rodeado de tierras fértiles y un punto intermedio ubicado entre variados pisos térmicos. Todo esto pudo haber hecho de Concepción un lugar propicio para albergar la sede del Instituto Agrícola. No obstante, esta población había sido el lugar de crianza del gobernador Solón Wilches y, por ende, en la región estaba la mayoría de su patrimonio, en especial vastas extensiones de tierra, localizadas en la meseta de Enciso y en zona rural de Concepción, las cuales se expandían hasta el piedemonte llanero (Otero-Muñoz, 1990, p. 403). Estos hechos influyeron en la elección de la capital garcíarovirense como sitio de ubicación del mencionado centro de educación superior. Y no solo eso, el interés de Solón Wilches por valorizar sus predios también llevó a que Concepción fuera el epicentro de la apertura de una ruta hacia los Llanos Orientales. Asimismo, la patria chica de Solón Wilches fue priorizada entre 1878 y 1879 en el plan de mejora del camino de García Rovira y, por la misma época, fue iniciada la construcción de una línea telegráfica que buscaba comunicar a Concepción con Piedecuesta, pasando por Málaga y San Andrés (*Mensaje del presidente*, 1880, p. 24).

De esta manera, el gobernador santandereano, resuelto a favorecer a su tierra de procedencia, utilizó su influencia política para que la Asamblea del Estado emitiera sin dilaciones la Ley 18 de 1879, que daba vía libre a la creación del Instituto Agrícola en Concepción (Romero-Otero, 1992, pp. 144, 179, 190; Barón, 1937, p. 212). Concluidas las formalidades, en el transcurso de 1879 fueron adecuándose las instalaciones y contratándose el personal del centro de enseñanza. El 10 de diciembre del mismo año fue nombrado el literato español José María Gutiérrez de Alba como rector del plantel. Con Gutiérrez al frente del proyecto fue posible definir el plan de estudios y el horizonte académico de la institución. Más tarde, el 10 de febrero de 1880, fue designado como vicerrector el médico sangileño Rodolfo Rueda (Barón, 1937, p. 212). Del mismo modo, en marzo, fue conformada la primera nómina de profesores, que incluía docentes nacionales y extranjeros¹ (Wilches Calderón, 1880; Gutiérrez de Alba, 1880b; González de Cala, 2002, p. 19).

¹ El cuerpo profesoral quedó integrado por los docentes colombianos Secundino Chacón, Ezequiel García, Teófilo Forero, José María Ruiz, Crisanto Cáceres, Vicente Cáceres, Cenón Meneses, Félix Consuegra, Gabriel García, Moisés Barón, Domingo Moreno Uribe, Ramón Afanador, Indalecio Rangel, Lino Navarro, Cayetano Moreno, Jesús Reyes y José Natividad Meneses. Adicionalmente, el cuerpo docente fue reforzado con la presencia del hortelano francés Juste Lassaigue y del maestro inglés Henry Jessup (Wilches Calderón, 1880; Gutiérrez de Alba, 1880b; González de Cala, 2002, p. 19).

Una vez el Instituto tuvo lo mínimo para iniciar labores, el 4 de abril de 1880, el gobierno del Estado Soberano realizó en Concepción el acto de inauguración del establecimiento. Al mes siguiente, exactamente el 1 de mayo, el plantel abrió sus puertas y comenzó actividades con una matrícula de 28 estudiantes (Gutiérrez de Alba, 1880b; Barón, 1937, p. 212). No obstante, el Instituto adolecía de un profesor de química agrícola, materia prácticamente desconocida en Colombia y que resultaba central para el proceso formativo. Por consiguiente, en agosto de 1881, el gobierno de Santander celebró en Bruselas (Bélgica) un contrato con el ingeniero agrónomo Polidore de Bruycker para que este se incorporara a la institución agrícola de Concepción (Gutiérrez de Alba, 1880b; Barón, 1937, p. 212).

Con el arribo de Bruycker al Instituto garcíarovirense se hizo más evidente la influencia del modelo educativo belga en la política instruccionalista del Estado Soberano de Santander (*Boletín de Agricultura*, 1874, p. 382; Gutiérrez de Alba, 1880b). La clase política colombiana del siglo XIX siempre soñó con lo que Frédéric Martínez (2001) llamó “el ideal de la civilización importada”, es decir, el deseo de imitar las experiencias políticas, económicas y culturales europeas para materializarlas en el país, buscando así el progreso y la legitimación nacional desde el exterior (pp. 54-72). Sin embargo, la escogencia de dichas referencias no era un hecho al azar, la realizaba el mandatario de turno teniendo en cuenta la orientación que quería darle a la construcción nacional. Solón Wilches, quien desde la guerra civil de las Escuelas (1876-1877) dio un giro al liberalismo moderado (independiente), buscó con cierto disimulo desmarcarse de la política de instrucción pública de los liberales radicales, la cual se inspiraba en el modelo prusiano (alemán). Este modelo defendía la educación libre, laica y gratuita y, por tanto, alejada de la influencia doctrinaria y administrativa del catolicismo. Precisamente, la implementación de dicho modelo a partir de la promulgación del Decreto orgánico de instrucción pública de 1870 fue lo que desató la respuesta violenta de los conservadores y de su aliada la Iglesia Católica. Esto sumergió al país en una nueva guerra civil que acentuó la fragilidad económica y política del Estado, y, en especial, dejó al sistema educativo nacional en una profunda crisis (Roux, 2004, p. 65).

El Decreto de 1870 le quitó el dominio de la educación a las órdenes católicas y se lo entregó a una misión alemana que basaba su intervención en el pensamiento pedagógico de Johann Hienrich Pestalozzi. Esto preocupó a la Iglesia y a los conservadores, quienes asumieron que la libertad de enseñanza defendida por los radicales abriría las puertas del país a la tradición protestante y, por ende, a que la fe católica perdiera su influencia nacional. Así las cosas, los desacuerdos derivados de

la reforma educativa liberal llevaron al país a una nueva confrontación partidista que produjo nocivas consecuencias para la estabilidad del Estado-Nación (Romero-Otero, 1992, pp. 127-142; Martínez, 2001, pp. 423-430; Palacios y Safford, 2002, pp. 441-446; Zapata-Giraldo, 2015, pp. 81-87).

En este sentido, Solón Wilches asumió una postura más moderada y consensualista, evitando que las transformaciones de corte liberal generaran la reacción violenta del conservatismo (Ariza-Ariza, 2018). Así las cosas, el mandatario santandereano decidió alejarse del modelo educativo prusiano y, en su reemplazo, buscó importar referentes educativos de un Estado europeo que sembrara mayor confianza y tranquilidad entre los conservadores, y tal Estado, al menos en lo que respecta a la instrucción pública, fue Bélgica. En este país coexistían en relativa armonía una monarquía parlamentaria, una hegemonía política liberal y una marcada acción católica en la vida social y educativa (Villanou-Torrano et al., 2019, pp. 17-19; Hernández-Díaz, 2019, pp. 11-13). Bélgica era mundialmente conocida por sus adelantos agronómicos y por contar con instituciones especializadas en la enseñanza profesional de la ciencia agraria. Además, Bélgica se caracterizaba por tener un catolicismo renovador que le apostó a la educación popular con énfasis en tres grupos sociales: los obreros, las mujeres y los agricultores (Villanou-Torrano et al., 2019, pp. 17-19; Hernández-Díaz, 2019, pp. 11-13). Todo esto convertía el modelo belga en un referente adecuado para los liberales independientes. Lo anterior teniendo en cuenta que el reconcilio ejemplar entre tradición y reformismo en la sociedad de dicho país calmaba a los conservadores y no despertaba mayores recelos entre los liberales radicales.

De esta manera, el surgimiento del Instituto Agrícola de García Rovira representó una modificación cautelosa de la política de instrucción pública decretada en 1870. Solón Wilches intentaba estratégicamente mantener a la región en paz y no alterar los ánimos de ninguna facción; esto para poder materializar sus proyectos estructurales. De hecho, Solón Wilches en su discurso de posesión como presidente del Estado Soberano de Santander sintetizó sus aspiraciones con el lema “escuelas y caminos, respeto a Dios y a la constitución” (Otero-Muñoz, 1990, pp. 332-333). Allí quedaron manifiestas sus intenciones conciliadoras tanto con los conservadores como con los liberales más ortodoxos.

Para implementar su política de cautela, el presidente santandereano se valió de la experiencia de los abogados e institutores Pedro Elías Otero y Rodrigo González, quienes ocuparon en diferentes periodos el cargo de superintendente de instrucción pública en el Estado Soberano (*La Escuela Normal*, 1879a, p. 281;

Gutiérrez-Martínez, 1940, p. 1301). Tales funcionarios se ciñeron a un reformismo prudente que fue apartándose de los principios de la misión pedagógica alemana, motor de la reforma educativa del radicalismo liberal. De hecho, el gobierno de Solón Wilches prefirió remedar el modelo belga y valerse de las orientaciones de un rector español, en lugar de servirse de asesores germanos para la formación del Instituto Agrícola. Entre 1872 y 1873, llegaron al Socorro, procedentes de Alemania, los maestros Alberto Blume y Carlos Utterman con el fin de reformar el sistema de instrucción pública de Santander (Romero-Otero, 1992, pp. 136-138). Sin embargo, el gabinete de Solón Wilches no se puso en contacto con estos maestros ni buscó enlaces en Europa a partir de ellos para fundar el Instituto garcíarovirense. Lo anterior a sabiendas que la misión alemana ya contaba con experiencia en la enseñanza agrícola en Colombia. Desde 1874, maestros alemanes habían establecido en Zipaquirá una Escuela de Agricultura y Veterinaria, la cual instruía a estudiantes de primaria en este campo (*Quinto informe anual*, 1875, pp. 54-55; Bejarano-Ávila, 2011b, p. 331).

Este comportamiento del gobierno de Santander revela que el Instituto de García Rovira nació disimuladamente al margen de la reforma liberal de 1870 y, por tanto, representó un claro ejemplo de la política del reinicio. En este sentido, el centro de enseñanza superior instaurado en Concepción demuestra que la referida política no solo consiste en torpedear, refundar o destruir lo hecho por otros, sino también en realizar obras nuevas y poner en funcionamiento proyectos inéditos a fin de marcar distancia respecto al régimen político sucedido. Obras de impacto como la apertura de una facultad agrícola en una de las capitales provinciales del Estado Soberano de Santander, ejemplifican muy bien el deseo de los liberales independientes de desligarse con cierto sigilo de la ortodoxia instruccionalista de los liberales radicales. Así las cosas, el caso del Instituto Agrícola demuestra que la política del reinicio no siempre es fruto de un acto súbito y tajante, sino que también puede ser producto de un proceder paulatino y moderado. Además, otra atipicidad que arroja la fundación del establecimiento en Concepción es que la política del reinicio surge en el seno de una misma facción que se encuentra fragmentada y no como resultado de una rivalidad marcada y declarada entre dos partidos originalmente contrarios.

El funcionamiento del Instituto

Como ya se refirió, el Instituto Agrícola de García Rovira empezó a funcionar el 1 de mayo de 1880. Ello fue posible gracias al proceso de admisión que abrió el rector Gutiérrez de Alba a finales de enero del mismo año. Para ser admitidos en el Instituto, los aspirantes debían tener una edad mínima de dieciséis años, presentar

partida de nacimiento y allegar el certificado de haber cursado estudios de secundaria. Luego de la entrega de documentos, los aspirantes eran citados a una prueba oral y escrita, la cual servía como último filtro de admisión, y como diagnóstico de los pre-saberes y fundamentos disciplinares de los aspirantes. En función de los resultados del examen de ingreso era consolidada la lista de nuevos cursantes y establecidas tres categorías de enseñanza. Esto según el nivel de conocimientos demostrado por los admitidos (Gutiérrez de Alba, 1880b). La primera de dichas categorías era la “inferior”, allí eran ubicados los estudiantes con menor grado de preparación y, por consiguiente, quienes debían aprobar un propedéutico de materias básicas. De otro lado, los estudiantes que quedaban clasificados en la categoría “media” debían cursar estudios introductorios de mayor complejidad. Esto como requisito previo para entrar de lleno a la carrera. Por último, aquellos alumnos que habían obtenido un buen desempeño en la prueba admisión eran categorizados en el nivel “superior” y, en consecuencia, veían un preparatorio compuesto por materias de nivel profesional. Al concluir el ciclo propedéutico, los estudiantes podían empezar a ver las asignaturas de primer año del programa. El preparatorio podía extenderse por varios meses e incluso un año. Todo dependía del grado de progreso de los nuevos ingresantes y del ritmo con el que fueran ascendiendo de categoría al superar cada uno de los niveles de la formación introductoria. En caso de que los aspirantes contaran con los estudios preparatorios al momento de matricularse, el Instituto los admitía directamente a la carrera (Gutiérrez de Alba, 1880b; Pacheco-Blanco, 2002, pp. 321-322).

La primera matrícula del Instituto Agrícola fue de 28 estudiantes, de los cuales 9 quedaron en la categoría inferior, 8 en la media y 11 en la superior. No obstante, a juicio de Gutiérrez de Alba (1880b), todos los alumnos tenían serios vacíos para iniciar la formación agronómica. La reducida matrícula, el bajo nivel académico de los estudiantes y el amplio pénsum, eran hechos que preocupaban bastante al rector. Por esta razón, Gutiérrez de Alba, en informe enviado en junio de 1880 a Solón Wilches, manifestó lo siguiente: “el escaso número de estudiantes y el número de materias que hay que enseñar, hacen este año el trabajo un poco penoso” (Gutiérrez de Alba, 1880b).

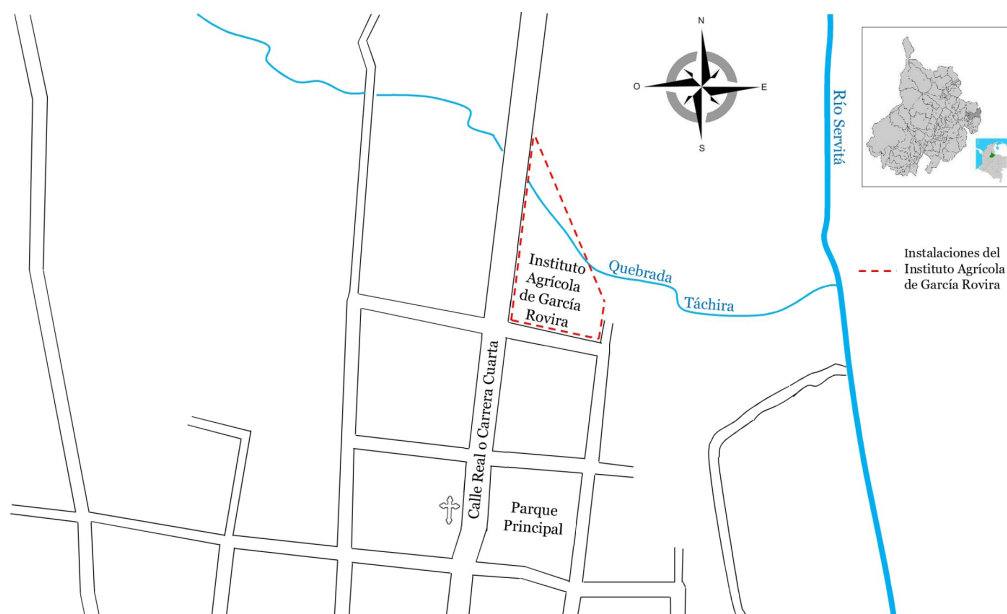
A fin de darle mayor valor al avance de los estudiantes en su preparación como profesionales, la institución educativa otorgaba tres diplomas a lo largo de los cuatro años de formación. De esta manera, quienes terminaran satisfactoriamente los dos primeros años de la carrera recibían el certificado de “maestros de labores”. Si los estudiantes cursaban un año más de materias, el Instituto les otorgaba el

diploma de “peritos agrónomos”. Finalmente, aquellos alumnos que concluían con éxito los cuatro años de carrera obtenían el título profesional de “ingeniero agrónomo” (Gutiérrez de Alba, 1880b). Asimismo, el establecimiento educativo admitía a estudiantes por corto tiempo para que recibieran cursos específicos de agricultura. Estos aprendices no recibían un título formal sino una certificación de aprovechamiento por la capacitación recibida (Gutiérrez de Alba, 1880b).

El Instituto Agrícola de García Rovira fue una institución orientada a la educación masculina. Si bien a finales del siglo XIX se presentaba en la región andina un ascenso de los niveles de alfabetización entre las mujeres, sus posibilidades de formación –con algunas excepciones– continuaban restringidas a la economía familiar. En esta medida, la mayoría de los cupos de la enseñanza secundaria, terciaria y superior estaban reservados para hombres (Helg, 2001, pp. 35-46). Y este era el caso del Instituto Agrícola, establecimiento que funcionaba como internado, aunque no de forma exclusiva (Cordero-Flórez, 1937, p. 215; Gutiérrez de Alba, 1880b). Los espacios de hospedaje en el Instituto eran asignados a los estudiantes que contaran con mayor mérito académico y práctico. Por esta razón, algunos alumnos debían cursar sus estudios como “externos”, es decir, alojados por fuera del plantel. Desde sus orígenes, el Instituto manejó la estrategia de permanencia de otorgar 18 becas, dos por cada departamento del Estado Soberano de Santander (Cordero-Flórez, 1937, p. 216). Esta medida de gratuidad, aunque estrecha, abría la posibilidad a personas de escasos recursos económicos de acceder a la educación superior. Ante lo mencionado podría suponerse que los alumnos no becados debían pagar algún tipo de pensión o matrícula. Sin embargo, la documentación disponible no brindó información sustancial al respecto.

Las instalaciones del Instituto fueron construidas en un extenso lote ubicado en la acera occidental de la Calle Real de Concepción, a una cuadra, en dirección norte, del parque principal. El establecimiento disponía de alrededor de 6000 metros cuadrados (Cordero-Flórez, 1937, p. 215). Un amplio espacio dotado de aulas, dormitorios, biblioteca, comedor, bodegas, laboratorios, talleres de carpintería y herrería, y un extenso solar para las prácticas agropecuarias. Desde los comienzos de su administración, el rector Gutiérrez de Alba manifestó al gobierno santandereano la necesidad de establecer una escuela de artes y oficios adjunta al Instituto. Esto con el fin de tener siempre disponibles herramientas, insumos y artículos necesarios para la enseñanza agronómica y los trabajos del campo (Gutiérrez de Alba, 1880a; 1880b; Romero-Otero, 1992, pp. 181-186).

Figura 1. Ubicación y extensión del Instituto Agrícola de García Rovira



Fuente: elaboración propia a partir de Gutiérrez de Alba (1880b) y Cordero-Flórez (1937, pp. 215).

Figura 2. Fachada del Instituto Agrícola de García Rovira



Fuente: elaboración propia con ayuda de Gemini IA y a partir de Gutiérrez de Alba (1880b), Cordero-Flórez (1937, pp. 215) y versiones orales del cronologista local René Ríos Cáceres (2025).

Según Gutiérrez de Alba (1880b), la disposición de una corriente de agua dentro de los predios del plantel generaba condiciones sumamente ventajosas para el desarrollo fabril de la institución agrícola y de una posible escuela de artesanos. Dicha corriente era la quebrada Táchira, la cual bañaba el extremo norte del centro educativo. Según el rector, el volumen de agua y el desnivel del terreno generaban la suficiente fuerza motriz para poner en funcionamiento un mecanismo de hilado y tejido que condujera a la paulatina sustitución del trabajo manual de la lana y del algodón en la localidad. Asimismo, el flujo de agua de la quebrada podría servir para mover una rueda hidráulica que diera impulso mecánico a otros importantes aparatos de la productividad regional, como los molinos y los trapiches. Para Gutiérrez (1880b), Concepción, además de producir harinas y tejidos, contaba con las materias primas necesarias para abrir una fábrica de curtidos. Esto gracias a la existencia de minas de cal, y a los elementos y sustancias con propiedades curtientes que podían hallarse en los bosques circundantes. El establecimiento agrícola y la escuela de artes y oficios brindaban las condiciones para echar a andar dicha fábrica, la cual tenía el potencial de convertirse en un motor de desarrollo local y regional (Gutiérrez de Alba, 1880b).

Aunque la anhelada escuela de artesanos y la mencionada fábrica no llegaron a materializarse en Concepción, el Instituto logró ampliar sus talleres y laboratorios, y ponerlos al servicio de la comunidad. De hecho, el plantel creó un jardín botánico y mostró significativos avances en los procesos de selección de semillas, en la producción de abonos y en la implementación de técnicas de cultivo (Pacheco-Blanco, 2002, p. 321). Gran parte de estos avances fueron publicados en la “Revista de Agricultura”, órgano noticioso y de difusión de hallazgos académicos redactado e impreso en las mismas instalaciones del Instituto. Para ello, la institución había sido dotada con su propia imprenta (Gutiérrez de Alba, 1880b; Barón, 1937, p. 214). Un lujo que contados centros de enseñanza podían darse en la época. Adicionalmente, una de las grandes propuestas que hizo el establecimiento agrícola al departamento de García Rovira y al Estado de Santander fue la organización de juntas de agricultores. Esto con el fin de abrir espacios de información y comunicación sobre cultivos, sistemas empleados, resultados obtenidos y problemáticas del sector agropecuario. La idea era convertir al Instituto en un centro de pensamiento de los inconvenientes productivos de la ruralidad regional. Ello con la intención de plantear soluciones técnicas y científicas que permitieran el mejor aprovechamiento de los campos de Santander (Gutiérrez de Alba, 1880a; 1880b; Romero-Otero, 1992, pp. 181-186). Esta iniciativa buscaba hacer del Instituto Agrícola una entidad contribuyente en la indagación de la agricultura nacional. Esto en respaldo a la misión

de la Sociedad de Agricultores de Colombia. Al respecto, el rector Gutiérrez de Alba (1880a) sostenía lo siguiente: “en la agricultura más que en cualquier otro ramo del humano saber debe el hombre consultar las lecciones prácticas hasta ponerlas en armonía con las especulaciones de la ciencia”. Y dicha puesta en armonía era lo que se proponía el Instituto Agrícola.

El plan de estudios de la carrera de ingeniería agronómica ofrecida por el centro de enseñanza superior de Concepción fue elaborado bajo un horizonte formativo que buscaba que el “agricultor apoyado en sus conocimientos [...] [obligara] a la naturaleza a producir en calidad y en cantidad frutos superiores a los que ya produce espontáneamente” (Gutiérrez de Alba, 1880a). En tal sentido, los estudios profesionales debían servir para que el trabajador del campo “saque mejor partido” del agro y no lo sub-explote al solo emplear medios empíricos. Además, la carrera tenía otra importante orientación educativa: la zoología y la zootecnia. Estas disciplinas enseñaban los principios teórico-prácticos para “mejorar y aumentar las condiciones y el número de animales útiles” (Gutiérrez de Alba, 1880a). Tal énfasis utilitario y técnico, a propósito de los cultivos y los animales, era complementado por una formación literaria que el rector del Instituto –fiel a su vocación humanista– quería convertir en la base de la carrera (Gutiérrez de Alba, 1880b). En el plantel, el redescubrimiento de las condiciones productivas de la tierra tenía la misma importancia que la revelación de las “realidades poéticas de la naturaleza” (*La Escuela Normal*, 1878b, p. 174). Esto debido a que la lectura en el campo representaba “un descanso perfecto para las faenas diarias y cultivar el espíritu” (*La Escuela Normal*, 1878a, pp. 165, 168).

El plan de estudios del Instituto estaba dividido en cuatro cursos, que correspondían cada uno a un año escolar (Gutiérrez de Alba, 1880b). El plan era bastante amplio y, además, adecuado al contexto. Adicional a las materias disciplinares teórico-prácticas propias de la carrera, el pénsum incluía asignaturas de deportes, de lectura y escritura, de dibujo artístico y de fundamentos en segundo idioma (francés). Este enfoque curricular revela que el plantel manejaba una visión holística en la ejecución de su proceso formativo. Bajo este enfoque, el estudiante era concebido como un ser completo con necesidades, intereses y potencialidades particulares. Una concepción de la educación sumamente novedosa para la época.

Tabla. Plan de estudios de la carrera de ingeniería agronómica del Instituto Agrícola de García Rovira

Primer año	Segundo año
1. Geografía descriptiva universal y geografía de Colombia inferior y superior. 2. Cosmografía elemental. 3. Aritmética inferior y superior. 4. Castellano inferior y superior. 5. Álgebra. 6. Geometría. 7. Física. 8. Química. 9. Zoología elemental. 10. Botánica. 11. Geología. 12. Agronomía: nociones generales. 13. Horticultura y jardinería: nociones prácticas. 14. Principio de dibujo general, de paisaje y topográfico. 15. Ejercicios de gimnasia y natación en las horas de recreo.	1. Ampliación de los cursos 4, 5, 6, 7 del primer año. 2. Física. 3. Química. 4. Zoología. 5. Botánica. 6. Geología. 7. Mecánica agrícola y práctica en los talleres de carpintería y herrería. 8. Cultivos especiales o estudios concretos de agricultura. 9. Desarrollo escrito de temas distribuidos a la suerte. 10. Preparación de abonos. 11. Dibujo lineal, de paisaje, topográfico y arquitectónico. 12. Gimnasia, natación, etc., en horas de recreo.
Tercer año	Cuarto año
1. Repaso de materias de los años anteriores. 2. Dibujo y pintura: copia del natural, de máquinas y aparatos, y colecciones de zoología y botánica. 3. Trigonometría. 4. Agrimensura. 5. Mecánica agrícola: construcción de aparatos en modelo. 6. Zootecnia. 7. Análisis y aplicación de abonos: estudios teóricos y prácticos. 8. Cultivos especiales: lecciones teóricas y prácticas. 9. Elementos de veterinaria. 10. Desarrollo de temas escritos. 11. Francés. 12. Ejercicios gimnásticos, de natación, etc.	1. Sistemas agrícolas de las principales naciones. 2. Naturaleza tropical: aplicación que puede hacerse a ella de los diferentes sistemas de cultivo. 3. Sericultura en general. 4. Animales útiles y dañinos, y vegetaciones prácticas. 5. Contabilidad, higiene y economía rural. 6. Construcciones rurales. 7. Mejora de los terrenos por complemento artificial. 8. Sistemas y aparatos de irrigación. 9. Zootecnia: ampliación. 10. Apicultura, sericultura y piscicultura. 11. Aprovechamiento de las plantas textiles, tintóreas, oleaginosas, curtientes y viníferas. 12. Aprovechamiento de los productos animales, fabricación de quesos y mantequilla. 13. Planes concretos sobre establecimientos agrícolas: trabajo escrito de diferentes temas. 14. Gimnasia y natación. 15. Francés.

Fuente: elaboración propia a partir de Gutiérrez de Alba (1880b).

Gutiérrez de Alba en el ocaso del Instituto

A mediados de 1882, el secretario de instrucción pública de Santander, Roso Cala, subrayó los adelantos realizados por el Instituto Agrícola de García Rovira. El alto funcionario del gobierno regional destacó el espacioso edificio con el que contaba el establecimiento educativo, así como los aparatos importados de Europa que dotaban el gabinete físico y el laboratorio de química. Otro aspecto que resaltó el secretario Cala fue el prestigioso cuerpo docente, integrado por profesores nacionales y extranjeros altamente calificados. Todas estas virtudes –decía el funcionario del gobierno Solón Wilches– “dan la más segura garantía de que este plantel será el más poderoso baluarte de la ciencia agronómica” (Cala, 1882).

Pese al aparente buen funcionamiento del Instituto Agrícola, el centro de enseñanza careció desde sus inicios de una biblioteca bien dotada, al igual que de libros actualizados para la enseñanza y consulta (Gutiérrez de Alba, 1880b). Aunque el plantel otorgaba becas, la baja matrícula siempre fue el mayor punto débil de la institución. A todas estas dificultades se le sumó, a mediados de 1882, la decisión del rector Gutiérrez de Alba de apartarse parcialmente de las labores directivas. Esto por motivos de salud (Gutiérrez de Alba, 1874, p. 22). En su reemplazo fueron nombrados los profesores Teófilo Forero y Secundino Chacón. Si bien Gutiérrez de Alba continuó vinculado al Instituto como docente de agronomía y geología, el distanciamiento del rector-fundador del mayor cargo de decisión fue debilitando las ambiciosas proyecciones del Instituto y marchitando su horizonte institucional (Cala, 1882; Barón, 1937, p. 213; Romero-Otero, 1992, p. 145). Terminado el ciclo lectivo del año 1883, Gutiérrez de Alba renunció definitivamente al establecimiento agrícola. Lo anterior, excusándose en el agravamiento de su estado de salud y en el deseo de ver a su familia en España. Ello al presentir un posible empeoramiento de sus dolencias. Así las cosas, Gutiérrez pidió una licencia al gobierno Solón Wilches e inició un largo viaje de regreso a Europa, el cual comenzó el 1° de diciembre desde Concepción con destino al puerto de Maracaibo en Venezuela (Gutiérrez de Alba, 1874, p. 22; 1884a, p. 3).

La ausencia de Gutiérrez de Alba en el Instituto Agrícola profundizó aún más las debilidades del plantel, sobre todo porque con él se marcharon las ideas fundacionales y las proyecciones originarias del establecimiento. Asimismo, la percepción que los sectores políticos tenían de la institución cambió, en especial entre los conservadores, para quienes Gutiérrez de Alba representaba una figura de confianza en relación con la orientación educativa del Instituto. Esto debido a que Gutiérrez era español y los godos tenían una fuerte preferencia hacia los

valores hispánicos. La clase política conservadora soñaba con construir una identidad nacional y un modelo de Estado-Nación basado en las tradiciones coloniales (Martínez, 2001, pp. 454-460).

Quizá los conservadores no lo sabían, pero Gutiérrez de Alba llegó a Colombia a mediados de 1870 como un agente confidencial enviado por el Gobierno español. Esto con el fin de que recabara información que permitiera sentar las bases para el restablecimiento de las relaciones bilaterales entre los dos países. España experimentaba una revolución liberal-democrática que llevó al Estado ibérico a reformular su política exterior y a abrir la puerta a la reconciliación con sus excolonias, con las cuales había roto relaciones desde el proceso de Independencia (Gutiérrez de Alba, 1880a, p. 2; Campos-Díaz, 2015, pp. 138-148). En ese contexto, Gutiérrez de Alba arribó a Colombia bajo la coartada de comerciante de libros. Con el paso del tiempo, la elocuencia y la trayectoria literaria de Gutiérrez lo fueron haciendo visible entre la clase política colombiana (Gutiérrez de Alba, 1874, p. 21-22; 1880a, p. 2; *El Repertorio Colombiano*, 1879, p. 80; Gutiérrez de Alba, 1874, p. 21).

La agricultura era un tema que apasionaba a Gutiérrez de Alba, y ello llamó la atención de un sector del liberalismo. A resultas, el presidente de la Unión, Julián Trujillo, lo apoyó para que fundara un instituto agrícola en Villa de Leiva (Boyacá), donde realizó inéditos avances en los cultivos de olivo y vid. Sin embargo, Gutiérrez de Alba debió enfrentarse a la oposición del gobernante boyacense, José Eusebio Otálora, quien, según versión del letrado español, tomó posesión de las instalaciones de su centro educativo y le copió su programa de estudios con el objeto de quedarse con los créditos de la fundación del plantel. En efecto, Otálora formalizaría su instituto agrícola a finales de 1879. Ante estas circunstancias, Gutiérrez de Alba inició un proceso legal contra Otálora y, mientras lo hacía, recibió una propuesta del gobierno de Santander para que pusiera en funcionamiento en Concepción una institución de similares características a la que había intentado crear en Villa de Leiva (Gutiérrez de Alba, 1874, pp. 21-22).

Volviendo al punto de inicio, Gutiérrez partió de Concepción y de Colombia en diciembre de 1883. En el diario de viaje que el rector del Instituto produjo en su visita al Tolima, él incluyó un escrito de 1884 titulado “paréntesis” en el que subrayó los buenos resultados obtenidos en el establecimiento de enseñanza. Sin embargo, el letrado enfatizó en que dichos resultados hubieran sido mejores y “mayores si el Gobierno, preocupado por los asuntos políticos, le hubiera dado todos los elementos de desarrollo pedidos por mí con insistencia” (Gutiérrez de Alba, 1874, pp. 22).

Lo anterior confirma que Gutiérrez no estaba conforme con las gestiones estatales para con el Instituto, y ello también pudo haber precipitado su partida.

Solón Wilches, el Instituto y la política del reinicio

La salida del rector-fundador del Instituto Agrícola sumó un hecho más a la creciente desconfianza que venía produciendo la figura de Solón Wilches entre sus detractores y aliados políticos. Wilches había participado en las elecciones presidenciales de la Unión, celebradas en agosto de 1883. El mandatario santandereano se había enfrentado en los comicios al liberal independiente Rafael Núñez, un influyente político y viejo amigo de Wilches que compaginaba bastante con las ideas de orden y tradición del Partido Conservador. En efecto, Wilches perdió las elecciones contra Núñez, lo cual no sorprendió, pues este último contaba con un apoyo más amplio de la clase política nacional (Gutiérrez-Martínez, 2002, pp. 1349-1350; Pacheco-Blanco, 2002, pp. 352-369). Durante los comicios, la amistad entre Wilches y Núñez se fracturó, y pasadas las elecciones, la relación entre los dos gobernantes se hizo más distante. A mediados de 1884, Núñez se posesionó como presidente de Colombia, mientras Wilches continuaba al frente del Estado de Santander, presto a dejar su cargo. En ese escenario, los desencuentros entre los dos políticos se incrementaron. Esto especialmente por antiguas discordias respecto a la explotación de la quina, la adjudicación de baldíos y la financiación del ferrocarril (Otero-Muñoz, 1990, p. 387; Ariza-Ariza, 2018, pp. 392-396). Así las cosas, Wilches se quedó sin el respaldo del Gobierno nacional, y ello puso en grave riesgo la legitimidad de su administración, la continuidad de sus proyectos y la posibilidad de elegir a un candidato de su preferencia en los comicios para la presidencia del Estado de Santander.

Bajo estas circunstancias, cuando Wilches apoyó la candidatura de su socio en la compañía de ferrocarriles, el bumangués Francisco Ordóñez Rodríguez encontró una férrea oposición del círculo político cercano a Núñez y un sentido rechazo de los liberales radicales. Pese a esto, en julio de 1884, se llevaron a cabo los comicios para la presidencia de Santander, los cuales dieron como ganador a Ordóñez, quien se impuso frente a Eustorgio Salgar, candidato preferido de las toldas radicales y experimentado político que trabajaba para la administración de Núñez. Ante el fracaso de Salgar, las elecciones fueron acusadas de fraude. El general liberal Foción Soto Villamizar fue uno de los mayores detractores de Wilches y un acérrimo denunciante de la presunta trampa electoral de 1884. Foción Soto (1913) señalaba que Ordóñez no era digno para dirigir Santander y que el único mérito que había hecho para llegar a tan alto cargo era ser socio mercantil de Wilches y “codueño de sus propiedades en el pingüe negocio del ferrocarril de Soto” (p. 10). Además, el

general opositor señalaba que Wilches había utilizado su poder e influencia estatal para apresar y reemplazar a jurados electorales que le resultaban contrarios (Soto-Villamizar, 1884, pp. 4-5).

No es posible establecer a ciencia cierta si todo lo denunciado por Foción Soto era cierto, sin embargo, lo que sí se sabe es que Soto dirigía el negocio de los ferrocarriles del departamento de Cúcuta y sus intereses sobre este rubro pudieron haber chocado continuamente con Solón Wilches, quien controlaba las líneas férreas que conectaban al Estado santandereano con el río Magdalena (Soto-Villamizar, 1913, p. 120). De cualquier manera, los rumores de fraude escalaron a tal grado que en Santander comenzó a surgir un movimiento violento contra Wilches. En su último año de gobierno, Wilches había aumentado su desaprobación. Esto a causa de la emisión de las leyes fiscales 7, 6 y 12 de 1883, que imponían un gravamen de diez pesos por cada carga de harina y ratificaban los impuestos sobre la quina. Wilches estaba empeñado en sacar adelante sus proyectos de gobierno, en especial los de comunicaciones y transporte. En consecuencia, el mandatario santandereano decidió aumentar la carga fiscal en el Estado y dejar un relevo en la presidencia de Santander que continuara impulsando el ferrocarril (*Memoria del secretario de gobierno*, 1885, p. 24; Otero-Muñoz, 1990, p. 387; Gutiérrez-Martínez, 2002, pp. 1337-1346, 1353). De allí los impuestos y el apoyo a Ordóñez en las elecciones regionales. Estas decisiones revivirían las tensiones violentas y el ambiente de guerra civil.

Un hecho que afectó bastante la legitimidad de Solón Wilches fue las enemistades que cosechó en García Rovira, en especial entre parientes y coterráneos, como su primo Marco Aurelio Wilches, su hermano Joaquín Wilches Calderón y su cuñado José María Ruiz. Este último, fuerte aliado de Solón en otro tiempo, director inicial del Instituto Agrícola de Concepción (Gutiérrez-Martínez, 2002, 1358; Pacheco-Blanco, 2002, p. 377). Del mismo modo, la construcción del camino al Casanare involucró el aprovechamiento de baldíos y tierras que seguramente afectaron los intereses rentistas de los paisanos y allegados a Wilches (Carreño-Tarazona, 2013, pp. 40-45). Esto pudo haber incitado la oposición entre algunos miembros de su círculo cercano. Además, los nuevos gravámenes sobre las harinas no cayeron muy bien en el departamento garcíarovirense, jurisdicción enfocada en la elaboración y comercialización de este producto. Las élites dedicadas al negocio de los cereales, entre ellas, personas próximas a Wilches, se vieron afectadas económicamente por las decisiones del mandatario santandereano. Asimismo, los impuestos sobre las harinas incrementaron los precios del pan y de los biscochos, lo cual perjudicó a la población en general, particularmente a los sectores populares. Adicionalmente,

la reducción de los precios internacionales del café tenía a las élites regionales descontentas con su gobierno, ya que Wilches, en lugar de brindar alivios, había decretado nuevas cargas fiscales (Bergquist, 1999, pp. 52-53). Todo esto había creado las condiciones propicias para el escalamiento de una movilización violenta.

De esta forma, el 17 de agosto de 1884 estalló en Floridablanca una revuelta armada en contra del gobierno regional (Gutiérrez-Martínez, 2002, 1360). Al correrse la noticia de este suceso, los comités revolucionarios, establecidos previamente por coaliciones de sectores radicales, conservadores y liberales independientes, se aprestaron a organizar tropas con el propósito de derrocar a Solón Wilches (Soto-Villamizar, 1913, p. 40). En respuesta, el dirigente santandereano utilizó al Ejército para intentar restaurar el orden en el Estado Soberano, lo cual encendió aún más las llamas de la confrontación. Ante el escalamiento del conflicto, el presidente de la Unión, Rafael Núñez, decidió no intervenir militarmente ni apoyar a ninguno de los bandos en pugna. Por el contrario, el Gobierno central instó al Congreso a que nombrara dos comisionados con el fin de que sirvieran de mediadores. En efecto, el Senado designó para esta labor a los parlamentarios Felipe Zapata y Narciso González Lineros. Luego de tres semanas de fuertes hostilidades, Wilches resolvió renunciar a su mandato y dejar al comisionado Narciso González como gobernante encargado (Otero-Muñoz, 1990, p. 392; Gutiérrez-Martínez, 2002, p. 1360; Ariza-Ariza, 2018, pp. 391-398). Uno de los más beneficiados con la renuncia de Solón Wilches fue el presidente Rafael Núñez, pues este sacaba del camino a su mayor contendor político en las últimas elecciones nacionales, y ello, además, le facilitaba ejercer un control más estrecho sobre Santander, Estado que producía cuantiosos recursos para el país gracias a las rentas del café.

La rebelión contra Wilches terminó el 10 de septiembre de 1884 con la firma de un tratado de paz celebrado en el Socorro. No obstante, el conflicto se propagó a Boyacá, Cauca, Antioquia y la costa, adquiriendo la guerra dimensiones nacionales. Ahora los radicales querían la dimisión de Rafael Núñez por el acentuado giro conservador de su proyecto “regenerador” (Pardo-Rueda, 2004, pp. 309-311). Aunque en Santander las manifestaciones de violencia fueron residuales después de la firma de la paz, la guerra civil sirvió de excusa para clausurar el Instituto Agrícola de García Rovira (Romero-Otero, 1992, p. 190; Gutiérrez-Martínez, 2002, pp. 1380-1384). El establecimiento fue cerrado mediante la emisión del Decreto del 30 de septiembre de 1884, el cual señalaba la inviabilidad financiera de la institución por las contingencias del conflicto (*Gaceta de Santander*, 1884).

El cierre del Instituto daba un duro golpe al legado de Solón Wilches y a una de sus mayores banderas electorales en Santander y la Unión. La clausura del centro de enseñanza agrícola marcó el inicio de una serie de medidas orientadas a dismantelar y reformular las obras del exmandatario santandereano y, dicho sea de paso, de todo el liberalismo no simpatizante de Rafael Núñez y sus aliados conservadores. De hecho, La guerra civil de 1884-1885 sirvió de pretexto para suprimir el proyecto liberal radical que perseguía un Estado-Nación federal, laico y aperturista. Esto para reemplazarlo por un programa “regenerador” de corte centralista, tradicionalista y mercantilista. Tras la guerra, el liberalismo fue perdiendo influencia sobre el Estado, mientras que los conservadores fueron afianzándose en la política nacional. Lo anterior facilitado por la transición legal e ideológica que realizó el presidente Núñez. Así, en 1886, la emisión de una nueva Constitución política puso fin a más de dos décadas de reformas liberales y dejó al país al amparo de un modelo conservador que se orientaba por los anhelos de orden, tradición e hispanismo (Martínez, 2001, pp. 431-433). A merced de esta política del reinicio a escala nacional quedó el Instituto Agrícola de García Rovira. Este establecimiento había logrado funcionar por cuatro años continuos en Concepción gracias a los deseos de Solón Wilches y a la cercanía de este último con el Gobierno nacional. Sin embargo, el escenario político colombiano, luego de la guerra civil había cambiado. Así las cosas, el Instituto Agrícola sucumbió ante la falta de voluntad política para mantenerlo abierto. El plantel pudo seguir funcionando, tras ser superada la guerra civil, no obstante, esta institución estaba tan estrechamente relacionada a la figura de Solón Wilches que sus detractores, especialmente sus coterráneos, nunca contemplaron su resurgimiento, por el contrario, el dismantelamiento del establecimiento era necesario, ya que, con ello, era posible borrar de la memoria de la opinión pública el protagonismo regional de Wilches (Romero-Otero, 1992, p. 190).

A juzgar por lo anterior, la política del reinicio es una estrategia que busca inducir olvido a partir de la ausencia. Olvidar solo es posible cuando desaparece el hecho material que refuerza el recuerdo. En esa medida, bajo el nuevo escenario, el Instituto Agrícola debía ser suprimido. Esto teniendo en cuenta que el plantel no solo estaba asociado a Solón Wilches, sino también a las conquistas del régimen liberal. Situación que no hacía bien a los intereses hegemónicos de los conservadores. Así pues, la política del reinicio realiza un uso social del olvido que se transforma en censura. Ello a fin de lograr cohesión y organización a partir de la anulación de lo heredado. El proceso de reseteo que ejecutó la mencionada política tuvo efectos inmediatos en el plantel de Concepción. Según Felipe Cordero (1937, p. 216), exalumno del referido Instituto, una vez el establecimiento fue cerrado por

motivo de la guerra, el personal docente y operativo se dispersó, y la planta física fue abandonada. Durante la contienda, la locación y el mobiliario de la institución quedaron a merced de los ladrones y de las tropas rebeldes u oficiales que hacían presencia en la provincia. Pasada la guerra, el 5 de agosto de 1886 entró en vigencia la nueva Constitución nacional. Santander pasó a ser un departamento que quedó bajo el dominio del conservador Alejandro Peña Solano. Bajo la administración de este mandatario, el ejecutivo departamental tomó posesión de las instalaciones del Instituto Agrícola y ordenó el traslado a Bucaramanga de toda la dotación del edificio, incluyendo la imprenta, el gabinete de física y el laboratorio de química. Bucaramanga había sido restablecida como capital de Santander, y en esa ciudad estaba en marcha la fundación de una escuela de artes y oficios, la cual obtuvo viabilidad legal en enero de 1887 (Cavassa-Villamizar, 1988, p. 20; Acevedo et al., 2019, p. 177). Un año más tarde, a dicha escuela fueron llevados desde Concepción todos los implementos y enseres que habían equipado el Instituto Agrícola. De esta manera, en 1888 se produjo la liquidación definitiva del centro de enseñanza superior de García Rovira.

En lo que respecta al predio del Instituto, el exalumno Felipe Cordero (1937, p. 216) sostuvo que la gobernación loteó y vendió a particulares los 6000 metros cuadrados que conformaban la planta física del establecimiento. Esto lo hizo el ente departamental “a exiguo precio y por considerarlo quizá ya inútil”. A resultas, buena parte de la edificación de dos plantas y de tipo colonial fue demolida para dar paso a construcciones convencionales de ladrillo de uso residencial y comercial. De la antigua estructura solo quedó en pie el bloque esquinero, el cual ha permitido en la actualidad tener alguna referencia de la apariencia original de la sede institucional. Hacia 1905, la administración municipal de Concepción adquirió parte del sector central de las instalaciones del extinto Instituto con la idea de revivir el plantel (Cordero-Flórez, 1937, p. 216; Romero-Otero, 1992, p. 190). No obstante, la iniciativa no tuvo éxito. Posteriormente, hacia la década de 1930, en Concepción fue puesta en marcha una escuela complementaria que enseñaba oficios artesanales como la ebanistería, la zapatería, el tejido, etc. (Méndez de Rincón, 1993, p. 126) Esto revivía la recomendación hecha por Gutiérrez de Alba cincuenta años atrás sobre la conveniencia de fundar una escuela de artesanos para impulsar la agricultura. Sin embargo, la referida escuela fue perdiendo fuerza y cerró poco tiempo después.

Además, en 1887, tras el giro conservador que tomó la política nacional, Concepción –de tradición liberal– dejó de ser la capital de García Rovira, siendo movida la cabecera provincial a Málaga, poblado de histórica afiliación conservadora

(Gutiérrez y Martínez, 1996, p. 97; Jiménez y Moreno, 1996, pp. 22-23). Bajo estas circunstancias, la reapertura de una universidad en Concepción no resultaba viable para los godos, pues ello podía opacar el predominio de Málaga como distrito municipal y capital de la provincia. Por esta razón, el restablecimiento del Instituto Agrícola en Concepción nunca prosperó.

De esta manera, el establecimiento concepcionero desapareció bajo el mismo mecanismo que lo vio nacer: la política del reinicio. Dicha política, como ha podido verse, persigue la destrucción del legado del adversario, al tiempo que busca realizar nuevos proyectos. Esto haciendo uso de lo que pueda aprovecharse de obras ajenas que previamente han sido devastadas. La política del reinicio consiste entonces en enarbolar banderas de legitimidad a partir de las ruinas de aquello que antes sirvió de referente al bando o personaje opositor. Arruinar lo anterior y crear algo distinto en su reemplazo busca hacer trampa a la memoria, ya que pretende sustituir recuerdos memorables por eventos inmediatos que favorecen al partido de turno.

Conclusiones

Este artículo ha demostrado que la política del reinicio fomenta el olvido social como herramienta de poder. En este sentido, el olvido es inducido y promovido por el grupo o actor dominante a fin de ajustar a conveniencia la narrativa histórica y conservar su potestad. Esto quiere decir que la herencia borrada también cumple una poderosa función social, ya que influye en la construcción de la identidad, de la memoria colectiva y, en este caso, en la lectura de la realidad política. Ahora bien, la política del reinicio funcionó a cabalidad con el Instituto Agrícola de García Rovira, ya que además de imposibilitar su reapertura, indujo a nivel nacional el olvido de su existencia; de hecho, el plantel es precariamente recordado por los santandereanos y concepcioneros. Lo anterior podría explicar por qué el Instituto Agrícola no suele ser mencionado en los trabajos y monografías que estudian los orígenes de la profesionalización agronómica en Colombia. Esto pese a que el establecimiento santandereano era el único de los tres planteles existentes a finales del siglo XIX que formaba ingenieros agrónomos, es decir, verdaderos técnicos y científicos del campo. Asimismo, en la historia de la Escuela de Artes y Oficios de Bucaramanga es difícil encontrar menciones del Instituto Agrícola, a pesar de que este último le donó sus útiles, imprenta y laboratorios para que la institución bu-manguesa pudiera abrir sus puertas.

El periplo histórico del Instituto Agrícola permite reconocer que la política del reinicio, persiguiendo un eterno comienzo, opera a través un mecanismo que funciona según los siguientes pasos: primero, se ejerce una privación de la validez. Esta acción deslegitima lo que antes era aceptado, apelando a argumentos de contradicción, inadecuación y falsedad. En segundo lugar, se realiza un proceso de desmantelamiento, que incluye un desarme institucional, la inutilización y privación de recursos y, en consecuencia, el fomento del abandono. Asimismo, la política del reinicio aplica una violencia social que provoca el aislamiento de las personas o grupos humanos que simpatizaban o estuvieron vinculados a la iniciativa que es objeto de reseteo. Por último, el mecanismo genera una violencia simbólica que persigue la anulación de los elementos culturales producidos alrededor de aquello que quiere ser suprimido, como, por ejemplo, la identidad, la memoria colectiva, la interacción social y la misma visión del mundo.

El estudio de la presencia en Colombia del literato José María Gutiérrez de Alba, así como la historia del Instituto Agrícola de García Rovira, ofrecen nuevos detalles sobre el proceso de transición política que experimentó el país a finales del siglo XIX. A partir de 1886, Colombia viró al conservatismo mediante un modelo de Estado-nación conocido como Regeneración. Este proyecto enfatizaba en el orden, el centralismo y en el rescate de las tradiciones hispánicas para fomentar la cohesión social. La Regeneración coincidió con la transformación del horizonte nacional español, el cual apostaba a un restablecimiento de las relaciones del país ibérico con sus excolonias americanas. En este contexto, Gutiérrez de Alba fue enviado a Colombia como agente confidencial para recabar información que permitiera buscar posibilidades de acercamiento entre los dos países. Es probable que los informes y diarios de viaje escritos por Gutiérrez hubieran sido útiles para que durante los gobiernos regeneradores se restablecieran las relaciones entre España y Colombia. En lo que respecta al Instituto Agrícola, es preciso anotar que su cierre fue un ejemplo notable del paso que dio el país de una instrucción pública liberal a una educación conservadora. El régimen de la Regeneración, con Rafael Núñez a la cabeza, desmontó la enseñanza laica para restituirle el sistema educativo nacional a la Iglesia Católica. Ello a través de un Concordato firmado con la Santa Sede en 1887. En medio de estos eventos quedó el Instituto garciarovirense, establecimiento que no pudo sobrevivir a las transiciones generadas por la nueva política del reinicio.

Pese a que el Instituto Agrícola solo funcionó por cuatro años, en la memoria de algunos concepcioneros quedó presente el adelanto que representó la apertura

de este plantel en su patria chica. Por esta razón, personajes influyentes de la provincia y exalumnos del mismo Instituto como Felipe Cordero Flórez mantuvieron vivo el anhelo de reabrir en Concepción una institución educativa enfocada en la agricultura. Aunque en 1937, Felipe Cordero murió sin ver cumplido su deseo en vida, por medio de su testamento dejó unas tierras a disposición de la comunidad para que con sus rentas se financiaran becas de estudio, especialmente en carreras relacionadas con el agro. No obstante, solo hasta 1963 se hizo legal y financieramente posible la reapertura de un centro de enseñanza agrícola en Concepción. Esto gracias a la gestión del asambleísta Daniel Valencia, quien aprovechó la voluntad política de los gobiernos liberales del Frente Nacional para transformar el campo colombiano. Así, en 1964 –80 años después de la clausura del Instituto– abrió sus puertas en Concepción una Escuela Vocacional Agrícola que formaba en los niveles de primaria y básica secundaria, asimismo permitía optar al título de práctico agrícola. Con el paso del tiempo, esta Escuela fue experimentando transformaciones. De hecho, las tierras entregadas a la comunidad para dar becas fueron adicionadas a la mencionada institución; lo mismo sucedió con los talleres y herramientas de la escuela complementaria. Tras los años, en la década de 1980, la Escuela Agrícola dio lugar al Instituto Técnico Agropecuario Felipe Cordero, plantel que hoy ofrece la primaria y secundaria completas y otorga el título de técnico agropecuario. Así las cosas, un establecimiento educativo que existe en la actualidad halló sus raíces en un proyecto decimonónico del instruccionismo liberal que la política del reinicio no pudo borrar de la memoria de todos los concepcioneros. En este sentido, es muy cierto lo que decía Walter Benjamin (2024) respecto a que las ruinas no son el fin de algo, sino la materia prima para la restitución histórica. No todo reinicio forzado por la idea dominante de progreso impide la recomposición de lo destruido. De los vestigios de aquello que colapsó es posible una recomposición o manifestación sobreviviente con mayor potencial de redención que la propia realidad original que en su momento fue desecha.

Referencias

- Acevedo, Á., Lizcano, D. y Joya, E. (2019). La Escuela de Artes y Oficios de Santander: un primer esfuerzo por incorporar la educación técnica en la región, 1887-1937. *Revista Colombiana de Educación*, 76, 173-191. <http://dx.doi.org/10.17227/rce.num76-3082>
- Ariza-Ariza, N. (2014). Los Wilches Calderón: red familiar y poder político en el Estado de Santander (1857-1886). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41(2), 23-64. <http://dx.doi.org/10.15446/achsc.v41n2.48781>
- Ariza-Ariza, N. (2018). *Las clientelas del general Solón Wilches, un caudillo de la época federal colombiana*. Ediciones UIS.

- Barón, P. E. (1937). El Instituto Agrícola de García Rovira. *Estudio. Órgano del Centro de Historia de Santander*, 6(68-69), 212-214.
- Bejarano-Ávila, J. A. (2011a). Las técnicas agropecuarias en el siglo XX. En *Antología Jesús Antonio Bejarano. Volumen 4. Estudios de historia e historiografía. Tomo II. Historia agraria* (pp. 273-295). Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Bejarano-Ávila, J. A. (2011b). Notas para una historia de las ciencias agropecuarias en Colombia. En *Antología Jesús Antonio Bejarano. Volumen 4. Estudios de historia e historiografía. Tomo II. Historia agraria* (pp. 297-371). Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Bejarano-Ávila, J. A. (2011c). Economía y poder. La SAC y el desarrollo agropecuario colombiano, 1871-1984. En *Antología Jesús Antonio Bejarano. Volumen 4. Estudios de historia e historiografía. Tomo II. Historia agraria* (pp. 373-603). Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Benjamin, W. (2024). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Ediciones dos cuadrados.
- Bergquist, Ch. (1999). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Banco de la República, El Áncora Editores.
- Briceño, O. y Rubio, M. (1909). *Tunja desde su fundación hasta la época presente obra escrita sobre documentos auténticos*. Imprenta Eléctrica.
- Campos-Díaz, J. M. (2015). *José María Gutiérrez de Alba (1822-1897). Biografía de un escritor viajero* [Tesis de doctorado, Universidad de Sevilla]. <https://idus.us.es/items/1f4224b8-456b-4c63-b65c-1b4d10752f25>
- Carreño-Tarazona, C. I. (2013). *Las vías de comunicación entre Santander y Los Llanos: El camino hacia Casanare, segunda mitad del siglo XIX*. Ediciones UIS.
- Cordero-Flórez, F. (1937). El Instituto Agrícola de García Rovira. *Estudio. Órgano del Centro de Historia de Santander*, 6(68-69), 215-216.
- Cuéllar-Montoya, Z. (2008). Juan de Dios Carrasquilla Lema. *Revista Medicina*, 30(82). <https://www.revistamedicina.net/index.php/Medicina/article/view/82-6/357>
- Fernández-Prieto, L. (2008). *Espacio de poder, ciencia y agricultura en Cuba: el círculo de hacendados, 1878-1917*. CSIC, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla.
- Gavassa-Villamizar, E. (1988). *Un centenario. Escuela de Artes y Oficios, 1888-1988*. Imprenta del Departamento.
- Gómez, E. (1946). *García Rovira (tradiciones y leyendas)*. Editorial ABC.
- González de Cala, M. (2002). *Domingo Moreno Otero. Memoria de una época*. Fondo Cultural Cafetero.
- Gutiérrez-Martínez, J. F. (1940). *Santander y sus municipios*. El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/>
- Gutiérrez-Ramos, J. y Martínez-Garnica, A. (1996). *La Provincia de García Rovira: orígenes de sus poblamientos urbanos*. Ediciones UIS.
- Helg, A. (2001). *La educación Colombia: 1918-1957. Una historia social, política y económica*. Universidad Pedagógica Nacional, Plaza & Janés.
- Hernández-Díaz, J. M. (2019). Bélgica en nuestra educación contemporánea. Presentación. En J. M. Hernández-Díaz, *Influencias belgas en la educación española e iberoamericana* (pp. 11-13). Ediciones Universidad de Salamanca.

- Hobsbawm, E. (2009). *La era del capital, 1848-1875*. Crítica editorial.
- Jiménez, J. y Moreno, J. (1996). *Málaga. Memoria Visual*. Colcultura. Instituto Colombiano de Cultura.
- Junguito-Bonnet, R. (2022a). Sociedad de Agricultores Colombianos, 1871. En R. Junguito, C. Caballero, J. Perffeti, E. López, J. Liebovich, *Episodios de la historia de la agricultura en Colombia* (pp. 179-180). Banco de la República.
- Junguito-Bonnet, R. (2022b). Camacho Roldan y la agricultura, 1871-1890. En R. Junguito, C. Caballero, J. Perffeti, E. López, J. Liebovich, *Episodios de la historia de la agricultura en Colombia* (pp. 181-184). Banco de la República.
- López-Trujillo, A. (2019). Influencia belga en la educación colombiana en el contexto de la escuela rural. En J. M. Hernández-Díaz, *Influencias belgas en la educación española e iberoamericana* (pp. 473-483). Ediciones Universidad de Salamanca.
- Maquiavelo, N. (2001). *El príncipe* (H. Puigdomenech, Trad.). Editorial Tecnos.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Banco de la República, IFEA.
- Mejía-Calderón, I. (1986). *La Arquidiócesis de Bucaramanga: historia de la evangelización de una comarca*. Editorial Carrera 7ª Ltda.
- Méndez de Rincón, E. (1993). *Monografía de Concepción. Te amamos tierra nuestra*. Editorial Kelly.
- Otero-Muñoz, G. (1990). *Wilches y su época*. Imprenta Departamental de Santander.
- Pacheco-Blanco, R. (2002). *El león del norte. El general Solón Wilches y el constitucionalismo radical*. Fundación El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/>
- Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*. Editorial Norma.
- Pardo-Rueda, R. (2004). *La historia de las guerras*. Ediciones B.
- Reguillo, R. (2021). *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. Ned ediciones.
- Revista de la F. de M. (1933). Datos biográficos del Sr. Dr. Juan de Dios Carrasquilla L. 1833-1908. *Revista de la Facultad de Medicina*, 1(10), 759-775. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/revfacmed/article/view/22380>
- Romero-Otero, F. (1992). *Las ideas liberales y la educación en Santander, 1819-1919*. Ediciones UIS.
- Roux, R. (2004). Las etapas de la laicización en Colombia. En J. P. Bastian (Coord.), *La modernidad religiosa en: Europa latina y América Latina en perspectiva comparada* (pp. 61-73). Fondo de Cultura Económica.
- Torres-Martínez, J. F. (2012). La educación agrícola superior en Colombia y la Facultad de Ciencias Agrícolas de la Universidad de Nariño. *Revista de Ciencias Agrícolas*, 29(2). <https://revistas.udenar.edu.co/index.php/rfacia/article/view/463/o>
- Torres-Martínez, J. F. (2023). *La ingeniería agronómica en Colombia. Contribución de profesores extranjeros en su génesis y evolución (1911-1970)*. Editorial Universidad de Nariño.
- Vásquez-Cortes, M. (2012). *Economía y política en la obra de Salvador Camacho Roldán*. Universidad del Externado de Colombia.
- Villanau-Torrano, C., García-Farrero, J. y Lafuente-Nafría, B. (2019). Tres aspectos de la pedagogía belga católica en España. Neoescolasticismo, formación obrera y doctrina

social. En J. M. Hernández-Díaz, *Influencias belgas en la educación española e iberoamericana* (pp. 17-80). Ediciones Universidad de Salamanca.

Zapata-Giraldo, J. G. (2015). *Reforma radical en el Estado de Santander, 1850-1885*. Editorial Universidad del Rosario.

Documentación primaria

Boletín de Agricultura (1874). *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura publicado por la misma Sociedad y destinado al fomento de los intereses agrícolas del país*. Imprenta de la República. https://www.google.com/books/edition/_/1lUsAQAAIAAJ?gbpv=1

Cala, R. (1882). Informe del secretario de instrucción pública. 17 de junio de 1882. *Gaceta de Santander*.

Camacho-Roldán, S. (1927). Problemas agrícolas. En *Artículos escogidos del Doctor Salvador Camacho Roldán* (pp.79-103). Librería Colombiana.

Carrasquilla, J. (1879, 8 de diciembre). Comisaría de la Agricultura Nacional. *El Agricultor: órgano de la Sociedad de Agricultores Colombianos*, 2(7). <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/4840>

Estados Unidos de Colombia. (1878, 17 de diciembre). Decreto 636 de 1878: Por el cual se fija la subvención que han de recibir las escuelas rurales y los colegios agrícolas. DO. N.º 4324. <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1856773>

Estados Unidos de Colombia. (1879, 29 de noviembre). Decreto 514 de 1879. Sobre establecimiento de una Quinta de aclimatación y experimentos, y sobre la enseñanza de agricultura. DO. N.º 4577. <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1853458>

Estados Unidos de Colombia. (1884, 30 de septiembre). Decreto de 1884. Sobre el Instituto Agrícola de García Rovira y otras disposiciones. Septiembre 30 de 1884. *Gaceta de Santander*, 1775.

El Agricultor: órgano de la Sociedad de Agricultores Colombianos (1873, 1 de septiembre). 1(1). <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/5036>

El Agricultor: órgano de la Sociedad de Agricultores Colombianos (1880, 6 de marzo). 2(10). <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/5018>

El Repertorio Colombiano (Tomo 3). (1879). Librería Americana y Española. https://www.google.com.co/books/edition/El_Repertorio_colombiano/8n4wAAAAYAAJ?hl=es-419&gbpv=0

Gutiérrez de Alba, J. M. (1880a). Discurso de inauguración del Instituto Agrícola de García Rovira, 19 de abril de 1880. *Gaceta de Santander*.

Gutiérrez de Alba, J. M. (1880b). Informe del rector del Instituto Agrícola de García Rovira al presidente del Estado Soberano de Santander, 11 de junio de 1880. *Gaceta de Santander*, 1403.

Gutiérrez de Alba, J. M. (1874). *Impresiones de un viaje a América, tomo X, del 27 de mayo al 4 de junio de 1874. Excursión a Mariquita*. <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/brblaa1427797-Vol10.pdf>

- Gutiérrez de Alba, J. M. (1884a). *Impresiones de un viaje, tomo XI, desde el 1° de diciembre de 1883 al 26 de febrero de 1884. Regreso a España*. <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/brblaa1427797-Vol11.pdf>
- Gutiérrez de Alba, J. M. (1884b). *Impresiones de un viaje, tomo XIII. Vocabulario explicativo*. <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/brblaa1427797-Vol13.pdf>
- Jaramillo Uribe, J. (1980). Decreto Orgánico de Instrucción Pública. Nov. 1/1870. *Revista Colombiana de Educación*, 5. <https://doi.org/10.17227/01203916.5024>
- La Escuela Normal: Periódico oficial de instrucción pública (1878a, 26 de septiembre). 7(281). <https://repositorio.uniatlantico.edu.co/handle/20.500.12834/191>
- La Escuela Normal: Periódico oficial de instrucción pública (1878b, 3 de octubre). 7(282). <https://repositorio.uniatlantico.edu.co/handle/20.500.12834/191>
- La Escuela Normal: Periódico oficial de instrucción pública (1879a, 16 de enero). 7(296). <https://repositorio.uniatlantico.edu.co/handle/20.500.12834/191>
- La Escuela Normal: Periódico oficial de instrucción pública (1879b, 6 de marzo). 7(303). <https://repositorio.uniatlantico.edu.co/handle/20.500.12834/191>
- Ley 22 de 1879. Por la cual se fomentan las ferrerías establecidas en los estados de Boyacá y Cundinamarca, se auxilia la emigración que venga a los mismos y se hace una cesión al del Magdalena. 30 de abril de 1879. *Leyes de los Estados Unidos de Colombia, expedidas en el año 1879*. Imprenta de Gerardo A. Núñez.
- Ley de 1859. Sobre la administración política del Estado. 27 de diciembre de 1859. *Gaceta de Santander*, 101.
- Memoria del secretario de gobierno al ciudadano presidente de la República para el Congreso (1885). Imprenta de vapor de Zalamea hermanos. https://www.google.com.co/books/edition/Memoria_del_Secretario_de_Gobierno_al_ci/r6prkPBwlJcC?hl=es-419&gbpv=1
- Mensaje del presidente de los Estados Unidos de Colombia al Congreso (1880). Imprenta de Medardo Vivas. https://www.google.com.co/books/edition/Mensaje_del_Presidente_de_la_Rep%C3%ABlica/yNg2AQAAMAAJ?hl=es-419&gbpv=1&dq
- Quinto informe anual del director de la instrucción pública del Estado Soberano de Cundinamarca (1875). Imprenta de Echeverría hermanos. https://www.google.com.co/books/edition/Informe_anual/7xILAAAIAAJ?hl=es-419&gbpv=1&dq=Quinto+informe+anual+del+director+de+la+instrucci%C3%B3n+p%C3%ABlica+del+Estado+Soberano+de+cundinamarca&pg=PA3&printsec=frontcover
- Soto-Villamizar, F. (1884). Protesta de los vecinos de Cúcuta ante los demás ciudadanos del Estado Soberano de Santander. En *El sufragio en Santander. Comprobación de los fraudes cometidos por los agentes del gobierno en el Departamento de Cúcuta en las elecciones del presente año, 1884* (pp. 4-8). Imprenta del “Diario de Cundinamarca”. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/621>
- Soto-Villamizar, F. (1913). *Memorias sobre el movimiento de resistencia a la dictadura de Rafael Núñez: 1884-1885*, tomo I. Arboleda & Valencia.
- Wilches-Calderón, J. P. S. (1880). Discurso de inauguración del Instituto Agrícola de García Rovira, 19 de abril de 1880. *Gaceta de Santander*.



Territorio, migración, religión e interacción cultural: el caso de los menonitas en Janos (Chihuahua, México)

Territory, Migration, Religion and Cultural Interaction: The Case of the Mennonites in Janos (Chihuahua, México)

ELIZABETH BAUTISTA FLORES

elizabeth.bautista@uacj.mx

Doctora en Ciencias Sociales. Especialidad en Comunicación y Política. Profesora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, campus Nuevo Casas Grandes, Chihuahua (México).

<https://orcid.org/0000-0002-2197-1493>

NORA LORETO QUINTANA

nloreto@uacj.mx

Maestra en Educación. Cursa estudios de doctorado en Educación. Profesora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, campus Nuevo Casas Grandes, Chihuahua (México).

<https://orcid.org/0000-0002-6211-9272>

JORGE VILLANUEVA VILLALPANDO

jorge.villanueva@uacj.mx

Licenciado en Arqueología. Maestro en Estudios Mesoamericanos. Profesor de tiempo completo en el campus Nuevo Casas Grandes, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua (México).

<https://orcid.org/0000-0002-4382-8380>



Resumen

Chihuahua es uno de los estados de México que tiene una fuerte presencia migratoria. Los mormones y menonitas se destacan por el impacto en la cultura y la industria agropecuaria. Ello ha implicado una serie de desplazamientos territoriales hacia el noroeste de la entidad, donde las significaciones son particulares a la transformación continua que va de la modernidad a la globalización; así se ha consolidado el aprovechamiento económico de integración con la comunidad receptora, aunque sigue pendiente reflexionar en cuanto al desarrollo económico de las colonias menonitas que se encuentran en el municipio de Janos (Chihuahua).

Por lo tanto, se muestran los resultados de un estudio cualitativo, de tipo descriptivo, realizado entre 2023 y 2025, pues se reflexiona sobre el sentido de la territorialidad en tanto las yuxtaposiciones, la religión y la mezcla de los procesos de integración cultural entre menonitas, mormones y migrantes locales de diferentes grupos sociales, quienes muestran actitudes de apropiación, dominio e interacción entre sí.

Palabras clave: migración, religión, territorio, Janos, menonitas.

Abstract

Chihuahua is one of the states in Mexico with a strong migratory presence. In particular, Mormons and Mennonites stand out for their impact on culture and the agricultural industry. Historically, this has led to a series of territorial displacements toward the northwest of the state, where territorial meanings are shaped by a continuous transformation spanning from modernity to globalization. Consequently, while forms of economic integration with the receiving community have been consolidated, further reflection on the economic development of the Mennonite colonies located in the municipality of Janos (Chihuahua), remains pending.

Therefore, this paper presents the results of a qualitative, descriptive study carried out between 2023 and 2025, which reflects on the meaning of territoriality at the intersection of religion and dynamic cultural integration processes among Mennonites, Mormons, and local migrants from different social groups, who demonstrate attitudes of appropriation, spatial mastery, and mutual interaction.

Keywords: migration, religion, Janos, Mennonites.

Introducción

La colonización del actual norte de México atravesó por diferentes periodos históricos, lo cual se ve reflejado en sus diversos asentamientos humanos que a la fecha existen, es decir, desde antes de la llegada de los colonizadores europeos, diferentes comunidades se distribuían en grandes extensiones de tierra; estas poblaciones eran en su mayoría grupos nómadas de cazadores-recolectores, que mantenían contacto entre sí, pues intercambiaban diferentes productos con lo que mantenían su sustento.

Los grupos de población integran migrantes provenientes de Estados Unidos y Canadá. En ese sentido se centra el caso de análisis en el que se identificaron las colonias menonitas conocidas como Las Virginias, Buenavista y Buenos Aires, que se encuentran en el municipio de Janos, en el estado de Chihuahua (México). La selección obedece a que la integración económica de estas con su entorno se ha transformado con una perspectiva amplia en el desarrollo de negocios como la comercialización de productos propios e incorporación de diferentes alternativas importadas, debido a que los colonos menonitas en su mayoría cuentan con la doble nacionalidad y promueven esquemas de negocios, a partir de la producción agropecuaria y el desarrollo de servicios.

Por tanto, este artículo está organizado en tres partes. En la primera se recuperan algunos hechos históricos que dieron origen no solo a la creación de la entidad más grande de México, lo cual ayuda a comprender mejor la recepción de grupos migrantes, quienes impulsaron estrategias de comercialización como una forma de interacción con los habitantes locales.

En la segunda parte se describe la transformación a causa de la implementación de mecanismos comerciales que implican una dinámica más incluyente y de intercambio cultural, pues en ella se suman familias completas, a partir del aprendizaje del idioma local (inglés y español), la incorporación y apropiación de tecnología digital y limitaciones a la religión a un ámbito más personal e individual, ya en ocasiones, alejado de la actividad productiva.

La tercera parte se integra por la exposición de los habitantes en las colonias menonitas; ello debido a que los resultados que se presentan forman parte de una investigación de tipo cualitativa, de corte descriptiva, en la que se incluyeron diferentes tipos de herramientas etnográficas, como la entrevista, a partir de cuestionarios no estructurados, observación participante en las colonias menonitas y

captura de datos visuales durante los recorridos que se hicieron a las diferentes colonias del municipio de Janos, para integrar testimonios y datos que ayuden a reconstruir la memoria histórica de los habitantes.

Por lo anterior, este manuscrito permite ofrecer los primeros resultados para atender los siguientes cuestionamientos: ¿cómo una comunidad religiosa menonita, asentada en el noroeste de Chihuahua, en Janos, ha logrado ajustarse a las transformaciones espaciotemporales derivados de los cambios económicos y de competitividad comercial para convertirse en una alternativa de abasto en diferentes municipios, sin perder la fortaleza de sus valores religiosos y, al mismo tiempo, ser parte de la dinámica creadora a espacio urbanos fronterizos más dinámicos, diversos e integrados? A ello se suma que, en dichos procesos de urbanización, es importante considerar ¿cuáles son las alteraciones en los espacios físico y simbólico donde se construye el sentido de pertenencia y apropiación territorial para integrar la comunidad?

Las primeras poblaciones en la Nueva Vizcaya

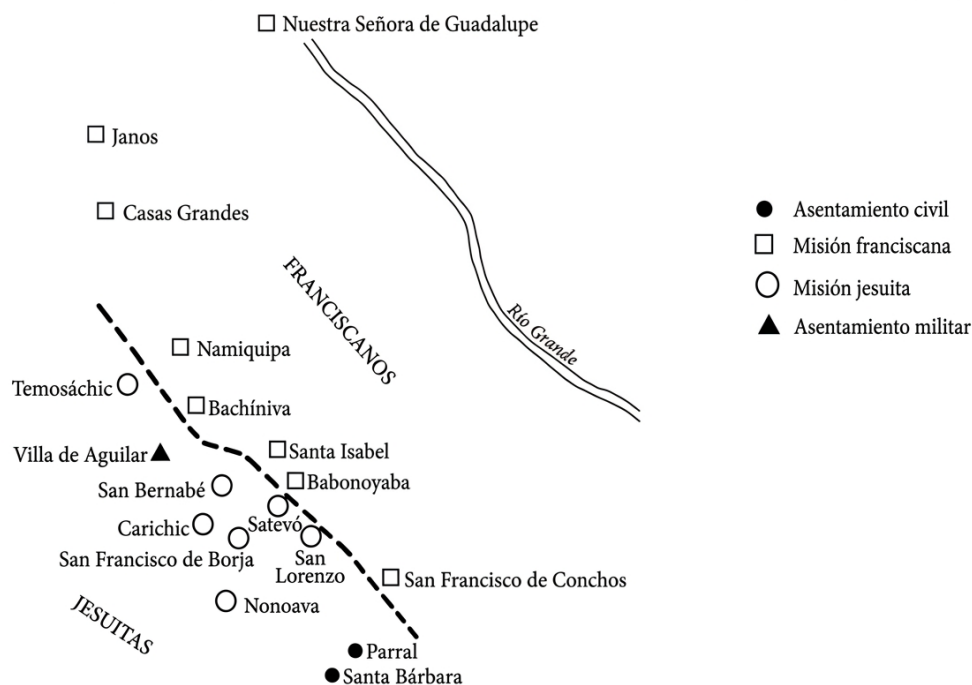
La región conocida como Aridoamérica abarcó el territorio de los actuales estados de Aguascalientes, Durango, San Luis Potosí, Chihuahua, Tamaulipas, Nuevo León, Sonora, Coahuila y Baja California; en Estados Unidos de América, los estados de Arizona, Nuevo México y Texas, entre otros.

La presencia española en las tierras del noroeste de la Nueva España tardó en consolidarse; primero, debido a la distancia del poder central, luego, por lo agreste del lugar, dado que en su mayoría están integradas por grandes extensiones desérticas, aunado a los costos que habían de enfrentar los interesados en viajar a las nuevas tierras; a ello se sumaron las tensiones entre las diferentes órdenes de católicos por la perspectiva evangelizadora (franciscanos y jesuitas); se añade el asedio de las poblaciones nativas, que rechazaban los asentamientos en zonas como Nuevo México, lo que daba lugar a la pérdida de vidas humanas tanto de misioneros como de militares y colonos.

Bajo ese contexto, según Luis Aboites Aguilar (1995a), los asentamientos retrocedieron en 1681 a lugares más seguros; así dieron paso a los presidios de Paso del Norte (1663), Casas Grandes (1686) y Janos (1691), y la misión franciscana en Namiquipa. Sin embargo, los riesgos, violencia y abusos no cesaron, al contrario, se incrementaron. Como se observa en la figura 1, los asentamientos consiguieron consolidarse, mayormente del lado de los jesuitas, pues comenzaron a producirse

granos, semillas, y abrió el tráfico de ganado (vacas y ovejas) provenientes de “Nuevo México, Durango y hasta Zacatecas”, además de otras mercancías que circulaban principalmente entre Chihuahua y Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez).

Figura 1. Primeros asentamientos en el norte de México con base en misiones religiosas



Nota. Janos y Casas Grandes fueron misiones de los religiosos franciscanos, quienes lograron asentamientos poco consolidados.

Fuente: Aboites (1995).

Una vez que México logró su independencia de España, a comienzo del siglo XIX, su consolidación como país fue complicada. Primero, perdió más de la mitad de su territorio tras una intervención de su vecino del norte (1846-1848) y, luego, enfrentó la Guerra de Reforma para establecer la separación entre la Iglesia y el Estado mexicano (1857-1861) y, por último, el país logró superar una intervención europea liderada por Francia (1861 a 1867), todo en el mismo siglo.

A pesar de esos periodos críticos, México se mostró como una nación abierta a la llegada de migrantes de diferentes grupos étnicos y religiosos. A mediados del siglo XIX, surgió la religión mormona en Estados Unidos de América (Domínguez, 2003). Mientras los Lebaron se convirtieron en un grupo sectario y segregado dadas sus posturas ideológicas. Aún promueven la poligamia entre los miembros

varones, quienes están autorizados para tener tantas esposas como puedan sostener económicamente (Liddiard, et. al., 2023).

En 1912, con el estallido de la Revolución, la mayoría de los mormones regresaron a Estados Unidos. Actualmente, las colonias mormonas más prósperas en Chihuahua son Dublán, que fue la más antigua y ahora forma parte del municipio de Nuevo Casas Grandes, y Colonia Juárez, ubicada en Casas Grandes.

Migraciones y apertura religiosa en el norte de México

Chihuahua tiene una extensión territorial de 247 412 km², lo que representa el 12.6 % del territorio nacional. Esto lo convierte en el estado más grande de la república mexicana. Debido a su gran tamaño, su densidad de población es baja, con un promedio de 15 personas por kilómetro cuadrado (Instituto Nacional de Estadística y Energía [INEGI], 2020). Estos datos son importantes porque Chihuahua siempre ha tenido problemas de población en su gran territorio (Aboites, 1995b), aunque es una de las economías más fuertes a nivel nacional.

Sin embargo, es necesario hacer una breve revisión en cuanto a las condiciones de los asentamientos españoles primero y luego con la conformación de un país naciente que tuvo, prácticamente, que eliminar la presencia de los pueblos indígenas que habitaban en favor de una entidad federativa y, con el tiempo, ser una opción para aceptar a diferentes grupos migrantes que ayudaron a repoblar, desarrollar e integrar una diversidad de culturas que a la fecha conviven.

De tal manera, se incluyen las diferentes perspectivas que existen con relación a los estudios del territorio y el espacio. Según Gómez y Medina (2022), es clave definir el concepto de territorio porque tiene muchos significados y se entiende de distinta forma según cada área del conocimiento, destacando en la antropología, los aspectos políticos y económicos, entre otros tantos, así como, por supuesto, desde la geografía: “Estas dimensiones enfocan las formas en cómo el ser humano utiliza la tierra, cómo organizan y se organizan en el espacio y qué significados dan al lugar” (p. 63). Así, se identifican las perspectivas materialistas (vertiente naturalista, económica y política); idealistas (vertiente cultural); integradora multi-territorialidad) y relacional (tiempo-espacio).

Además, desde una perspectiva etnográfica, los estudios étnicos están profundamente vinculados al espacio, al paisaje y, por ende, al territorio, ya que como categorías de análisis permiten comprender dónde se realizan las acciones, las

cotidianidades y las prácticas sociales de las culturas. En ese sentido, a diferencia de lo que ocurre en el sur de México, donde habitan pueblos indígenas, en esta región se pueden identificar mejor las prácticas religiosas, los rituales, los elementos simbólicos y cosmogónicos de una genealogía cultural propia, pero la región noroeste de Chihuahua, muy cerca de la frontera con Estados Unidos, tiene especial importancia debido a la convergencia de diferentes grupos étnico-religiosos, donde la tierra, el territorio, tiene sus propios significados, valores y usos.

Desde mi perspectiva, el espacio no es inerte sino un principio activo en la construcción del territorio, por lo que podría pensarse en procesos interactivos entre los usuarios y específicos espacios. Dicho de otro modo, espacios particulares reciben cargas sociales de significación y las reflejan hacia la sociedad, sugiriéndole una multiplicidad de símbolos, discursos y prácticas rituales. Cuando en el espacio se inscriben a través del tiempo usos tradicionales, costumbres, memoria, rituales y formas diversas de organización social, se va constituyendo como territorio para ese grupo, esto es, un espacio histórico propio conformado por diversos paisajes significativos y bordeado de fronteras que los separan de los grupos vecinos. (Barabas, 2010, p. 12)

Por ello, para este artículo, el concepto del territorio tiene concepciones más vinculadas a los límites, y a ellos se añaden el espacio culturalmente construido, como lo indica la misma Alicia Barabas (2004): “lo que implica que es valorizado y apropiado simbólicamente e instrumentalmente por la sociedad” (p. 149), pues así se muestra la identidad de cada grupo que lo habita y que se ha apropiado de su paisaje y espacio para consolidar la reproducción de su cultura, a través de los años, pues ahí podría encontrarse la trascendencia cuando diferentes grupos cohabitan de manera cotidiana.

Se trata de un concepto extraordinariamente importante, no sólo para entender las identidades sociales territorializadas, como las de los grupos étnicos, por ejemplo, sino también para encuadrar adecuadamente los fenómenos del arraigo, del apego y del sentimiento de pertenencia socio-territorial, así como los de la movilidad, los de las migraciones internacionales y hasta los de la globalización. (Giménez, 2005, p. 9)

Con base en lo anterior, las variables culturales consideradas en este artículo se centran en las interacciones y dinámicas económicas, que incorporan procesos de convivencia cotidiana, e interacción en los intercambios comerciales, a partir de la recuperación de narrativas por parte de los habitantes menonitas y no menonitas como son los habitantes locales y los jornaleros o expertos en negocios agropecuarios, quienes de manera cotidiana visitan los asentamientos. Es de mencionar que hasta el momento este tipo de contextos históricos han sido poco documentados.

Por ello es de suma importancia comprender y entender las concepciones y significaciones de la cosmovisión y cultura, respectivamente, como construcciones sociales elaboradas por un grupo en un periodo histórico específico para determinar el comportamiento humano de la sociedad respectiva con una identidad cultural tanto colectiva como individual que los distinga y diferencie de los demás grupos sociales en lo referente, en este caso particular de estudio, a la apropiación del territorio, migración, religión e interacción cultural, ya que existen numerosas cosmovisiones y culturas.

La cosmovisión constituye la explicación que un grupo social elabora sobre su realidad y funciona como un marco de referencia desde el cual se interpreta el mundo, se ordena la experiencia y se orientan las prácticas sociales. En este sentido, la cosmovisión no solo organiza el pensamiento colectivo, sino que también estructura la manera en que los grupos sociales comprenden su entorno, su historia y sus formas de interacción.

Para el caso de Mesoamérica, López Austin (1996) define la cosmovisión como un hecho histórico de producción de pensamiento social inscrito en procesos de larga duración, integrado por un conjunto estructurado y relativamente congruente de sistemas ideológicos mediante los cuales un grupo social, en un tiempo histórico determinado, busca aprehender y explicar el universo. Desde esta perspectiva, la cosmovisión se configura tanto como una creación colectiva, fundamental para la cohesión social, como una elaboración individual, siendo la primera el punto de partida de la actividad subjetiva.

Este planteamiento dialoga con la propuesta de Eliade (1992), quien sostiene que la visión del mundo se fundamenta en la distinción entre lo sagrado y lo profano, entendidas como modalidades de la experiencia humana que estructuran las formas de habitar el tiempo y el espacio. A través de esta distinción, los grupos sociales dotan de significado simbólico a su entorno, transformando determinados espacios en lugares cargados de sentido histórico y cultural. A su vez, Jung (1982) aporta una dimensión complementaria al señalar que estos procesos de construcción simbólica operan tanto de manera consciente como inconsciente en la psique humana. Desde esta óptica, la cosmovisión no se limita a sistemas ideológicos explícitos, sino que se manifiesta en símbolos, imágenes, prácticas y percepciones compartidas tanto individual como colectivamente.

Estos procesos se producen a través de la percepción humana, entendida como la capacidad mediante la cual el organismo transforma, organiza y estructura la

información proveniente del entorno en datos sensoriales o de memoria (Carterette y Morton, 1982). En conjunto, los planteamientos de López Austin, Eliade y Jung permiten comprender la cosmovisión como una estructura compleja que articula sistemas ideológicos, experiencias simbólicas y procesos psíquicos, los cuales se expresan socialmente a través de la cultura.

Desde el punto de vista estructural, la cosmovisión se compone de un núcleo duro y una periferia o núcleo blando. El núcleo duro concentra aquellos elementos simbólicos y valores profundamente arraigados que presentan una alta resistencia al cambio histórico y que otorgan coherencia y continuidad al sistema de pensamiento colectivo. En contraste, la periferia está integrada por elementos más flexibles y adaptables, susceptibles de transformarse frente a nuevas condiciones sociales, económicas y territoriales (López Austin, 1996). Esta distinción resulta fundamental para analizar cómo las cosmovisiones se mantienen y, al mismo tiempo, se ajustan a lo largo del tiempo.

Desde esta lógica, la cosmovisión debe entenderse como un hecho histórico situado, cuya expresión concreta se manifiesta en las prácticas culturales de los grupos sociales. En el caso de la región objeto de estudio, esta se configuró desde los primeros asentamientos prehispánicos de grupos cazadores-recolectores, continuó su transformación con las sociedades agrícolas sedentarias y se reconfiguró durante la conquista española y la posterior incorporación de grupos sociales como los menonitas en el actual estado de Chihuahua. En este devenir histórico, los cambios en los elementos nucleares y periféricos han sido sutiles, lo que permite comprender la historia regional como un encadenamiento milenario de sociedades estrechamente emparentadas entre sí.

De manera complementaria, la cultura se presenta como el ámbito en el que la cosmovisión se materializa, se reproduce y se transforma socialmente. La cultura, entendida como constructo social, ha sido ampliamente estudiada desde mediados del siglo XIX, principalmente desde la antropología social, a través de diversas corrientes teóricas, como el evolucionismo cultural, el particularismo histórico, el difusionismo, el funcionalismo, el estructuralismo, la antropología simbólica, el materialismo cultural e histórico, así como modelos contemporáneos de corte sistémico y estadístico. Estas aproximaciones permiten analizar la cultura como un sistema dinámico de significados, normas y prácticas que organiza y controla la vida social.

En términos generales, la cultura puede entenderse como el conjunto de costumbres, tradiciones, normas y valores compartidos por un grupo social, heredados y transmitidos de generación en generación, regulados tanto colectiva como individualmente. Este entramado cultural se articula a partir de múltiples variables interrelacionadas, como la apropiación del territorio, la movilidad social, la religión, la identidad cultural y la interacción social, entre muchas otras. Dichas variables no solo expresan la cosmovisión del grupo, sino que también la reproducen y la transforman, evidenciando la estrecha relación entre ambos conceptos dentro del marco analítico de esta investigación.

Desde esta articulación, el espacio adquiere un papel central como espacio culturalmente construido, es decir, como un territorio cargado de significados culturales simbólicos. El territorio no se reduce a una dimensión física, sino que integra diversas dimensiones interrelacionadas: la simbólica, vinculada a los significados culturales y religiosos; la social, asociada a las formas de organización comunitaria; y la económica, relacionada con el uso, la apropiación y el aprovechamiento productivo del espacio. En regiones fronterizas como Janos, estas dimensiones se superponen y se reconfiguran de manera constante, generando dinámicas particulares de adaptación y cambio social.

Aplicado al caso de Janos, este marco analítico permite comprender las transformaciones económicas como procesos que se desarrollan principalmente en el ámbito periférico de la cosmovisión. La incorporación de nuevas tecnologías, la diversificación productiva, la expansión hacia sectores comerciales y de servicios responden a las dinámicas fronterizas y a las condiciones del territorio, sin que ello implique una ruptura con los valores nucleares relacionados con el trabajo comunitario, la disciplina productiva y la organización colectiva.

De manera similar, los cambios en los roles de género pueden analizarse a partir de la tensión entre el núcleo duro y la periferia de la cosmovisión. Mientras que ciertas estructuras patriarcales y concepciones tradicionales del trabajo y la familia permanecen como elementos nucleares, en la periferia se observan ajustes progresivos en las formas de participación económica y social, particularmente en contextos donde las exigencias productivas y las interacciones con otros grupos sociales generan nuevas configuraciones de roles y responsabilidades.

Asimismo, las nuevas formas de interacción social en Janos pueden comprenderse como resultado de la reconfiguración del espacio culturalmente construido. La condición fronteriza del territorio favorece el contacto, la negociación y la

convivencia entre distintos grupos sociales, lo que incide en la transformación de prácticas comunitarias, redes de cooperación y mecanismos de integración social, sin desarticular completamente los elementos centrales de la cosmovisión compartida.

En este contexto, las comunidades menonitas a nivel global constituyen un referente clave para comprender la tensión entre tradición y modernidad. En distintos países, estos grupos han enfrentado de manera diferenciada la expansión del mercado, la presencia del Estado y los procesos de integración social. Mientras algunas comunidades han optado por mantener una distancia marcada frente a las instituciones estatales y los sistemas económicos dominantes, otras han incorporado selectivamente tecnologías, mecanismos de mercado y formas de regulación estatal, particularmente en los ámbitos productivo y comercial. Estas estrategias evidencian que la relación menonita con la modernidad no es homogénea, sino que responde a contextos territoriales específicos y a negociaciones internas entre los elementos nucleares y periféricos de su cosmovisión.

Desde esta perspectiva comparativa, el caso de Janos se inserta en una discusión global sobre la tensión entre tradición y asimilación que atraviesa a múltiples comunidades culturales y religiosas en el mundo contemporáneo. La cosmovisión menonita en Janos se configura como una estructura que negocia de manera constante la relación entre preservación identitaria y adaptación a contextos económicos, políticos y sociales cambiantes. Los elementos del núcleo duro aseguran la continuidad simbólica y cultural, mientras que los componentes periféricos permiten ajustes en las actividades económicas, los roles sociales y las formas de interacción con otros grupos y con el Estado.

Aunado a lo anterior, las características del pensamiento religioso de los menonitas y su relación con las actividades económicas en Chihuahua son influenciadas por una visión providencialista del trabajo y la familia, que además ha incidido profundamente en la organización económica de sus comunidades asentadas en el norte de México. Su modelo, caracterizado por la autosuficiencia, la cooperación y una rígida estructura patriarcal, dio origen a colonias que, aunque hoy reducidas en número, siguen manteniendo principios fundamentales como la organización comunitaria, la planificación productiva y el aprovechamiento intensivo del territorio, y precisamente, a través de estas prácticas, este grupo ha dejado una huella significativa en el desarrollo agrícola de Chihuahua (Walsh, 2008).

Por lo que es conveniente reiterar la envergadura y peculiaridades de las diferentes actividades económicas de los menonitas en Chihuahua, las cuales han evolucionado significativamente desde su establecimiento, incorporando nuevas tecnologías, estrategias comerciales y diversificación de productos. Si bien su base sigue siendo agropecuaria, particularmente la producción de lácteos y granos, en las últimas décadas han expandido su presencia hacia sectores de servicios, comercio y manufactura, lo cual ha consolidado su papel como agentes económicos clave en la región. Esta ampliación no solo fortalece su autosuficiencia, sino que también genera empleo y dinamiza las economías locales.

En lo referente a las aportaciones teóricas, se consideran las realizadas por el también antropólogo estadounidense Casey Walsh (2008) sobre la organización del agua, la tierra y el trabajo en el norte árido de México y el suroeste de Estados Unidos, las cuales igualmente nos ofrecen un marco analítico idóneo para situar el caso de Janos como parte de dinámicas regionales más amplias de uso de recursos, integración de mercados y relaciones de poder; podemos decir que su trabajo se centra en la ecología política y la historia transnacional de estos recursos en las zonas fronterizas.

En este sentido, trabajos como los del antropólogo estadounidense Josiah Heyman, que analizan la frontera como un espacio de procesos estatales, capitalistas y de desigualdad, ofrecen un marco analítico idóneo para situar el caso de Janos como parte de dinámicas regionales más amplias de uso de recursos, integración de mercados y relaciones de poder. Este planteamiento teórico enriquece la etnografía y conecta discusiones claves y actuales en la historia y las ciencias sociales.

Así, algunas de las aportaciones de Heyman (2012), nos ofrecen un buen marco de referencia para analizar el caso de Janos, ya que a través de sus trabajos examina la frontera norte de México con Estados Unidos como un espacio donde convergen y se intensifican procesos estatales, capitalistas y de desigualdad.

La religión menonita para el desarrollo económico

La base de la religión menonita se fundamenta en la paz y el trabajo productivo, a partir de la apropiación del territorio para el bien común de sus miembros, lo que a corto o mediano plazo provocará la creación de la riqueza para la comunidad (Weber, 2004). Desde sus orígenes en Zúrich (Suiza), a comienzos del siglo XVI, a la fecha, la religión menonita se ha distinguido de otras religiones por mantener una sólida práctica de sus comportamientos y filosofía (Weber, 1999).

Es decir, se considera que el ideólogo de la religión menonita fue Menno Simmons, quien se incorporó al movimiento protestante en 1536, y poco a poco promovió los valores para evitar la violencia, promoción a la paz y trabajo cotidiano como forma de redención en el mundo, de ahí que se limitaran actitudes consideradas mundanas como la vanidad, el lujo y el poder extremo sobre otros grupos o personas.

Estos valores y comportamientos entre los feligreses son aún promovidos, pues en el libro *Menno Simmons: su vida y escritos* (Horsh y Bender, 1979), se indica, en la sección de extractos de los escritos, que “Es evidente que una congregación o Iglesia no puede continuar en la sana doctrina y vida piadosa e inmaculada sin la práctica apropiada de la disciplina...” (p. 122); de esa manera se estimula la unidad y protección de los miembros de la comunidad y, con ello, se protegen de lo que consideran “idólatras y transgresores insolentes” (Horsh y Bender, 1979, p. 122).

Si bien estas características consideradas mundanas e individualistas no fueron del todo propias de la religión protestante encabezada por Martin Lutero, sí influyeron para fortalecer la idea de apropiarse y controlar la naturaleza, en pro del bien común y de beneficio para los miembros de la feligresía. Es decir, la religión menonita es resultado del movimiento anabaptista que se estableció en ciudades de Europa Central, en lo que es hoy Alemania y Holanda. Es decir, el anabaptismo fue la opción de un segundo bautismo como un rito iniciático en la religión, a partir de la decisión individual y propia del interesado (a) en ser miembros de la iglesia, pues se dejaron de bautizar al nacer; así, al alcanzar la edad adulta se aceptan las responsabilidades para trabajar para y con la comunidad, de ahí el rechazo a adscribirse a una nacionalidad o deberse a un Estado en particular o participar en asuntos políticos o militares (Allouette, 2014).

A lo largo de los años, dicha identidad comunitaria implicó varias situaciones que repercutieron de manera directa en su historia, debido a la *expertise* en las actividades agropecuarias, primero en la producción de granos, así como en el manejo de lácteos y sus derivados. Dado que tiene un sentido de unidad promovido por la religión, la dedicación al trabajo es puntual y disciplinada, en especial cuando se refiere a cuestiones del sector primario (Bautista y Sánchez, 2018).

En pocos años, la atención en las actividades agropecuarias creó riqueza para los miembros de la comunidad, en la mayoría de las ocasiones, al negarse a ser parte del Estado e incorporarse en actividades políticas o ideológicas provocaron el rechazo e incluso expulsión del lugar; eso se vivió cuando fueron expulsados de

la antigua Prusia (1772), luego de Ucrania (1870) y posteriormente de Canadá (1922) (Taylor, 2004; 2017).

La llegada al norte del continente americano pronto tuvo sus inconvenientes, pues recién comenzado el siglo XX, en Europa se declaró la Primera Guerra Mundial. Ello generó preocupación de los grupos menonitas, quienes se opusieron a participar en los alistamientos militares; primero, a causa de los valores religiosos, pues uno de los principales es la promoción de la paz; luego se negaron a aceptar la nacionalidad canadiense, y, por último, rechazaron la asimilación lingüística al sustituir su idioma *pläutdiesh* por el inglés británico, que se habla en Canadá. Debido a ello, el Gobierno canadiense presionó a las comunidades menonitas, que al final optaron por comenzar la travesía en diferentes partes del continente americano para buscar opciones de colonización y expansión de su feligresía.

La colonización menonita en Chihuahua (México)

Luego de una intensa travesía por países de Sudamérica, los colonos menonitas que decidieron dejar Canadá encontraron las mejores condiciones en el norte de México para comenzar con nuevos asentamientos en marzo de 1922 (Taylor, 2017). Esta ola de movimientos se dio en el marco de las migraciones europeas a América, que tuvieron el pico más alto en 1905 y 1910 (Aboites, 1995a), periodo también implicó un proceso de revisión migratoria más estricto, lo que generó una baja constante desde entonces.

En este sentido, es importante considerar el contexto de México, pues si bien no se participó en la Primera Guerra Mundial, sí se vivía una recomposición derivada de la Revolución (1910-1917); de hecho, entre los pocos periodos de paz, durante la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924), se autorizó la llegada de los colonos por medio de las líneas férreas y por diferentes periodos.

Esto, por supuesto, también generó problemas con los habitantes locales, pues, de igual manera, reclamaron grandes extensiones de tierra para cultivo y ganadería, no solo como parte de su asentamiento, sino también por derecho, debido a que los tiempos posrevolucionarios lo exigían para su desarrollo como ciudadano mexicano de San Antonio de los Arenales, pues en esa región fue frecuente la protección a hacendados, que acapararon grandes extensiones de tierra ante, incluso, la protección por parte del gobierno porfirista.

Una vez firmado el *privilegium* entre el gobierno de Álvaro Obregón y los líderes menonitas, comenzaron las gestiones para la migración. Este acuerdo logrado por los menonitas, a diferencia de otros grupos migrantes a México, les permitió mantener las prácticas religiosas y laborales más firmes entre su comunidad. De tal manera que por casi 80 años no se registró un matrimonio mixto. Para ello, los menonitas obtuvieron, según Taylor (2017), lo siguiente:

- a. Respeto a sus procesos educativos, donde se incluye la educación primaria. La situación es que será de seis años para los varones y dependiendo de la menarquia en las niñas, pues en cuanto se manifiesta, deberán dejar de acudir a las aulas escolares;
- b. Respeto a su lengua originaria (pläutdiesch),
- c. Respeto a sus creencias religiosas,
- d. No participación en servicio militar,
- e. No participación en actividades políticas ni militares.

Los menonitas del grupo *Altkolonier* eran originarios de Manitoba, y en sus propiedades mantuvieron el nombre original, mientras que los *Altkolonier* eran de Saskatchewan y dieron forma a *Swift Current*. Al finalizar el año de 1922, se dice que habían llegado tres mil menonitas, por lo que, con el transcurso de los siguientes cinco años, se instalaron en las tierras adquiridas e impulsaron las actividades agrícolas, bodegas y ganado lechero (Froese, 2023).

Con sus habilidades y conocimientos comenzaron un desarrollo económico que se combinó con los de los habitantes locales y luego se contactaron con los colonos mormones, con quienes también hicieron alianzas para impulsar las actividades pecuarias. De ahí que se considere que la creación de las empresas lecheras e industria quesera ganara el impulso directo de los gobiernos estatales (Bautista y Sánchez, 2020; Sánchez y Bautista, 2017).

Además, como parte de una política de incentivos para la mejora y el impulso al crecimiento económico y desarrollo social de los diferentes estados de la república, con los siguientes gobiernos, ya con un país más estable, en la década previa a la Segunda Guerra Mundial, también se incentivó la repatriación de mexicanos en el sur de EUA.

Es decir, si bien las colonias, tanto de mormones como de menonitas, fueron aceptadas como parte de un plan para el poblamiento y de crecimiento económico,

lo cierto fue que aún a comienzo del siglo XXI no logran asimilarse a la cultura local, por lo cual las colonias siempre se mantuvieron distanciadas y con poca interacción cultural y de atención de parte de las autoridades civiles. En otras palabras, si bien se ha logrado compartir un territorio (Gómez y Medina, 2022), las distancias respecto a la convivencia son, de alguna manera, distantes.

En la actualidad, Ciudad Cuauhtémoc es la tercera en importancia a nivel estatal, con una población de más de 180 mil personas; según datos de la Secretaría de Economía (2024), en 2023 reportó una economía soportada en las ventas “internacionales de Cuauhtémoc ... que refieren a Remolques y Semirremolques para Cualquier Vehículo; los demás vehículos no Automóviles; sus partes (US\$317M), Alambres y Cables Eléctricos (US\$110M) y Otros Muebles y Piezas (US\$47M)”.

En Chihuahua, por ejemplo, los menonitas se desplazaron a municipios como Ascensión, Buenaventura, Janos y Nuevo Casas Grandes (Bautista y Sánchez, 2018) por dos situaciones: la falta de tierras para cultivar y desplazar el ganado lechero y por la falta de recursos hídricos, dado que las autoridades federales limitaron la perforación de pozos. En los siguientes apartados se describirá cómo se han desarrollado los negocios en aquellos municipios y su aporte, ahora sí, a una interacción más dinámica y cotidiana con las comunidades cercanas, lo que les está posicionando como punto comercial en la región.

Algunos apuntes para la recopilación de datos en campo

Antes de continuar es necesario un breve recuento del diseño metodológico utilizado en la recolección de datos. En principio se detectó una carencia de documentos históricos que permitieran el seguimiento de los asentamientos menonitas en Janos; luego, después de varias visitas a la comunidad, los colonos decidieron no participar en el estudio, y las pocas entrevistas que se hicieron fueron escuetas y muy breves, por lo que no aportaban datos relevantes. Por otra parte, el idioma constituyó otra dificultad, pues manifestaron, en particular las mujeres, que no sabían hablar español ni inglés, solo *plaiütdiesch*, lo que limitó las interacciones.

Así, fue necesario reflexionar sobre el rol como investigadores, pues se requirió replantear la comprensión en cuanto al fenómeno social, para, de esa manera, reflexionar desde dos sentidos: por un lado, contextualizar el proceso histórico en el que se encuentran las colonias menonitas, principalmente en Janos, Chihuahua y, por el otro, considerar “el lugar que ocupa el investigador frente a su investigación” (Portal, 2023, p. 53). En ese sentido, se tuvo como elemento de confianza el

pertenecer a una universidad pública, pues se goza de “cierto prestigio”: ello permitió el elemento de confianza a la oralidad, pues se desconfía de la firma de documentos como los consentimientos informados, y de las grabaciones de audio; aunque siempre se autorizó la toma de video o fotografías en formatos de paisaje en espacios abiertos o aspectos en el interior de las tiendas, en las cuales sí se hicieron tomas de manera libre. Otro elemento por considerar fue ser agente externo a la comunidad, pues debido al acento, es fácilmente identificable la relación como el “otro” y el interpretante de la realidad en diferentes planos.

Debido a ello, se procuró aplicar entrevistas no estructuradas *in situ*, a partir de preguntas detonadoras relacionadas con la percepción de su entorno y los asentamientos comerciales; esto fue una propuesta derivada de metodologías en las que la reconstrucción de la memoria se da a partir de “los procesos mnémicos ‘felices’, es decir, aquellas acciones que evocan, reivindican y resignifican eventos del pasado con una intensidad emocional positiva” (Aguayo y Portal, 2023), para construir la memoria, reforzar la identidad cultural y dar sentido de la pertenencia.

Además, se retoma la perspectiva propia del estructuralismo propuesta por Lévi-Strauss, en la que las historias son configuraciones espaciotemporales de las memorias con referencias históricas (Tapia, 2014), que, al ser narradas, crean imágenes que dan cuenta de lo ocurrido y representan el “elemento básico del imaginario social y del pensamiento” (Portal, 2023, p. 69), construidas en escenarios ficcionales donde tienen lugar ciertos acontecimientos.

De esta manera, se obtuvieron relatos y experiencias derivadas de la infancia migratoria de personas líderes, dado que provienen de la tercera generación de menonitas, quienes, al carecer de opciones para cultivar sus tierras, buscaron la compra de lotes en el noroeste de Chihuahua.

Los desplazamientos de colonias en el noroeste de Chihuahua

Las colonias menonitas asentadas en el municipio de Janos son tres: Las Virginias, Buenos Aires y Buenavista; las dos primeras tienen frontera con Estados Unidos, lo que permite la compra y venta de productos de varios sectores. De acuerdo con los relatos de los habitantes, los asentamientos surgieron a comienzo de la década de 1960, pero cada asentamiento tuvo un desplazamiento diferenciado. Es decir, las familias, por lo general jóvenes, fueron desplazándose poco a poco, la mayoría provenientes de Ciudad Cuauhtémoc, aunque algunos mencionaron la llegada de colonos originarios de Zacatecas.

De acuerdo con Quintana y Echavarría (2013), los asentamientos en la región noroeste se seleccionaron, debido a que existían grandes extensiones de tierra, con agua suficiente para los cultivos, así como un cierto distanciamiento de las comunidades mestizas. En esos momentos, los menonitas gozaban de un gran prestigio gracias a su alta producción y dedicación al campo. Sin embargo, el orden de las colonias fue: Buenos Aires (1958), El Capulín (1962), El Cuervo, Las Virginias (1981), El Sabinal, El Camello, Buenavista, El Valle (2000), La Salada, Cerro Blanco, Las Pestañas, El Berrendo y El Llano, como se muestra en la figura 2. La extensión de las colonias en Ciudad Cuauhtémoc continuó, pero fue necesario extenderse a otros municipios,

El municipio de Janos se remonta históricamente a la modernización económica del noroeste del estado a finales del siglo XIX, y actualmente se refleja en sus principales actividades económicas, como la agricultura, la ganadería y el comercio minorista, las cuales se manejan bajo la lógica de la producción para el mercado y la acumulación de riqueza (Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Chihuahua, 2000).

Figura 2. Ubicación de algunas colonias en Janos



Nota. En el mapa de la república mexicana se muestra la ubicación de las colonias menonitas e indica la superficie territorial, así como la fecha de fundación, para el caso de estudio, los números 9, 10 y 15.

Fuente: Warketing (1998).

Además, en lo referente a infraestructura, las inversiones se hacen de manera coordinada con las autoridades de los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal) y la comunidad de las colonias menonitas, ya sea para instalación eléctrica, agua, gas y caminos de asfalto, por mencionar algunos. Desde 2010 se han realizado inversiones para ampliar las redes de agua potable y drenaje en Janos, con el fin de beneficiar a más habitantes. Por otro lado, presenta desafíos, como gran parte del estado de Chihuahua, al enfrentar retos relacionados con la sequía, la disponibilidad de agua en los acuíferos y la necesidad de mejorar la infraestructura para garantizar el acceso al servicio a toda la población. De hecho, desde el gobierno anterior se comenzó la carretera Janos-Agua Prieta y Bavispe-Janos, que comunica con el estado de Sonora, y se dará apoyo al sector turístico para promover sitios arqueológicos y naturales como aguas termales.

De hecho, se ha reportado que más de 30 municipios en Chihuahua no cuentan con Juntas de Agua y Saneamiento formalizadas, lo que puede complicar la gestión local; solo se tiene el Distrito de Riego 62, que abarca casi toda la región de Casas Grandes (Junta Central de Agua y Saneamiento del Estado de Chihuahua, 2025). En cuanto al trabajo, su economía se basa principalmente en el sector primario, específicamente, la agricultura y ganadería, por lo que las oportunidades de empleo se encuentran en estos sectores, así como en proyectos de construcción y programas temporales del gobierno local (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, 2025).

Figura 3. Observación de grupos de bisontes pastando en las llanuras del Rancho El Uno

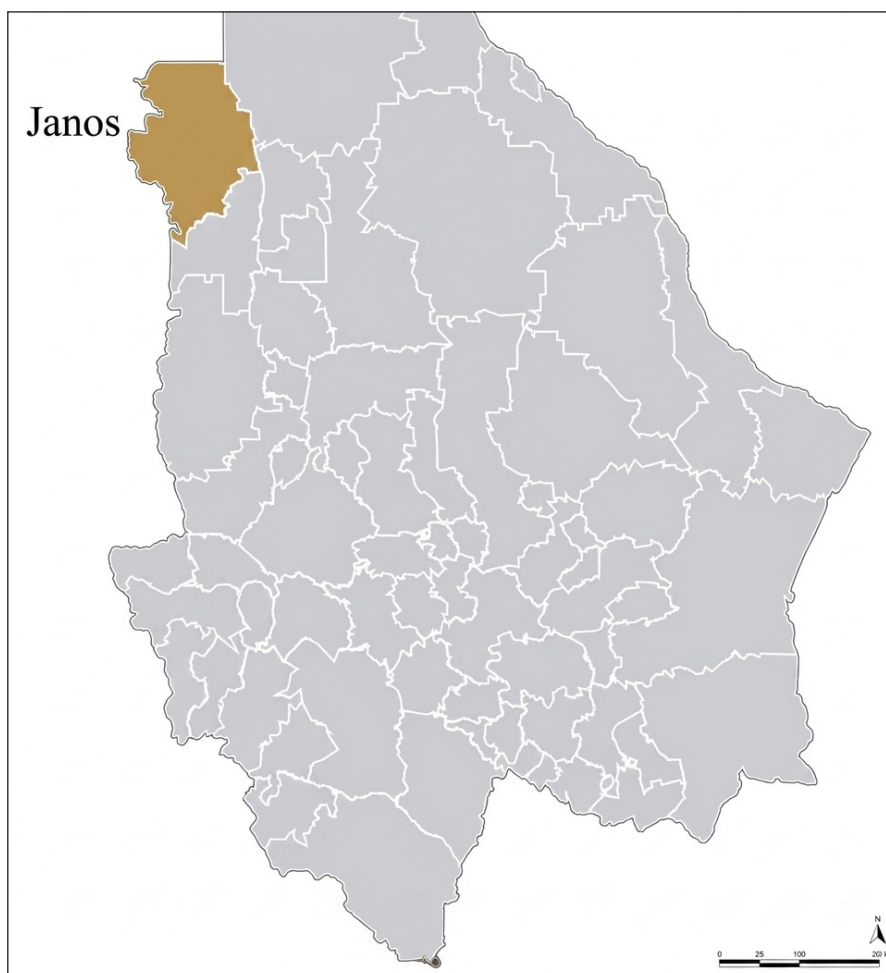


Fuente: elaboración propia (2025).

En el caso de la colonia Las Virginias, ubicada a 35 km de la cabecera municipal, cuenta con un total de tres tiendas de autoservicio, dos carnicerías, tres veterinarias, cinco farmacias, dos ferreterías, tres algodoneras, una mueblería, una cafetería, un restaurante, un asilo de ancianos, dos talleres de mecánica, dos carpinterías, una cooperativa, tres básculas, un centro de recreación (albercas), y recientemente se puso en marcha la instalación de una Cruz Roja, para atender urgencias; además de contar con propietarios de labores para la siembra y cultivo de chile, cebolla y algodón y espacios en el área de construcción de casas y bodegas y mantenimiento de los hogares de la colonia, lo cual los convierte en la principal fuente de empleo para las comunidades aledañas de no menonita. Estas comunidades comerciales han generado una gran cantidad de empleos que benefician a personas externas a su comunidad.

Como se mencionó antes, el análisis se centra en el crecimiento económico y en el desarrollo empresarial de los habitantes menonitas de las colonias Las Virginias y Buenos Aires, en Janos, que mantienen cercanía una de la otra, es decir, a pocos kilómetros se encuentran El Cuervo y El Capulín; esto les permite consolidar su fortaleza para posicionarse como principal fuente de empleos y abastecimiento para comunidades vecinas no menonitas. Esta situación ha provocado una dependencia laboral de dichas comunidades hacia la colonia; esto lleva a considerar que hay una falta de emprendimientos por parte de las comunidades mexicanas, que no efectúan actividad económica propia ni en mayor escala, ya que quienes viven en estos poblados se dedican a trabajar para terceros, o bien, se enfocan en actividades agrícolas y pecuarias de manera individual, con relativo éxito.

Figura 4. Ubicación del municipio de Janos



Nota. Mapa de las municipalidades del Estado de Chihuahua; en la imagen se destaca Janos.

Fuente: Secretaría de Economía (2024).

La producción agrícola es la más activa, aunque se ha transformado en una alternativa al uso de agroquímicos agresivos, debido a la cercanía de la Reserva de la Biosfera Janos y, en específico, del Rancho El Uno, el cual tiene una extensión de 18,546 hectáreas (Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza, 2024). En esta reserva se protegen especies prioritarias como el bisonte americano, el perrito de la pradera cola negra y el águila real, y se impulsa la regeneración activa de las grandes praderas y pastizales nativos del norte de México; a ello se suma la cercanía comercial con colonias como Las Virginias, Buenos Aires y Buena Vista, todas asentadas en el municipio de Janos.

De 2010 a la fecha se han detectado diferentes circunstancias para la interacción en las poblaciones que se mantuvieron con poco contacto. Este año es importante debido a que comenzó un proceso de interacción dinámica más cercano, a partir del crecimiento de diferentes negocios, como lo fue la industria lechera y quesera. Posteriormente, se sumaron los servicios de restaurantes, hoteles y tiendas de autoservicios, los cuales están abiertos a todo el público.

Figura 5. Hatos de vacas lecheras que surten producto a las queserías en Las Virginias



Fuente: elaboración propia (2025).

Así, la dinámica intercultural se manifiesta en la educación, la religión y el paso de una economía agrícola a una basada en servicios, pues en la comunidad menonita Las Virginias se considera fuerte el intercambio con otras localidades, pues se sitúa cerca de la frontera con Estados Unidos y promueve fuentes de empleo, principalmente para los miembros de la colonia.

En los últimos 15 años, los cambios de estos espacios económicos se han consolidado, debido a que se ampliaron las opciones de comercialización y sectores económicos de servicios, con lo cual se cuenta con hoteles, restaurantes, tiendas de conveniencia y departamentales, además de gasolineras con apoyo de tecnología digital, así como se continúa con actividades agropecuarias y la producción de alimentos lácteos, entre los que destacan las queserías.

Los ganaderos tienen concentrados los establos de las vacas lecheras en grandes extensiones de tierra, donde se recopila el lácteo para luego ser llevado a alguna de las seis queserías que se encuentran en la colonia Las Virginias (figura 5). El queso producido en las empresas es de leche pasteurizada, con poca atención en el cuidado del empaque o con registro de marca, que lo identifique como producto de calidad o selecto; pues en algunas ocasiones solo se empaqueta en finos lienzos de tela y una etiqueta sencilla de papel con datos mínimos de la empresa; a pesar de esto, la demanda del producto es alta. Las empresas abastecen a las principales ciudades, como Juárez y Chihuahua, y también cubren el mercado de Sonora, principalmente.

Figura 6. Pozos acuíferos y maquinaria agrícola utilizada en Las Virginias



Fuente: elaboración propia (2025).

En el sector de servicios, se identifican diferentes opciones. La primera es la hotelería, que atiende a visitantes, incluidos quienes viajan por negocios o asesoría pecuaria. Actualmente se cuenta con dos hoteles; uno de ellos está ubicado sobre la carretera de mayor flujo vehicular, de paso hacia el estado de Sonora.

Por otro lado, se encuentran los restaurantes de bajo costo, abiertos de lunes a sábado. Estos establecimientos, como la cadena de comida económica La

Sierra, atienden principalmente a visitantes y trabajadores migrantes. El menú ofrece opciones populares como caldo de res, flautas, chuletas de cerdo y burritos. Aunque la carta de alimentos es corta, rescata con acierto los sabores tradicionales de la región.

Figura 7. Estrategias de comercialización en tiendas y tecnología utilizada en Janos



Nota. Aspectos de las tiendas en las colonias Las Virginias y Buenos Aires. Como se observa, tanto menonitas como no menonitas realizan compras de manera cotidiana.

Fuente: elaboración propia (2025).

Durante el recorrido en las colonias, notamos salones con gabinetes para cuatro personas, y mesas unidas para seis u ocho, lo que sugiere la llegada de grupos numerosos. Además, había mesas y sillas apiladas porque había pocos clientes en ese momento.

Las tiendas de conveniencia locales pertenecen a familias menonitas. Son atendidas por los jóvenes, especialmente las mujeres jóvenes que ya hablan español. Como muestran en las figuras 7, 8 y 9, se documentó la vida diaria de estos sitios y se compraron productos para ver su variedad y experimentar la atención al momento de pago, pues se acepta tanto efectivo como tarjetas (crédito y débito).

Las tiendas ofrecen una gran variedad de productos. Se encuentran artículos de aseo personal, ropa para el hogar, juguetes, electrodomésticos, cocina y

muebles. Destaca los muebles rústicos de madera hechos por familias menonitas y opciones con un estilo industrial moderno. Dada esta diversidad de opciones, el lugar se convierte en un punto de venta clave para las comunidades cercanas. Ahora los vecinos evitan viajar a la ciudad de Nuevo Casas Grandes para surtir su despensa y hogar. Incluso, algunas personas de la propia ciudad viajan a estas colonias para hacer compras rápidas.

Figura 8. Servicios brindados en colonias menonitas en el municipio de Janos



Nota. Las tiendas son varias y promueven productos creados por los mismos menonitas, como muebles.
Fuente: elaboración propia (2025).

En las tiendas se puede ver materiales para hacer ropa, como mezcilla y estampados tradicionales. Las mujeres usan estos para crear prendas como vestidos, pantalones o camisas para sus hijos. Además, hacen bolsas de tela como un negocio propio, pero no se venden pantalones de peto de las comunidades menonitas.

De esta forma, se pudo ver una actividad laboral más diversa, pues las mujeres maduras y casadas pueden ser dueñas de los emprendimientos, mientras las jóvenes y solteras incursionan en el mercado laboral como asalariadas, pues, al ser jóvenes, requieren experiencia tanto para hablar español como familiarizarse con el negocio e identificar una nueva opción de empleo en la construcción de su futuro.

La relación entre la religión y migración protestante hacia México en el siglo XX se vincula con la expansión del capitalismo estadounidense. Este proceso promovió la iniciativa privada, la creación de empresa y la diversificación de mercado, conectando las creencias religiosas con nuevos modelos económicos y labores en la región.

En las colonias menonitas, por ejemplo, los jefes de familias guían las acciones de sus miembros. Así, la economía familiar impulsa el desarrollo económico. Luego se comparte con la comunidad para tomar acuerdos comunes de beneficio para todos. En esas labores es constante la participación de todos los integrantes de la familia, pues desde niños asumen la responsabilidad de una actividad ya sea doméstica, en el caso de las niñas, o del campo, en el caso de los niños. Algunos de los entrevistados mencionaron que “no tiene nada de malo”, pues es de “importancia que participen en la vida diaria”, pues desde temprano deben realizarse actividades, ya sea con el ganado o con la siembra, pues “ambos requieren de atención”.

Figura 9. Productos de costuras para vestimenta tradicional de los menonitas



Nota. La sección de mercería es una de las más amplia, ya que incluye una variedad de productos como botones, encajes, listones, hilos y mezclilla.

Fuente: elaboración propia (2025).

La perspectiva de los habitantes: algunas voces

Esta perspectiva del trabajo e involucramiento laboral de los niños también fue compartida por un agricultor de 46 años, padre de cinco hijos y abuelo de un nieto; de acuerdo con su opinión, “así debe ser”, aunque aclaró: “Yo sé que no es del todo bien visto ese trato a los niños, pero así me enseñaron mis padres”, y dejó clara la idea cuando afirmó que es “mejor que estén ocupados trabajando y no con esa pantallita del teléfono todo el día”. Es una clara muestra de la importancia familiar.

En ese sentido, puede entenderse la dinámica que existe en el interior de la familia como el elemento básico de su organización colectiva, pues implica cuestiones como el matrimonio, la dote para la nueva pareja, es decir, vacas para la novia y tierras para el novio; así como la reproducción y propiedades mínimas básicas que permitan el crecimiento y el bienestar para los descendientes.

Además, en una sesión de entrevistas se destacó lo positivo que es que los niños se sumen, desde temprana edad, a las labores cotidianas del campo y del hogar, pues considera que con ello se gana experiencia y se involucran en los temas propios de la familia y la comunidad. Con cierta modestia, recordó que a los siete años comenzó a trabajar con su padre; él hizo lo mismo con su propio hijo, el mayor, quien ahora ya tiene su propia familia y también un pequeño.

Al momento de hacer la entrevista, mencionó que hacía unos años, su hijo, su familia y otras más se fueron a Colombia para asentar la colonia, dejaron todo para vender, y lo que tenían les permitió salir de Janos, pues, en su opinión, “les está yendo bien por allá”, pues hay agua.

En cuanto a la educación, un ganadero con más de 40 años de experiencia, tres hijos y un matrimonio de cerca de 20 años, mencionó que la educación es buena. Para él y su familia, el día comienza desde las 4:30 de la mañana, porque no es posible dejar sin atender a las vacas él ya es uno de los pocos que tienen ganado lechero. Con cierta ironía, mencionó que “antes era raro ver una casa sin vacas, y ahora es raro ver un establo en una casa”, pues muchas familias dejaron de tenerlos, debido a los problemas con la Comisión Estatal para la Protección contra Riesgos Sanitarios (COESPRIS), dado que se limitaron las recetas de queso tradicional y se sustituyó por el proceso de pasteurización de la leche para la elaboración del queso poroso, tipo chéster, o también conocido como “menonita”.

Sumado a ello, con las seis queserías que se tienen en la colonia, los pocos hatos de ganado lechero que existen en Janos surten con eficiencia a las empresas queseras, las cuales venden de manera directa a ciudades en el estado, donde destacan Juárez y Chihuahua, aunque también se encuentra Sonora.

Reflexiones finales

Una vez descriptos los asentamientos menonitas del municipio de Janos, en esta sección se exponen las reflexiones e interpretaciones derivadas del trabajo de campo. A partir de ello, se presentan las conclusiones, reconociendo que, si bien la tradición oral es fundamental, la escritura es el paso siguiente para generar conocimiento etnográfico. En ese sentido, las transformaciones espaciotemporales –resultados de los cambios económicos y de la competitividad comercial como alternativa de abasto en diferentes municipios– se expresan en dos niveles: nivel interno, que atañe a la organización familiar y a la distribución de actividades y dinámicas organizativas en los sectores primarios y terciarios; y el externo, que se relaciona con la comunidad e implica la integración con su entorno.

La memoria mostró dinamismo y vaivenes en los relatos de los informantes. Al evocar la infancia, predominaron recuerdos felices y positivos centrados en la familia, la disciplina y la educación. En este proceso, el rol del padre destacó de forma activa como la figura encargada de organizar y distribuir las actividades en el hogar. Hasta hace un par de décadas, era común que las mujeres se dedicaran a actividades domésticas (cocinar, asear el hogar, coser ropa y atender el ganado vacuno, por ejemplo) mientras que los niños varones desde temprano atendían el establo, manejaban la maquinaria pesada para la cosecha o apoyaban a los mayores en las labores agrícolas. Es de mencionar, que, desde hace años. Las críticas hacia los menonitas han aumentado en los últimos años debido a los factores: la temprana inserción de los menores en las labores productivas familiares y el impacto ambiental de su agroindustria, la cual incluye la tecnificación de riegos y la sobreexplotación opaca de pozos subterráneos.

Añadido a ello, en la actualidad, dada las políticas educativas, se ha limitado la actividad laboral de los niños en el campo y deben asistir a la escuela; de tal manera que los adultos sí tienen idealizaciones de que al dejar a jóvenes sin el sentido del trabajo diario y desde temprana hora (por lo regular las actividades en el campo comienzan a las 5: 00 a.m), se distraen con la tecnología y las redes sociales, lo que les limita su formación agropecuaria y el enfoque en el trabajo. En ese sentido, las experiencias de los informantes se convierten en el eje de su posición para

reafirmar los valores de trabajo y disciplina en comparación con las actividades que sus descendientes realizan, pues los informantes, en especial hombres, consideran un tanto alejados de lo que ellos en su momento realizaron y, con cierto orgullo, refrendan la buena educación recibida por sus padres.

Con ello se puede comprender la transformación en la dinámica organizacional de la estructura familiar, pues es necesario contratar a personal externo proveniente de otras entidades federativas e impulsar la interacción con más culturas, no solo las propias de Chihuahua (mestiza e indígena), sino de otras partes de México, lo que permite la migración pendular en tiempos de cosecha y, con ello, se admite la estancia de los jornaleros en los campos menonitas, quienes les asignan lugares especiales, lo que implica un control por parte de los menonitas sobre la distribución de los espacios en los campos, dado que las casas habitación mantienen el mismo diseño arquitectónico, lo que mantiene la homogeneidad en el paisaje.

De igual forma, este posicionamiento se muestra cuando se critica la presencia de mujeres, también jóvenes o solteras, quienes están fuera de casa, pero trabajan en comercios de venta de productos importados o de servicios como restaurantes o tiendas de conveniencia. Por otro lado, las mujeres jóvenes ven en eso una oportunidad para desarrollarse por sí mismas, pues reciben un salario propio, además de que aprenden a hablar español e interactúan con habitantes no menonitas.

En cuanto a los valores religiosos, sí se detectaron modificaciones, la distancia entre la religión y tecnología es mayor, debido a que existe un uso cotidiano de tecnología por parte de casi todos los habitantes, así como de una señal de internet propia, lo que habla de la importancia de las transferencias electrónicas como un elemento de competitividad en el mercado para los diferentes negocios establecidos, quienes reciben pagos digitales y les permiten acceder a diferentes segmentos de consumidores.

Ahora bien, junto a la memoria colectiva, es necesario señalar el papel del olvido. A veces, de forma intencional, los informantes omiten mencionar las condiciones de trabajo, y sobreexplotación de la tierra, la energía eléctrica y el agua. Esta omisión ha generado tensiones entre agricultores. De ahí que las opciones para insertarse en actividades del sector terciario sean cada vez más cotidianas, un tanto para hacer el desplazamiento a un sector con mayor estabilidad y que implique una menor exposición en medios de comunicación, para evitar la sanción social o la tendencia a ser expuestos de manera pública y constante por las malas

prácticas de producción, al usar fertilizantes agresivos para el entorno, romper el equilibrio ecológico o sobreexplotar los pozos de agua.

Esta tendencia en medios de comunicación se ha visto a partir de tensiones con la ley debido a algunos delitos que ocurren dentro de las colonias. Tal fue el caso de lo ocurrido en Bolivia, donde un caso de abuso colectivo en la comunidad generó la película *Ellas hablan* (2022), con un sentido crítico al orden establecido en la comunidad y la manera de accionar de las mujeres menonitas.

Respecto a la segunda interrogante sobre los procesos de urbanización, es importante identificar las alteraciones en los espacios físicos y simbólicos que construyen el sentido de pertenecía y apropiación territorial. Para integrar a la comunidad, un fenómeno clave observable dentro de la posmodernidad es la apertura de centros comerciales en los diferentes campos de las colonias menonitas de Janos, dado que se han convertido en los puntos de encuentro para buena parte de la región, debido a que el incluir en sus mercancías productos estadounidenses adquiridos en tiendas de ese país, cuentan con una amplia aceptación entre la comunidad en general, pues en Chihuahua, la percepción aún de ser extranjero cobra mayor peso que lo nacional, pues es muy dinámica la visita a ciudades como El Paso (Texas).

En conclusión, los asentamientos de menonitas no solo han significado una reorganización del uso del suelo y de las dinámicas agrícolas, sino también de la construcción de una red económica local basada en principios de autosuficiencia y cooperación. La consolidación de colonias menonitas como Cuauhtémoc, El Valle y Las Virginias, entre otras, así como su participación en el comercio transfronterizo, muestran cómo estos grupos han logrado establecer modelos fructíferos de desarrollo, sin perder del todo su cohesión interna ni sus referentes religiosos.

Igualmente, esta transformación de espacios económicos consolidados de los menonitas en Chihuahua refleja un proceso gradual de adaptación a nuevas realidades medioambientales, sociales, tecnológicas y de mercado. Las colonias han pasado de depender exclusivamente del sector primario a consolidar negocios de servicios y manufactura, impulsando una economía local más diversificada y resiliente. Este cambio ha sido acompañado por una mayor apertura hacia el exterior, tanto en términos comerciales como sociales, lo cual sugiere una transición paulatina hacia formas híbridas de organización que combinan tradición e innovación.

Con fundamento en lo anteriormente expuesto, podemos establecer que las respuestas a las preguntas de investigación formuladas en la introducción quedan claramente contestadas y sintetizadas en los dos párrafos siguientes.

Primero, la comunidad menonita asentada en el municipio de Janos ha logrado adaptarse a las transformaciones espaciotemporales derivadas de los cambios económicos y de competitividad comercial mediante un proceso de ajuste selectivo que articula continuidad cultural y adaptación funcional. Este proceso se manifiesta en la preservación de un núcleo normativo y religioso sólido basado en la disciplina, el trabajo colectivo, la autosuficiencia y la organización comunitaria, al mismo tiempo que se incorporan prácticas económicas propias de contextos fronterizos dinámicos. Asimismo, la diversificación productiva, la expansión del comercio, el desarrollo de servicios y la integración a circuitos regionales de abasto han permitido que las colonias menonitas se consoliden como nodos económicos relevantes para municipios vecinos, sin que ello implique una ruptura total con su cosmovisión. La adopción de tecnologías, la profesionalización de actividades agroindustriales y la interacción cotidiana con poblaciones no menonitas evidencian una inserción progresiva en lógicas urbanas y de mercado, pero mediada por mecanismos internos de control social y simbólico que aseguran la reproducción de sus valores religiosos. De esta forma, la comunidad menonita logra participar activamente en dinámicas económicas contemporáneas sin disolver su identidad colectiva, configurando un modelo híbrido que combina tradición, adaptación y funcionalidad territorial.

Y segundo, que las alteraciones en los espacios físico y simbólico donde se construye el sentido de pertenencia y apropiación territorial se expresan, en primer término, en la transformación material del paisaje y en la reorganización del uso del suelo. La expansión de infraestructura productiva, comercial y de servicios ha modificado el entorno rural tradicional, generando nuevos nodos de interacción económica y social que reconfiguran la relación entre comunidad, territorio y frontera. Paralelamente, en el plano simbólico, el territorio continúa siendo un espacio cargado de significados culturales, donde la memoria colectiva, la religión y la organización familiar estructuran la vida cotidiana; sin embargo, esta construcción simbólica se ve tensionada por la incorporación de actores externos, la movilidad laboral, el uso de tecnologías y la creciente interacción intercultural. Por lo que el sentido de pertenencia ya no se define únicamente por el aislamiento o la homogeneidad, sino por una negociación constante entre continuidad y cambio, en la que coexisten prácticas tradicionales con nuevas formas de socialización,

trabajo y consumo. Así, el territorio deja de ser únicamente un espacio heredado para convertirse en un espacio dinámico, en el que se redefinen los límites identitarios, las formas de apropiación y los significados sociales asociados a la vida comunitaria en un contexto fronterizo contemporáneo.

Además, este tipo de estudios no solo contribuye a la reconstrucción de la memoria colectiva, sino que también ofrece herramientas analíticas para comprender la complejidad de los procesos sociales en contextos multiculturales. Es importante que para futuras investigaciones se aborden elementos que destaquen la dicotomía tradicional México-Estados Unidos, para, de esa manera, enriquecer los estudios de la frontera, para mostrar cómo actores transnacionales diversos moldean el paisaje económico, social y ecológico de la región.

Por último, el caso de Janos no solo adquiere relevancia a nivel regional, sino que se articula con debates contemporáneos sobre globalización, diversidad cultural e identidad. La integración analítica entre cosmovisión, cultura y territorio permite comprender cómo las comunidades menonitas gestionan la tensión entre continuidad y cambio, ofreciendo un enfoque teórico coherente, actualizado y pertinente para el análisis de poblaciones fronterizas en el mundo actual.

Referencias

- Aboites Aguilar, L. (1995a). Formación de una configuración regional en Nueva Vizcaya: el “oeste de Chihuahua”. En *Norte precario: poblamiento y colonización en México (1760-1940)* (pp. 59-94). El Colegio de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. <https://www.jstor.org/stable/j.ctv5137st.5>
- Aboites Aguilar, L. (1995b). *Norte precario: poblamiento y colonización en México (1760-1940)*. El Colegio de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Aguayo Ayala, A. y Portal Ariosa, M. (2023). *Pensar la memoria desde la etnografía. Aproximaciones metodológicas*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Allouette, P. (2014). Las causas de la migración de los menonitas por el mundo, Canadá y México: ¿resultó su movilidad un éxito o un fracaso? *Revista Lider*, 25, <https://research-ebsco-com.ezproxy.uacj.mx/linkprocessor/plink?id=degfeg3a-9ba9-3036-97c3-5ada9oefof6d>.
- Barabas, A. M. (2004). *La construcción de enterratorios en las culturas indígenas de Oaxaca*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G., San Felipe. <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/5>
- Barabas, A. M. (2010). El pensamiento sobre el territorio en las culturas indígenas de México. *Avá. Revista de Antropología*, 17. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169020996001>

- Bautista Flores, E. y Sánchez Carlos, Ó. A. (2018). Diáspora transnacional de comunidades entre menonitas de México y Brasil. *Revista Mexicana de Sociología*, 80(4), 739-765. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32158243001>
- Bautista Flores, E., y Sánchez Carlos, Ó. A. (2020). Empresas queseras menonitas: de la tradición al posicionamiento en el mercado. *UTCJ Theorema*. <https://utcjtheorema.com/edicion-15/visor-edicion-15/>
- Carterette, E. C. y Morton P. F. (1982) *Manual de percepción: raíces históricas y filosóficas*. Trillas.
- Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Chihuahua (2000). <https://www.diputados.gob.mx/bibliot/infolegi/consedos/constitu/chih.htm#:~:text=El%20Estado%20adopta%20para%20su,y%20administrativa%20el%20municipio%20libre>.
- Domínguez, A. (2003). Los mormones: surgimiento, expansión, crisis y asentamiento en México. *Graffylia*, 1 (2), 133-141. <https://filosofia.buap.mx/sites/default/files/Graffylia/2/133.pdf>
- Eliade, M. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Colección Labor.
- Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza [FMCN]. (2024). Rancho El Uno. <https://fmcn.org/index.php/es/proyectos/reu>
- Froese, B. (2023). Global Mennonite Faith, Farms, and Modernities: Reflections on Mennonite Farmers. *Journal of the Canadian Historical Association / Revue de la Société historique du Canada*, 33(2), 211-217. <https://doi.org/10.7202/1108209ar>
- Giménez, G. (2005). *Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural*. Trayectorias, VII (17), 8-24. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60722197004>
- Gómez Jiménez, S. y Medina Ortega, M. (2022). *Aproximación conceptual del territorio desde un enfoque multidimensional*. CONTEXTO, XVI (25). <https://doi.org/10.29105/contexto16.25-353>
- Heyman, J. (2012). Construcción y uso de tipologías: movilidad geográfica en la frontera México-Estados Unidos. En M. Ariza y L. Velasco (Eds.), *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional* (pp. 419-454). Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/El Colegio de la Frontera Norte.
- Horsh, J. y Bender, H. (1979). *Menno Simons: su vida y escritos*. <https://www.elcristianismo-primitivo.com/Menno%20Simons-%20su%20vida%20y%20escritos.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI]. (2020). Información de México para niños. Superficie, Marco Geoestadístico. Censo de Población y Vivienda 2020. <https://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/chih/territorio/default.aspx>
- Jung, C. G. (1982). *Símbolos de transformación*. Paidós.
- Junta Central de Agua y Saneamiento del Estado de Chihuahua. (2025). En <https://www.jcas.gob.mx/#:~:text=Junta%20Central%20de%20Agua%20y%20Saneamiento%20%7C%20JCAS,México>.
- Liddiard Cárdenas, S., Pérez Piñón, F. y Hernández Orozco, G. (2017). La diáspora de los mormones fundamentalistas: Colonia LeBarón, Chihuahua. *RECIE. Revista Electrónica Científica de Investigación Educativa*, 3(2), enero-diciembre.

- Liddiard Cárdenas, S., Pérez Piñón, F. y Hernández Orozco, G. (2023). Representaciones sociales: colonia LeBarón, Chihuahua. <https://somehide.org/wp-content/uploads/2023/04/Debates-v-05.pdf>
- López Austin, A. (1996). *La cosmovisión mesoamericana*. En *Temas mesoamericanos* (pp. 471-507). INAH, Colección Obra Diversa.
- Portal, M. (2023). El trabajo etnográfico: distancia, encuentro de memorias y de miradas. En A. Aguayo Ayala y M. Portal Ariosa (Coords.), *Pensar la memoria desde la etnografía. Aproximaciones metodológicas*. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Quintana, N. y Echavarría, G. (2013). Una mirada a los campos menonitas de la región noroeste de Chihuahua. En F. Llera y E. Bautista, *Comunidades menonitas de México y Brasil: Influencia y aportaciones*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Sánchez Carlos, Ó. A. y Bautista Flores, E. (2017). La producción quesera en el noroeste de Chihuahua: el queso tradicional menonita. *Chihuahua Hoy*, 15(15). <https://doi.org/10.20983/chihuahuahoy.2017.15.11>
- Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología [SDUE]. (2025). Reserva de la biósfera de Janos. <https://chihuahua.gob.mx/info/reserva-de-la-biosfera-de-janos>
- Secretaría de Economía. (2024). Janos. Chihuahua, México. <https://www.economia.gob.mx/datamexico/es/profile/geo/janos>
- Tapia Hernández, C. A. (2014). *Historias de familias: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas*. Editorial Universidad del Rosario.
- Taylor Hansen, L. D. (2004). *La colonización con extranjeros en el norte de México*. <https://colsan.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1013/1265/1/La%20colonizacióncon%20extranjeros.pdf>
- Taylor Hansen, L. D. (2017). Las migraciones menonitas al norte de México entre 1922 y 1940. *Migraciones Internacionales*, Universidad Nacional Autónoma de México. Vol. 3, Núm. 1, ene-jun. <https://hdl.handle.net/20.500.14330/CLAO1000236193>
- Walsh, C. (2008). *Building the Borderlands: A Transnational History of Irrigated Cotton along the Mexico-Texas Border*. Texas A&M University Press.
- Warketing, A. (1998). *Gäste and fremdling*. Derksen Printers Ltd.
- Weber, M. (1999). *Sociología de la religión*. Ediciones el aleph.com https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/soc_reg.pdf
- Weber, M. (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza editorial.



Memoria e identidad en disputa: una revisión sistemática de la comunicación y justicia simbólica en los escenarios del conflicto armado o de transición hacia la paz

Memory and Identity in Dispute: Communication and Symbolic Justice in Contemporary Armed Conflict Scenarios

MELISSA-ISABEL QUINTANA-FERNÁNDEZ

melissa.quintanaf@upb.edu.co

Magistra en DD.HH. y Cultura de Paz. Doctoranda en Comunicación. Docente interna investigadora del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana (Colombia).

<https://orcid.org/0000-0003-2852-2524>

JORGE- RICARDO-AGUDELO-JIMÉNEZ

jorge.agudeloj@upb.edu.co

Magíster en Educación mediada por TIC. Docente interno investigador del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana (Colombia).

<https://orcid.org/0000-0002-1167-4655>

Resumen

Se presenta una revisión sistemática sobre comunicación y justicia simbólica en escenarios del conflicto armado o de transición hacia la paz desde un enfoque de memoria e identidad. Aplicando la metodología PRISMA, se encontró en la fase 1 (búsqueda) un total de 10 411 resultados publicados entre 2019 y 2024 en las bases de datos especializadas, y se eliminaron 1360 duplicados; en la fase 2 (selección) se excluyeron 8699 documentos; y en la fase 3 (organización) se descartaron 229, dejando un total de 123 para aplicar criterios de inclusión. Como resultado se analizaron 18 artículos. Los hallazgos indican que la memoria es un campo en disputa, la identidad, una construcción relacional, y la comunicación, una mediación cultural, así como una escasa atención a prácticas performativas como los festivales de memoria. Este hallazgo interpela marcos analíticos dominantes y propone agendas de investigación orientadas a visibilizar estrategias de resistencia simbólica y producción de sentido colectivo.

Palabras clave: memoria, conflicto armado, identidad, comunicación y víctimas.



Abstract

This article presents a systematic review of communication and symbolic justice in the context of the Colombian armed conflict, examined through the lenses of memory and identity. Applying the PRISMA methodology, Phase 1 yielded 10,411 records published between 2019 and 2024 across specialized databases, from which 1,360 duplicates were removed. In Phase 2, 8,699 documents were excluded, and in Phase 3, 229 were discarded, leaving 123 studies for eligibility screening. Ultimately, a total of 18 articles were included in the final analysis. In this regard, the findings demonstrate that memory constitutes a contested field, identity emerges as a relational and dynamic construction, and communication operates as a form of cultural mediation. Moreover, limited scholarly attention has been devoted to performative practices such as memory festivals. Ultimately, these results challenge dominant analytical frameworks and propose research agendas aimed at illuminating strategies of symbolic resistance and the collective production of meaning.

Keywords: memory, armed conflict, identity, communication, victims.

Introducción

En las últimas décadas, los estudios sobre memoria en América Latina han experimentado una expansión conceptual que articula lo narrativo, lo simbólico y lo cultural como dimensiones fundamentales para comprender las disputas por el pasado en contextos de violencia política y conflicto armado (Jelin, 2002; Nora, 1989; Assmann, 2011). En Colombia, estas disputas se manifiestan en la tensión persistente entre narrativas oficiales, producidas por instituciones estatales y marcos legales, y memorias subalternas, expresadas a través de prácticas comunitarias, estéticas y testimoniales (Jelin, 2002). En este marco, la memoria ha dejado de ser entendida como un archivo pasivo para convertirse en una práctica de interpelación ética, lucha simbólica y producción de sentido colectivo, atravesada por relaciones de poder, silenciamientos y disputas por la legitimidad narrativa (Halbwachs, 1950; Jelin, 2002).

En este contexto, este artículo ofrece una revisión sistemática de dieciocho artículos científicos indexados que abordan la relación entre memoria, identidad, comunicación y reparación simbólica en países con incidencias de en conflictos armados o en transición hacia para la paz. Las bases de datos seleccionadas fueron: EbscoHost, Scopus, JSTOR y ScienceDirect, bajo los lineamientos metodológicos del enfoque PRISMA (Page et al., 2021), lo cual permitió establecer criterios de inclusión, exclusión y clasificación temática.

De este proceso emergieron cinco núcleos conceptuales clave que estructuran el análisis de este artículo: (1) la memoria como campo de disputa simbólica entre narrativas oficiales y subalternas; (2) la identidad como construcción relacional y dinámica, configurada en escenarios de trauma, exclusión y resistencia; (3) la comunicación como mediación cultural situada, que habilita procesos de resignificación del pasado y producción de sentido colectivo; (4) la reparación simbólica como práctica política orientada a la dignificación de las víctimas; y (5) los festivales de memoria como dispositivos performativos de resistencia civil y transformación sociocultural.

Los ejes analíticos permiten identificar vacíos particularmente significativos en la literatura, como la limitada sistematización teórica y empírica de los festivales de memoria como dispositivos performativos de resistencia cultural y resignificación colectiva. Lo anterior constituye uno de los aportes originales de este estudio, al evidenciar que en las aproximaciones tradicionales se privilegian marcos institucionales, narrativos o jurídicos. Este enfoque aporta elementos

conceptuales y metodológicos relevantes para repensar el papel de la comunicación en las disputas simbólicas y la construcción de identidades colectivas. Por ello, la revisión busca responder la pregunta problema *¿cuáles son las reflexiones científicas sobre comunicación y justicia simbólica en los escenarios de conflictos armados o de transición hacia la paz, desde un enfoque de memoria e identidad?*

Fundamentación conceptual: memoria, identidad y comunicación en contextos de conflicto armado

Se delimitaron cinco núcleos conceptuales que estructuran el marco analítico de este artículo: 1) disputas de memorias, 2) configuraciones identitarias, 3) procesos comunicativos y memoria, 4) reparación simbólica y 5) prácticas performativas. Estos cinco ejes permiten abordar de manera crítica y situada las interrelaciones entre memoria e identidad, reconociendo en la comunicación un espacio de disputa, sanación y construcción de paz desde la base social.

La memoria, lejos de ser un archivo pasivo, opera como herramienta de lucha por la legitimidad del relato, mientras que la comunicación deviene una arena estratégica donde se producen subjetividades, se tensionan versiones del pasado y se proyectan futuros posibles (Jelin, 2002; Martín-Barbero, 1987). Esta revisión responde así a una necesidad académica y política: comprender cómo los actores sociales –en particular las comunidades afectadas por la guerra– elaboran respuestas desde lo simbólico que inciden en la justicia, la reparación y la reconstrucción social.

Disputas de memorias

La memoria, en tanto fenómeno colectivo e intersubjetivo, ha sido abordada de manera fundacional por Maurice Halbwachs (1950), quien introdujo el concepto de “memoria colectiva” para explicar cómo los grupos sociales recuerdan y reconfiguran el pasado a partir de marcos de referencia compartidos. Desde esta perspectiva, el recuerdo no constituye una operación individual ni neutral, sino una práctica social situada, profundamente influenciada por las estructuras simbólicas, culturales y políticas del entorno grupal. La memoria, por tanto, es selectiva, funcional y relacional, y cumple un papel significativo en la construcción del sentido colectivo y en la afirmación identitaria. En contextos permeados por el trauma sociopolítico, como los conflictos armados en Colombia, la memoria colectiva se erige como una herramienta de resistencia frente al olvido institucional, así como un medio para la dignificación de las víctimas y la reconstrucción del lazo social.

Este enfoque es ampliado por Pierre Nora (1989a), quien distingue entre la “memoria viva” –arraigada a la oralidad, la cotidianidad y el testimonio– y los “lugares de memoria”, entendidos como dispositivos simbólicos creados para preservar el pasado cuando las condiciones sociales que lo sostenían se han desvanecido. Monumentos, archivos, rituales y eventos conmemorativos como los festivales de memoria adquieren así un valor performativo, en tanto actualizan colectivamente el recuerdo y habilitan espacios para reinscribir el trauma en el presente con sentido político y comunitario.

A su vez, Jan Assmann (2011) complementa este corpus conceptual al proponer la distinción entre memoria comunicativa y memoria cultural. La primera es efímera, cotidiana y relacional, transmitida en el marco de vínculos interpersonales; la segunda, se configura como un sistema de representación institucionalizado, duradero y codificado en soportes materiales. Esta diferenciación permite comprender cómo las narrativas emergentes desde las comunidades dialogan, resisten o se integran a los discursos oficiales sobre el pasado, especialmente en escenarios marcados por conflictos prolongados y disputas por la verdad. En el marco de la historia, donde la lucha por el relato constituye un campo de batalla simbólico, estas formas de memoria cobran centralidad estratégica como mecanismos de agencia cultural y disputa por la legitimidad histórica (abril, 2020).

Configuraciones identitarias

La identidad colectiva constituye un proceso relacional, dinámico y fundamentalmente simbólico, cuyo carácter performativo y mutable se acentúa en contextos marcados por la violencia y el conflicto. En lugar de concebirla como una esencia fija o una pertenencia homogénea, resulta más pertinente abordarla como una construcción social situada, que se configura a partir de diferencias significativas frente a otros grupos sociales y mediante la apropiación de repertorios simbólicos que otorgan cohesión, continuidad y sentido al colectivo. En esta línea, Gilberto Giménez (2007) plantea que la identidad se estructura en la intersección entre lo social, lo cultural y lo político, y que su consolidación depende de la capacidad del grupo para articular narrativas propias, resistir a la imposición de significados externos y resignificar sus marcas históricas.

En contextos permeados por el trauma y la descomposición del tejido social, la identidad colectiva se ve interpelada no solo por el dolor y la pérdida, sino también por la necesidad de recomposición simbólica. En estos escenarios, la memoria actúa como el soporte fundamental sobre el cual se edifican las narrativas

identitarias, permitiendo a los grupos recuperar, resignificar y proyectar sus experiencias históricas. Lejos de una identidad esencialista o lineal, lo que emerge es una subjetividad relacional, en disputa, que se redefine continuamente a partir del conflicto y la capacidad de agencia entre el grupo/ comunidad.

Desde otra perspectiva, Néstor García Canclini (1995) propone comprender la identidad como un constructo híbrido, mediado por procesos de modernización, flujos culturales globales y relaciones de poder desiguales. Esta mirada permite reconocer que las identidades en contextos de posconflicto no son productos cerrados, sino campos de tensión donde coexisten memorias fragmentadas, relatos en pugna y horizontes de sentido diversos. Así, la reconfiguración identitaria en estas condiciones supone una reapropiación crítica del pasado, la participación de diversos actores de la sociedad civil, la recuperación de memorias silenciadas y la emergencia de discursos alternativos que desestabilizan las versiones oficiales, estatales o hegemónicas (Bayramova, 2025). En última instancia, estas identidades resisten e imaginan futuros posibles, cimentados en el reconocimiento mutuo, la dignificación simbólica y la pluralidad narrativa como formas de reconstrucción política y cultural.

En este marco, resulta pertinente reconocer los aportes de las perspectivas interseccionales para el análisis de la memoria y la identidad en contextos de conflicto armado, en tanto permiten comprender que las experiencias de la violencia, el despojo y la victimización no se inscriben de manera homogénea en los sujetos y colectivos, sino que se configuran a partir de la intersección de múltiples ejes de diferenciación social, como el género, la clase, la etnia y el territorio. Tal como lo plantea Kimberlé Crenshaw (1991), las relaciones de poder operan de manera simultánea y estructural, produciendo formas diferenciadas de exclusión y silenciamiento que inciden en la manera como el sufrimiento es narrado, reconocido o invisibilizado en el espacio público. Desde esta perspectiva, la memoria no solo expresa un pasado compartido, sino que también revela jerarquías simbólicas que condicionan quién puede recordar, desde dónde y con qué legitimidad (Yuval-Davis, 2006). Si bien este artículo no adopta la interseccionalidad como eje central de análisis, los estudios revisados evidencian que las prácticas de memoria y las configuraciones identitarias emergen atravesadas por relaciones de poder históricas y estructurales que afectan de manera diferenciada a comunidades racializadas, empobrecidas o territorialmente marginadas. Reconocer esta dimensión permite complejizar la comprensión de la memoria como campo de disputa y de la identidad como proceso relacional, sin desbordar el foco analítico del estudio,

centrado en la comunicación como mediación cultural y en la justicia simbólica como horizonte político.

Procesos comunicativos y memoria

La comunicación constituye un terreno privilegiado para la producción, circulación y disputa de significados en torno a la memoria y la identidad, especialmente en contextos que han padecido las consecuencias de la violencia estructural y las actuales configuraciones bélicas. Por tanto, no se trata de una herramienta instrumental, sino de una práctica cultural profundamente mediada por relaciones de poder, significación y resistencia. En esta línea, Jesús Martín-Barbero (1987) propone entender la comunicación no como un simple canal de transmisión, sino como una mediación situada entre sujetos, temporalidades y territorios, capaz de generar procesos de subjetivación y producción de sentidos. Así concebida, la comunicación permite la emergencia de narrativas alternativas y contra-hegemónicas, muchas veces invisibilizadas por los aparatos institucionales o los medios de comunicación dominantes, y se convierte en un espacio de contestación en el que se resignifican las memorias del pasado y se rearticulan las identidades colectivas.

Particularmente en contextos de conflicto armado y posguerra, la comunicación popular y comunitaria adquieren un valor estratégico como escenario de resistencia simbólica. Las expresiones culturales –como los festivales de memoria, las intervenciones artísticas, los medios ciudadanos y las prácticas testimoniales– operan como dispositivos performativos a través de los cuales las comunidades disputan el sentido de los acontecimientos traumáticos, denuncian las violencias sufridas y reconstruyen su dignidad colectiva. Clemencia Rodríguez (2009) ha conceptualizado estas dinámicas como “medios ciudadanos”, explicando su capacidad de agencia en tanto espacios comunicativos que permiten a los actores sociales producir sus propias narrativas, contrarrestar los relatos hegemónicos y fortalecer identidades resilientes desde las bases sociales.

Desde esta perspectiva, la comunicación, además de vehiculizar memorias preexistentes, participa activamente en su creación, transformación y proyección (Rendón-Cardona et al., 2022). Actúa como un escenario de disputa simbólico donde se negocian las versiones del pasado, se interpelan las estructuras de dominación y se proyectan horizontes futuros de justicia y reconocimiento. En contexto de la historia contemporánea, la comunicación se convierte en una forma de acción política capaz de intervenir en la configuración de memorias colectivas e identidades plurales que resisten al silenciamiento y a la homogenización del relato oficial.

Reparación simbólica

Los contextos de conflicto armado y transición hacia la paz plantean desafíos complejos a los procesos de producción de memoria y configuración identitaria, en tanto activan disputas por el sentido del pasado y la legitimidad de las narrativas que lo representan. En escenarios como el colombiano –permeado por una violencia longeva, multidimensional y con actores armados estatales y no estatales–, la memoria se fragmenta en múltiples relatos, muchas veces divergentes y en tensión con los dispositivos institucionales de verdad, justicia y reparación. Como advierte Elizabeth Jelin (2002), la memoria no constituye un relato unívoco ni cerrado, sino un campo dinámico de disputa simbólica donde diversos actores sociales –víctimas, organizaciones comunitarias, instituciones estatales, medios de comunicación, excombatientes, sociedad civil– pugnan por imponer, disputar o resignificar las versiones dominantes de los hechos traumáticos.

En los procesos de transición, estas tensiones se intensifican, ya que la memoria institucionalizada –a través de informes de comisiones de la verdad, monumentos, archivos o políticas públicas– coexiste con memorias subalternas que emergen desde las bases sociales y que demandan reconocimiento, inclusión y justicia simbólica. En este entramado, los dispositivos comunicativos generados desde las comunidades afectadas adquieren un valor estratégico como formas de resistencia cultural y de agencia política (Milla, 2022). Prácticas como los festivales de memoria se configuran como espacios performativos donde se entretajan lo personal y lo político, lo íntimo y lo colectivo, lo histórico y lo afectivo. Estos actos, además de rememorar el pasado traumático, lo reinscriben críticamente en el presente, dignifican a las víctimas, interpelan las narrativas oficiales y habilitan nuevas formas de identificación colectiva.

Lejos de ser simples rituales conmemorativos, estos eventos constituyen escenarios de reconfiguración del imaginario social, donde se construyen narrativas alternativas de futuro en clave de justicia, reconocimiento y reparación. En este sentido, los festivales de memoria, y otras formas de comunicación simbólica comunitaria, se posicionan como dispositivos centrales en los que se generan disputas simbólicas que configuran los territorios de la memoria, la legitimidad histórica y la representación del dolor.

Prácticas performativas

En el entramado conceptual que vincula memoria, identidad y comunicación, el Festival de la Memoria de la Universidad de Córdoba constituye un caso paradigmático de acción simbólica en contextos de violencia armada prolongada. Surge como parte del Plan de Reparación Integral tras el reconocimiento de esta institución como el primer Sujeto de Reparación Colectiva en Colombia (Ley 1448 de 2011), el festival se configura como un dispositivo de enunciación política, cultural y afectiva. En un país atravesado por múltiples conflictos superpuestos, este espacio resignifica el pasado desde una lógica comunitaria, donde instituciones académicas y comunidades educativas se erigen como actores comunicativos que disputan los sentidos de la memoria a través de prácticas culturales, artísticas y performativas.

Más que un evento conmemorativo, el Festival constituye un acto performativo de comunicación popular que activa mecanismos de memoria desde la base social de sus estamentos. A través de expresiones artísticas, escénicas y testimoniales –como performances, instalaciones, exposiciones y obras teatrales– en las que se genera un espacio intersubjetivo para que las narrativas silenciadas cobren visibilidad y agencia. Este acto comunicativo-político convierte los espacios universitarios en territorios simbólicos de resignificación del dolor, elaboración colectiva del trauma y reconstrucción del vínculo social desde la dignidad. En tanto práctica cultural situada, dicho Festival moviliza una lógica de justicia simbólica que no se agota en la reparación institucional, sino que se encarna en el reconocimiento mutuo, la participación activa y la construcción horizontal de memoria.

Desde la perspectiva teórica de Pierre Nora (1989a), el Festival puede leerse como un “lugar de memoria”, en tanto cristaliza y reactualiza memorias vivas ante el riesgo del olvido, pero también como una confluencia entre memoria comunicativa y memoria cultural (Assmann, 2011), en la medida en que articula los relatos espontáneos de la comunidad con formas institucionalizadas de transmisión. La comunidad universitaria –estudiantes, docentes, administrativos, egresados, organizaciones sindicales– no solo recuerda, sino que reconstruye una identidad colectiva resiliente, atravesada por el duelo, la resistencia y la esperanza.

En última instancia, el Festival de la Memoria encarna lo que Alfonso Gumucio (2012) define como comunicación para el cambio social: una práctica transformadora, participativa y situada, capaz de generar procesos de empoderamiento simbólico, cohesión comunitaria y disputa cultural frente a los dispositivos hegemónicos de representación del pasado; que, bajo el marco de las guerras

contemporáneas, las disputas simbólicas adquieren centralidad estratégica, desde iniciativas que representan formas insurgentes de agencia comunicativa capaces de reivindicar el derecho a narrar, a recordar y a existir desde la pluralidad, la justicia y la dignidad.

Hacia una comunicación de la memoria situada

La articulación entre memoria, identidad y comunicación permite comprender los escenarios de conflicto armado y transicionales como realidades históricas marcadas por el trauma, pero también como campos de disputa simbólica donde se configuran sentidos, subjetividades y horizontes de futuro. En estos entornos, la memoria actúa como una tecnología social mediante la cual distintos actores –víctimas, movimientos sociales, instituciones educativas y colectivos artísticos– pugnan por legitimar sus narrativas sobre el pasado, disputar la representación de los hechos violentos y proyectar nuevas formas de habitar lo común. En este marco, la comunicación deja de ser un simple canal de transmisión de contenidos para devenir una práctica cultural situada, profundamente mediada por tensiones políticas, afectivas y epistemológicas. Tal como lo plantea Jesús Martín-Barbero (1987), la comunicación debe pensarse como una mediación encarnada en lo cotidiano, que articula las tensiones entre lo hegemónico y lo subalterno, entre la memoria impuesta y la memoria vivida.

El caso del Festival de la Memoria de la Universidad de Córdoba ilustra con nitidez esta noción de comunicación situada. A través de prácticas performativas, testimoniales y artísticas, el Festival configura un acto de justicia simbólica y una plataforma de enunciación política para una comunidad universitaria que ha sido víctima directa, en razón del conflicto armado en Colombia, del paramilitarismo (Jelin, 2002; Rincón, 2020). En ese sentido, la apuesta no solo es recordar, sino transformar; resignifica el dolor desde una ética del cuidado, la dignificación y la colectividad. Así, la memoria se activa como un ejercicio político de recomposición del tejido social, y la identidad se expresa como un proceso relacional, plural y en permanente construcción (Giménez, 2007; Astudillo, 2022).

Hablar de una comunicación de la memoria situada implica, por tanto, reconocer los contextos históricos, los anclajes territoriales y los marcos culturales desde los cuales los sujetos enuncian sus memorias, resignifican su experiencia y disputan el relato. No se trata únicamente de qué se recuerda, sino de cómo, desde dónde, con quiénes y para qué se recuerda. Estas prácticas –ancladas en la voz de los actores subalternos, en la creatividad simbólica y en la resistencia cultural–

constituyen una forma de acción política que contribuye a la construcción de una paz duradera, basada en la dignificación del pasado, la sanación colectiva y la consolidación de identidades resilientes, críticas y transformadoras.

Metodología

Se determinaron las siguientes fases bajo el enfoque PRISMA¹: 1) búsqueda, 2) selección y 3) organización. En la primera fase se realizaron búsquedas en las bases de datos: EbscoHost, Scopus, JSTOR y ScienceDirect, debido a que son las bases de datos de mayor concentración de citas a nivel mundial. La primera consulta se realizó el 29 de marzo de 2024, y la última, el 31 de enero del 2025. La estrategia de búsqueda se estableció a partir de dos revisores de datos. Las ecuaciones se extendieron en categorías más generales dependiendo de los resultados y la viabilidad en cada búsqueda (ver tabla 1). Se aplicaron los siguientes filtros de búsqueda: 1) temporalidad: 2019-2024², 2) subárea: ciencias sociales, y 3) artículo, capítulo de libro o tesis de doctorado.

Tabla 1. Ecuaciones de búsqueda

Participación Ciudadana AND Memoria Social
Memoria OR Memoria Social AND Identidad
Memoria OR Memoria Histórica AND Identidad OR Ciudadanía AND Conflicto OR Conflicto Armado OR Comunicación
Comunicación OR Construcción AND Identidad OR Identidades AND Memoria AND Conflicto OR Conflicto Armado
Comunicación AND Memoria OR Memoria Social OR Reparación OR Identidad
Festivales OR Festivales De Memoria AND Memoria AND Proceso De Paz AND Córdoba Colombia AND Colombia
Memoria AND Reparación OR Reparación Colectiva AND Satisfacción OR Medidas De Satisfacción
Memoria histórica OR Memoria Social AND Reparación Colectiva OR Identidad OR Reparación AND Comunicación AND Memoria Colectiva
Identidad OR Identidad Colectiva AND Reparación Colectiva AND Conflicto Armado

Fuente: elaboración propia.

Se definieron los conectores booleanos AND y OR; el primero se utilizó para la conexión entre categorías macro del proyecto, mientras que OR se empleó para relacionar búsqueda con términos similares a la misma categoría. Como resultado

1 El método *Preferred Reporting Items for Systematic reviews and Meta-Analyses* o declaración PRISMA fue publicado en 2009 como una forma para la realización de revisiones sistemáticas.

2 La búsqueda bibliográfica se delimitó a artículos publicados entre 2019-2024, criterio que permitió garantizar la pertinencia temporal y su correspondencia con los debates recientes sobre memoria y comunicación en contextos de conflicto armado o transiciones hacia la paz.

de esta fase, se encontró un total de 10 411 resultados. Se procedió a realizar la eliminación de duplicados (1360) y una eliminación automática (229) mediante la web Rayyan.ai³.

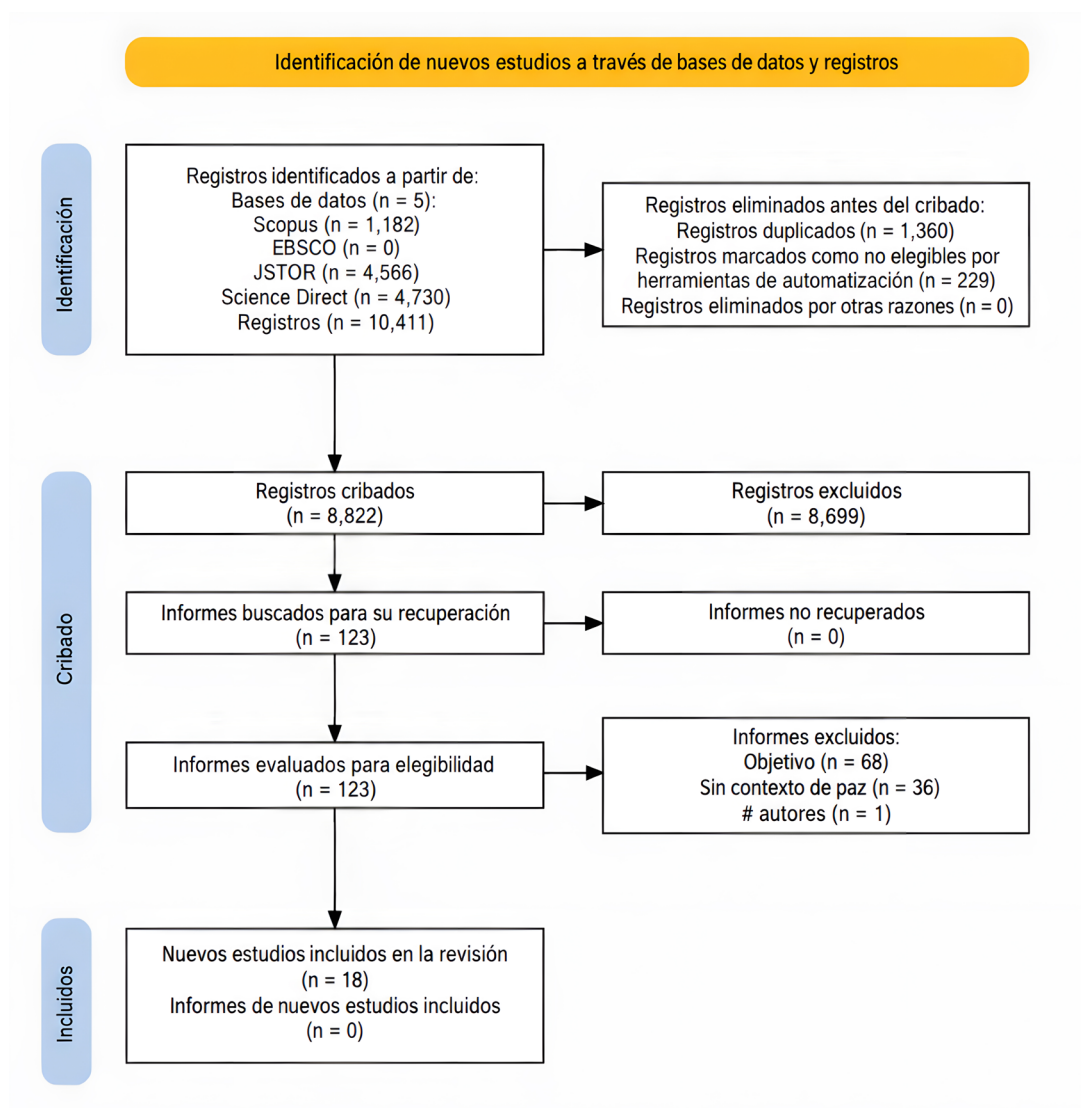
En la fase de selección, se examinaron los documentos resultantes de la etapa anterior (8822). Se aplicaron los siguientes criterios de exclusión: a) máximo 4 autores, b) inclusión de dos palabras clave como comunicación, memoria histórica, identidad, identidad colectiva, conflicto armado o reparación colectiva en el título y/o resumen; y c) ser un artículo de investigación o revisión científica. Con apoyo de la web Rayyan, se excluyeron 8699 referencias. Se seleccionó un total de 123 artículos para lectura completa, que se incluirían en la fase de organización.

Para la tercera fase, se creó un listado de datos estructurados resultantes de los previamente filtrados. Se procedió a realizar la lectura del texto completo y a aplicar los siguientes criterios de inclusión: 1) transparencia en el dato, financiación, fecha, resultados, autores y/o entidades declaradas; 2) contextualización del dato a la incidencia del conflicto armado o periodos de transición para la paz; 3) inclusión de mínimo dos categorías –y subcategorías– conceptuales relacionadas con el objetivo de la revisión (memoria, comunicación y conflicto armado) y 4) coherencia del dato con un análisis centrado en la memoria. Este proceso se realizó de forma independiente entre los dos revisores.

Al final de la aplicación de los anteriores criterios de elegibilidad, se incluyeron 18 artículos en la revisión sistemática y posterior análisis. En la figura 1 se detalla el flujo de trabajo descrito anteriormente.

3 Rayyan es un proveedor de herramientas de colaboración e investigación en la búsqueda de descubrimientos científicos. Se puede acceder mediante esta web: <https://new.rayyan.ai/>

Figura 1. Diagrama prisma



Fuente: extraído de Maican et al. (2016).

Como método para la evaluación del sesgo, se procedió a identificar la calidad de los documentos incluidos para la revisión sistemática final, con los criterios de calidad delimitados previamente (ver tabla 2).

Tabla 2. Criterios de calidad

Criterio guía	% de estudios que cumplen el criterio	% de estudios	N.º estudios que cumplen criterios de calidad
Título	100	100	18
Resumen	100	100	18
N.º de autores	65	65	10
Categorías conceptuales	100	100	18
Contexto de paz	90	90	16
Transparencia del dato	100	100	18
Coherencia del dato	100	100	18

Fuente: elaboración propia.

Los 18 artículos seleccionados fueron analizados mediante una matriz de doble entrada, en la que se identificaron: vacíos teóricos, patrones epistemológicos y aportes investigativos a cada una de las cinco categorías de análisis propuestas en la fundamentación de este artículo: 1) memoria, 2) identidad, 3) comunicación, 4) reparación simbólica y 5) festivales de memoria. Cada artículo se codificó en su título (ART. X), y en su clasificación se asignaron valores de 1 y 0, siendo uno (1) cuando el documento presentaba la existencia de un criterio (vacío, patrón o aporte) en cada categoría, y cero (0) cuando no hubo hallazgos.

Si bien el enfoque PRISMA constituye una herramienta ampliamente utilizada para garantizar la transparencia y sistematicidad en las revisiones de literatura, su aplicación en investigaciones cualitativas presenta límites. En particular, este enfoque ha sido utilizado principalmente con marcos interpretativos para la estandarización de los datos, mientras que, los estudios de ciencias sociales buscan análisis contextuales y simbólicos. Por tanto, se asumió la metodología como una herramienta operativa para la organización y trazabilidad del corpus, y no como un marco epistemológico rígido, por lo que el análisis se desarrolla desde una perspectiva crítica y situada.

Resultados

Esta revisión sistemática presenta tres segmentos: 1) análisis descriptivo, 2) análisis de los aportes investigativos y 3) análisis conceptual y teórico al campo de estudio. En la tabla 3 se describen las características de cada documento analizado, adicional a la codificación de cada artículo.

Tabla 3. Características de los estudios revisados

Autores/ País	Objetivo	Metodología	Conclusiones
(Código: ART. 1) Muñoz Correa, D. A. y Carreño Bustamante, M. T. (2020) / Colombia.	Proponer el diálogo dirigido al entendimiento como fuente de construcción de experiencias colectivas distintas a la violencia a partir de la convicción del sujeto del decir veraz sobre sí mismo.	Análisis del discurso y estudio de casos.	La verdad en el contexto del conflicto armado es fragmentada y que solo a través de un diálogo inclusivo, basado en el respeto y la ética discursiva, será posible reconstruir una narrativa que abarque todas las voces y promueva la justicia y la reconciliación.
(Código: ART. 2) Feo-Ardila, D.-Y. y Espinel-Rubio, G.-A. (2021)/ Argelia	Identificar el paradigma de la paz imperfecta sustentado en el empoderamiento pacifista, construido a través de la identidad de resistencia y la transmisión de la memoria histórica en un grupo de adolescentes residentes en el campamento de refugiados saharauis en Tinduf (Argelia).	Cualitativa, con foto-elicitación, cartografía social, creación artística, entrevistas y grupos focales.	La historia de resistencia del pueblo saharauí es un ejemplo de empoderamiento pacifista que se recrea diariamente en prácticas discursivas y compromisos comunitarios. Fortalece el tejido social en un contexto de conflicto continuo, evidenciando que la paz imperfecta es un proceso inacabado, dinámico y en constante evolución.
(Código: ART. 3) Montanares, E., González-Marilicán, M., Llancavil, D. y Vásquez-Leyton, G. (2022). / Chile	Revisión de investigaciones teóricas y empíricas sobre el rol de la enseñanza de la historia, en la construcción de la paz en espacios “de conflicto”.	Revisión teórica y empírica de investigaciones previas.	El rol docente es crucial para adaptar y transformar los contenidos históricos, que a menudo son abordados desde perspectivas etnocéntricas en los marcos curriculares nacionales.
(Código: ART. 4) Unigarro, D. E. y van der Linde, C. G. (2021). Colombia	Análisis de los corridos prohibidos como fuente para la construcción de la memoria local y regional del conflicto en el país.	Análisis Narratológico de los corridos con investigación documental y fuentes etnográficas.	Los corridos prohibidos son fundamentales para reconocer y transmitir las experiencias violentas y el arraigo de las comunidades en su territorio, contribuyendo a la construcción de una memoria más inclusiva y participativa, crucial para la paz territorial.
(Código: ART. 5) Sánchez, M. (2020). Perú	Comprender, desde la perspectiva de la memoria colectiva, cómo la violencia política ejercida por los actores armados ha sido procesada por la comunidad rural de Ayacucho, Perú (1980-2000).	Enfoque etnográfico.	Las narrativas comunales pueden complementar o confrontar las versiones históricas oficiales, configurándose como formas alternativas de comprensión del pasado y de construcción de memoria.
(Código: ART. 6) Rincón, A. M. (2020). Colombia	Examinar las premisas teóricas que sustentan la distinción entre verdad judicial y verdad histórica desde las condiciones de posibilidad de las transiciones y dimensión teórica.	Análisis documental de marcos legales y testimonios de víctimas.	Aunque las comisiones de la verdad no sustituyen los procesos judiciales, son esenciales para lograr una verdad integral que complemente la verdad judicial.

Continúa...

(Código: ART. 7) Valderrama, C. G., Álvarez, C. y Piper, I. (2019). Chile	Analizar la construcción de memorias activistas desde las diversas posiciones generalizadas en las violencias política en la transición chilena.	Enfoque cualitativo, análisis de discursos y testimonios con perspectiva de género.	La violencia de género en el contexto de la represión política no ha sido adecuadamente reconocida en los procesos de memoria, y que es necesario visibilizar estas experiencias para avanzar hacia una memoria más inclusiva y plural.
(Código: ART. 8) Gamboa Tapias, C. (2019). Colombia	Reflexionar sobre las políticas de la memoria implementadas en sociedades donde han ocurrido masivas violaciones de derechos humanos y justicia transicional.	Enfoque crítico y discursivo, revisando políticas de memoria en escenarios postconflicto.	La memoria, lejos de ser neutral, está profundamente politizada, y es fundamental que los procesos de construcción de memoria incluyan voces diversas y generen espacios para una memoria simétrica.
(Código: ART. 9) Alonso, R. G. (2022). Colombia	Analizar el relato histórico planteado por el Centro Nacional de Memoria Histórica en relación con el contexto colombiano de transición del conflicto a la paz.	Análisis crítico de los informes y publicaciones del CNMH.	Indican que la política de memoria en Colombia sigue siendo un campo de lucha, donde las narrativas oficiales no siempre reflejan la pluralidad de experiencias vividas durante el conflicto, especialmente las de grupos marginados.
(Código: ART. 10) Correal Gómez, D. (2022). Colombia	Identifica, desde epistemologías feministas, la configuración y algunas de las particularidades de la memoria profunda en las trayectorias de vida de familiares de víctimas de violencia sociopolítica en Colombia.	Análisis cualitativo de las trayectorias de vida.	La memoria profunda es un proceso difícil de verbalizar, pero crucial para las familias que enfrentan el trauma de la violencia sociopolítica mediante desplazamientos políticos y epistemológicos.
(Código: ART. 11) Ospina, A. A. B. y Herrera, L. A. M. (2022). Colombia	Interpretar las vicisitudes propias de la memoria social y el escenario transicional, señalando algunos elementos de contexto alusivos al conflicto armado interno experimentado en el departamento de Risaralda y su capital Pereira.	Investigación cualitativa, análisis de dispositivos de control social y prácticas de resistencia.	El conflicto armado ha sido ocultado en la región cafetera, pero existen prácticas de resistencia que buscan recuperar la memoria colectiva y cuestionar los dispositivos de poder que han silenciado el conflicto.
(Código: ART. 12) Ayala, D. T. (2020). Colombia	Reflexionar desde el proceso de construcción y gestión del Museo de Memoria Histórica (MMH) de Colombia (2012-2019) cómo los cambios de gobierno afectaron la forma como se construye memoria desde lugares institucionales.	Análisis de la estructura y narrativa del museo.	El MMH enfrenta limitaciones para ser un verdadero lugar de diálogo inclusivo. La participación de los diferentes sectores afectados por la violencia es desigual, y la institucionalización de la memoria enfrenta desafíos, especialmente en la inclusión de narrativas menos oficiales.
(Código: ART. 13) Ospina-Alvarado, M. C., Vega, V. V. y Salazar, L. M. C. (2020). Colombia	Identificar las narrativas colectivas y memorias sobre paz y conflicto armado presentes en las familias que han vivido el desplazamiento forzado en Manizales (Caldas) y Villa Rica (Cauca) de Colombia.	Cualitativa con entrevistas y grupos focales. Etnográfica en la reconstrucción de la memoria.	Las madres y abuelas juegan un papel crucial en la transmisión de la memoria del conflicto armado, creando narrativas y promoviendo la resiliencia en las nuevas generaciones. La transmisión enfrenta desafíos relacionados con el trauma y la estigmatización.

Continúa...

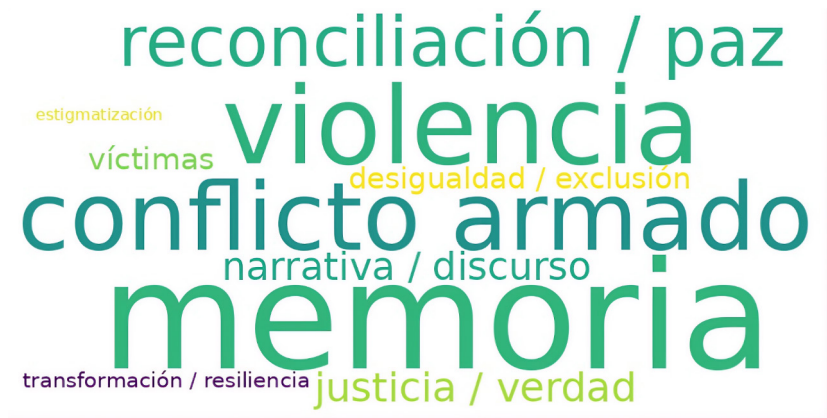
(Código: ART. 14) Martell, A. A. (2023). El Salvador	Comprender los conjuntos de recuerdos individuales que revelan patrones colectivos en las trayectorias narrativas de aquellos que vivieron personalmente el conflicto en El Salvador (1980-1992).	Análisis del discurso en medios y declaraciones oficiales.	La comunidad destaca la resistencia cotidiana a la represión estatal, arroja luz sobre cómo los no combatientes recuerdan el conflicto y sugiere una trayectoria continua de organización comunitaria en la que la guerra.
(Código: ART. 15) Astudillo, D. J. (2022).	Reflexionar sobre las modalidades en que la memoria social de acontecimientos traumáticos vinculados a la violencia política es tramitada entre las generaciones.	Revisión teórica y análisis textual	Las narrativas de ficción permiten reconstituir identidades colectivas al generar espacios simbólicos para la reflexión y reinterpretación del pasado.
(Código: ART. 16) Alonso-López, N. y Sidorenko-Bautista, P. (2022). España	Analizar los perfiles y contenidos que sobre la memoria histórica española se publican en TikTok	Análisis cualitativo en TikTok.	TikTok es un espacio para la democratización de la memoria histórica, aunque enfrenta el reto de la simplificación y banalización de hechos complejos.
(Código: ART. 17) Rodríguez, J. A. E. (2022). Colombia	Análisis de las relaciones que se entrecruzan entre la memoria, la identidad, el territorio y la organización del campesinado, a través de proceso de colonización surgido después de la segunda mitad del siglo XX en el Alto Ariari (Colombia).	Enfoque teórico-metodológico que vincula la organización campesina con los procesos de construcción de memoria y autogestión territorial.	La lucha organizativa del campesinado sigue vigente en la autogestión de la memoria y la defensa del territorio, destacando la importancia de preservar estos procesos para el “buen vivir” en la región del Alto Ariari.
(Código: ART. 18) Perdomo-Vanegas, W. L. y López-Pineda, L. Y. (2021). Colombia	Reconstruir el pasado mediante la participación de las víctimas del conflicto armado en la región del Meta (Colombia), desde un enfoque diferencial y una perspectiva plural e inclusiva.	Cualitativo, con enfoque participativo y diferencial. 108 personas de zonas rurales de Planadas (Tolima).	El arte potencia la construcción de memoria colectiva desde la participación ciudadana y el reconocimiento de las víctimas. La estrategia fortaleció el tejido social, activó procesos de rememoración intergeneracional y visibilizó el territorio como víctima del conflicto, fomentando la no repetición y el diálogo plural.

Fuente: elaboración propia.

Análisis de contenido descriptivo

De los 18 documentos analizados, se encontró que los campos de acción de la investigación se desarrollaron en los siguientes países (n.º de documentos): Colombia (11), Chile (3), Perú (1), El Salvador (1), España (1) y Argelia (1). Posteriormente, se procedió a realizar un análisis de frecuencia de palabras clave en apartados como Objetivo, Resumen, Problema y Conclusiones, y se graficaron en la siguiente figura:

Figura 2. Nube de palabras más frecuentes en los estudios



Fuente: elaboración propia.

En la tabla 4 se condensaron las palabras clave más frecuentes en el Objetivo, Resumen, Problema y Conclusiones de cada trabajo analizado.

Tabla 4. Frecuencia de palabras clave

Apartado	Palabra clave	% de frecuencia
Objetivo	memoria	85
	violencia	45
	conflicto armado	40
	reconciliación / paz	35
	justicia / verdad	25
Resumen	memoria	90
	violencia	60
	conflicto armado	55
	reconciliación / paz	45
	víctimas	30
Problema	memoria	70
	narrativa / discurso	50
	conflicto armado	45
	desigualdad / exclusión	30
	estigmatización	15
Conclusiones	memoria	85
	reconciliación / paz	50
	violencia	45
	justicia / verdad	30
	transformación / resiliencia	30

Fuente: elaboración propia.

Análisis de los aportes investigativos

A los documentos seleccionados se les realizó un análisis para identificar elementos recurrentes sobre la investigación en comunicación y memoria. Este apartado se dividió en 1) coincidencias teóricas, 2) recurrencias metodológicas y 3) panorama de hallazgos y resultados.

Coincidencias teóricas

En primer lugar, se encuentran las coincidencias teóricas en la memoria, identidad y comunicación. Se identificaron los abordajes teóricos más utilizados: Maurice Halbwachs (1950), con su concepto de *memoria colectiva*; Pierre Nora (1989b), con su distinción entre *memoria viva* y *lugares de memoria*; Jan Assmann (2011), con la diferenciación entre *memoria comunicativa* (cotidiana y efímera) y memoria cultural (institucionalizada y duradera); Gilberto Giménez (2007), y su concepción de la *identidad colectiva* como un proceso simbólico; y Néstor García Canclini (1995), con su propuesta de la *identidad como constructo híbrido*, .

En relación con la memoria e identidad, se encontró que las reflexiones teóricas realizadas consideran que las memorias transitan en una tensión constante (una disputa simbólica); las propuestas relacionan la memoria como una herramienta para resignificar el pasado desde voces subalternas. Investigaciones como las de Alonso (2022) y Ayala (2020) se enfocan en las tensiones entre memorias institucionales y comunitarias, revelando disputas por la legitimidad del relato sobre el conflicto armado. Por su parte, la identidad también se aborda desde una construcción relacional y dinámica; estudios como los de Astudillo (2022) y Ospina-Alvarado et al. (2020) destacan cómo se configuran las identidades en el marco de prácticas de rememoración, especialmente en colectivos de víctimas. Se evidencia una identidad en constante negociación, influida por el trauma, la exclusión y la resistencia.

En este contexto, la comunicación cumple un rol de mediación cultural en los sitios de conflicto. En trabajos de Muñoz Correa y Carreño Bustamante (2020) y Perdomo-Vanegas y López-Pineda (2021), la comunicación se presenta como una mediación cultural clave. Estos artículos muestran cómo las comunidades utilizan expresiones artísticas, testimoniales y digitales para reconstruir significados y disputar versiones oficiales del pasado. Este proceso de mediación genera expresiones de reparación simbólica que dialoga con las agendas políticas. Correal Gómez (2022) y Feo-Ardila y Espinel-Rubio (2021) realizan una relación de sus marcos teóricos con

la noción de justicia simbólica, destacando que la memoria no solo repara, sino que también empodera a las comunidades afectadas como sujetos políticos.

Se observa que, aunque no todos los artículos mencionan festivales de memoria de forma explícita, sí se alude a prácticas performativas de memoria (Ayala, 2020; Unigarro & van der Linde, 2021) que funcionan como espacios de acción comunicativa, evocación colectiva y resistencia cultural. El enfoque teórico predominante es la “memoria colectiva” o la “identidad relacional”, sin embargo, se observa una heterogeneidad conceptual tanto en las definiciones como en los marcos de referencia, lo que influye en identificar una línea transversal en todos los hallazgos.

Recurrencias metodológicas

Se resaltaron los enfoques metodológicos que incluyen acciones como: investigaciones narrativas, etnografías y metodologías participativas. Perdomo-Vanegas y López-Pineda (2021) desarrolla un trabajo que articula los enfoques de investigación social, creación y enfoques diferenciales. Este estudio sitúa a la comunidad en el centro como agente protagonista, resignificando su identidad colectiva a través de narrativas orales, teatrales y de expresión artística; lo anterior, alineado con la memoria como campo de disputa simbólica y la comunicación como práctica cultural que funge como mecanismo situacional.

Alonso-López y Sidorenko-Bautista (2022) y Ospina-Alvarado et al. (2020) desarrollan sus investigaciones bajo el enfoque narrativo, en las que los discursos permiten ser agentes para las memorias emergentes en las poblaciones, buscando relacionar nuevas identidades y dignificación de lo cotidiano. Ospina y Herrera (2022) y Rodríguez (2022) utilizan el método etnográfico para analizar las acciones colectivas y violencia estructural como parte del proceso de reconfiguración identitaria y disputa comunicativa de la región cafetera en Colombia. Por último, se observan los desarrollos de Astudillo (2022) y Feo-Ardila y Espinel-Rubio (2021), quienes emplean trabajos de análisis literarios y cartografías sociales, acompañados de entrevistas y creaciones artísticas; sus aplicaciones permiten evidenciar la producción comunicativa como alternativa desde contextos de desplazamiento.

Como aportes a las metodologías en el campo de estudio, se observa el empleo de diversos enfoques cualitativos (etnografía, narrativa, investigación-creación, análisis literario, cartografía social), que focalizan las interpretaciones, comparación entre estudios y la integración sistemática de resultados a un marco

investigativo en concreto. Adicionalmente, se encuentra que distintos artículos revisados no especifican los protocolos para la selección de las poblaciones de estudio.

Panorama de hallazgos y resultados

Los estudios aportan hallazgos al objetivo de estudio de la memoria, la identidad y la comunicación desde distintos campos de acción y enfoques, sin embargo, concluyen que la memoria es una acción colectiva reparadora, la identidad es un proceso que está en disputa entre los sujetos del conflicto, la comunicación ofrece una disputa simbólica, y la reparación simbólica es el resultado y horizonte más frecuente.

En relación con la memoria como campo de acción colectiva, se encuentra que se compone por acciones performativas y reparadoras. Estudios como los realizados por Alonso-López y Sidorenko-Bautista (2022), Rodríguez (2022) y Sánchez (2020) coinciden en que la memoria no es un archivo estático, sino una práctica activa que permite a las comunidades experiencias de reconstrucción del tejido social desde las secuelas del conflicto, y una forma de resistencia al olvido institucional. Estos mecanismos se desarrollan como una forma de justicia simbólica, especialmente cuando se articulan desde prácticas culturales como el arte, la literatura y la pedagogía.

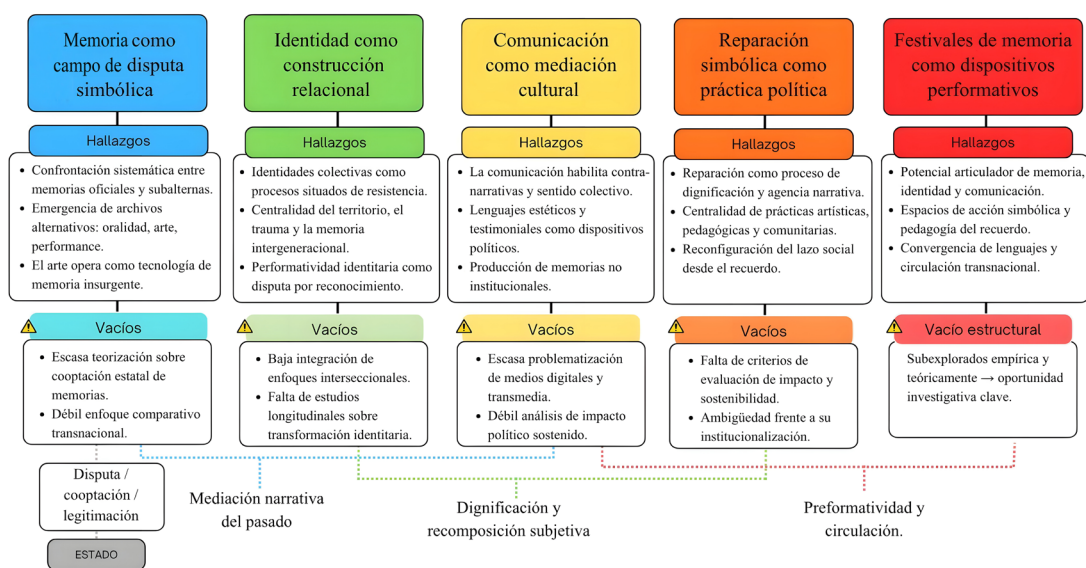
Sobre la identidad en disputa, emergen hallazgos que acercan el concepto hacia una identidad que se re-construye en contextos de traumas, resistencia y exclusión. Incluso, en prácticas de resiliencia y restauración (Astudillo, 2022; Ospina-Alvarado et al., 2020; Valderrama et al., 2019) se encuentra una reapropiación crítica del pasado en poblaciones jóvenes, mujeres, disidencias sexuales y comunidades desplazadas. Estas comunidades utilizan la identidad como una forma de narración y duelo colectivo.

En este punto, la comunicación funge como una mediación que permite crear disputas simbólicas; los estudios evidencian que la apropiación de la comunicación va más allá de una expresión técnica del canal; primero, las disputas simbólicas se construyen a partir de subjetividades y la resignificación de relatos del pasado (Unigarro & van der Linde, 2021). Segundo, la comunicación se convierte en eje dentro de los escenarios de resistencia comunitaria, contiene expresiones tanto digitales como artísticas (Ayala, 2020; Montanares et al., 2022). Y tercero, las narraciones orales, junto con los medios ciudadanos, se convierten en dispositivos de circulación de memorias emergentes de los procesos de conflicto o en

transición hacia la paz (Martell, 2023). Sumado a ello, la comunicación también aporta a procesos de reparación, debido a que cuando las acciones de memoria incluyen elementos de participación ciudadana e identidades locales, contribuyen a la reparación simbólica (Muñoz Correa y Carreño Bustamante, 2020), sin embargo, este tipo de reparación no depende solo del Estado, sino de las iniciativas culturales de base, que reconocen las múltiples verdades del pasado (Ospina y Herrera, 2022; Rincón, 2020).

Con el fin de sistematizar los patrones, vacíos y núcleos conceptuales identificados en el corpus analizado, se presenta a continuación una síntesis integradora de los hallazgos por categorías de estudio.

Figura 3. Síntesis de hallazgos y vacíos por categorías analíticas



Fuente: elaboración propia.

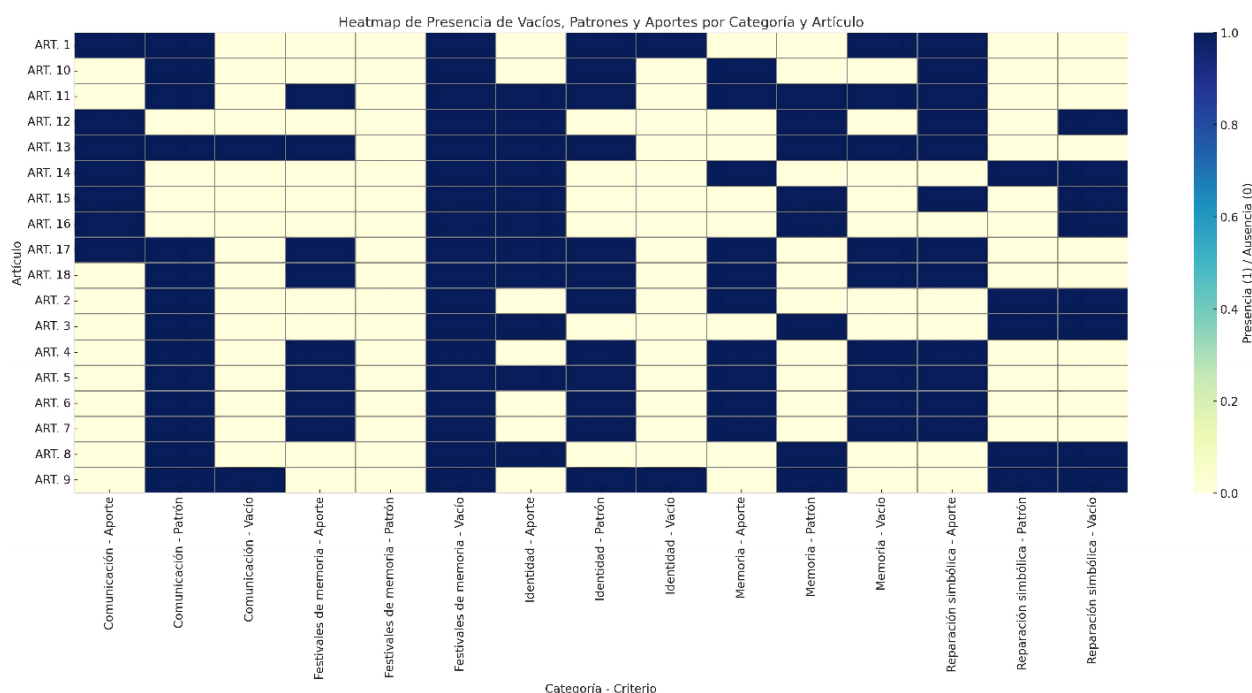
Como se observa, los estudios revisados convergen en comprender la memoria, la identidad y la comunicación como categorías interdependientes, aunque persisten vacíos teóricos y metodológicos, especialmente en torno a prácticas performativas, mediaciones digitales y enfoques interseccionales.

Análisis conceptual y teórico al campo de estudio

Con el objetivo de identificar las reflexiones científicas sobre comunicación y justicia simbólica desde un enfoque de memoria e identidad, se presenta el siguiente

análisis del estado actual del campo de estudio. Como propuesta, los resultados emergentes se muestran en una matriz de vacíos, patrones y aportes en las categorías conceptuales de: 1) memoria, 2) identidad, 3) comunicación, 4) reparación simbólica y 5) festivales de memoria. Se sistematizaron en la siguiente figura.

Figura 4. Vacíos, patrones y aportes al campo conceptual de la memoria, identidad y comunicación



Fuente: elaboración propia.

Los anteriores resultados evidencian que las categorías abordadas en los artículos se pueden condensar en los siguientes apartados:

La memoria como campo de disputa simbólica entre narrativas oficiales y subalternas

El corpus analizado revela un patrón sistemático de confrontación entre memorias oficiales –ancladas en dispositivos institucionales como el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), los museos estatales y los programas escolares– y memorias subalternas que emergen desde experiencias campesinas, exiliadas, femeninas o comunitarias. Estos trabajos destacan la producción de archivos alternativos, particularmente a través de relatos orales, performances y expresiones culturales, que disputan los regímenes de verdad y desafían la hegemonía estatal.

En varios estudios se reconoce el rol del arte, la música y la narración testimonial como tecnologías de memoria capaces de articular horizontes ético-políticos desde los márgenes. La memoria es así conceptualizada no como un repositorio estático, sino como una práctica insurgente que interpela las narrativas dominantes.

Sin embargo, el análisis también evidencia vacíos importantes. Pocos estudios problematizan en profundidad las condiciones estructurales –económicas, mediáticas y jurídicas– que definen qué memorias logran visibilidad pública y cuáles permanecen invisibilizadas. Asimismo, se detecta una limitada incorporación de análisis comparativos transnacionales que permitan comprender cómo se articulan las disputas de la memoria en diferentes geografías latinoamericanas o en diásporas. El papel del Estado como productor selectivo de memoria sigue siendo abordado desde una mirada crítica, pero con escasa teorización sobre las formas de cooptación simbólica. Finalmente, si bien se menciona el potencial disruptivo de expresiones artísticas, se omiten en gran medida las tensiones que éstas enfrentan cuando son incorporadas o institucionalizadas por políticas de memoria oficial.

La identidad como construcción relacional y dinámica, configurada en escenarios de trauma, exclusión y resistencia

Los artículos analizados coinciden en comprender la identidad como un proceso relacional, dinámico y situado, construido en contextos marcados por el trauma, el desplazamiento forzado, el despojo territorial y la violencia estructural. A partir de prácticas comunitarias, artísticas y testimoniales, las identidades colectivas se configuran como repertorios de resistencia simbólica, profundamente vinculadas al territorio, a la memoria intergeneracional y a la agencia narrativa. Se destacan aportes en torno a la performatividad de la identidad, así como su articulación con disputas por el reconocimiento, la dignidad y la pertenencia en comunidades históricamente marginadas.

No obstante, el enfoque identitario presenta vacíos notables. La mayoría de los estudios carece de una integración robusta de perspectivas interseccionales que permitan problematizar cómo género, clase, etnia y generación se entrecruzan en la construcción identitaria. Asimismo, hay escasa atención a los procesos de transformación identitaria en el tiempo, lo que limita la comprensión de la identidad como fenómeno histórico mutable y no como una esencia resistente per se. Faltan, por ejemplo, estudios longitudinales o enfoques que den cuenta de los desplazamientos simbólicos que las identidades sufren ante cambios políticos, migraciones forzadas o procesos de institucionalización del recuerdo. Estas omisiones restringen

el alcance analítico del campo y reducen la posibilidad de proponer marcos interpretativos más complejos y sensibles a las trayectorias colectivas en disputa.

La comunicación como mediación cultural situada, que habilita procesos de resignificación del pasado y producción de sentido colectivo

La revisión permite identificar que la comunicación es abordada predominantemente como una mediación cultural situada, capaz de vehiculizar contra-narrativas, producir sentido colectivo y generar resignificaciones del pasado más allá de los canales institucionales. La narrativa oral, los lenguajes estéticos, las pedagogías críticas, el testimonio, el arte popular y la música son reconocidos como formas comunicativas que operan como dispositivos de memoria. Estas mediaciones adquieren densidad política al articular memorias silenciadas y habilitar espacios de enunciación para comunidades afectadas por la violencia, con una capacidad disruptiva frente a los discursos hegemónicos.

Sin embargo, persiste un escaso abordaje sobre el papel de los medios digitales, redes sociales, plataformas transmedia y tecnologías interactivas como escenarios performativos de memoria. En tiempos de digitalización del recuerdo, sorprende la escasa problematización sobre cómo estas mediaciones tecnológicas reconfiguran las formas de narrar, archivar, visualizar y disputar el pasado. Asimismo, pocos estudios indagan sistemáticamente el impacto político sostenido de las prácticas comunicativas en términos de movilización social, incidencia política o transformación cultural a largo plazo. Esto limita la comprensión de la comunicación no solo como mediación simbólica, sino como práctica de incidencia y reconfiguración de los vínculos sociales en contextos de posconflicto.

A estos vacíos se suma la necesidad de profundizar en el papel emergente de lo digital y de la comunicación transmedia en las disputas de la memoria: más que canales neutros, las plataformas y sus arquitecturas sociotécnicas (Kaye et al., 2020) operan como condiciones estructurales que reordenan la visibilidad, la legitimidad y la autoridad narrativa de los relatos sobre el pasado (Alonso-López y Sidorenko-Bautista, 2022). En esta revisión, la memoria se configura en una ecología mediática donde testimonios, archivos, piezas audiovisuales, prácticas artísticas y activismos circulan y se reensamblan a través de múltiples medios, generando narrativas transmediales que expanden y disputan sentidos en distintas escalas pero también introducen nuevas formas de desigualdad simbólica: la viralidad tiende a privilegiar formatos breves, altamente emotivos y polarizantes, mientras que la verificación, el contexto histórico y la complejidad explicativa quedan subordinados

a gramáticas de circulación acelerada. Así, resulta clave discutir cómo estas mediaciones digitales pueden amplificar memorias subalternas y visibilizar narrativas institucionales mediante campañas de conmemoración o curadurías digitales que amplifiquen ciertas narrativas y relegan otras al ruido, al silenciamiento o a la fragmentación.

La reparación simbólica como práctica política orientada a la dignificación de las víctimas

Los textos analizados convergen en presentar la reparación simbólica como un horizonte ético y político orientado a la dignificación de las víctimas, la visibilización de memorias excluidas y la reconfiguración del lazo social en escenarios de conflicto armado o violencia estructural. Esta reparación se materializa a través de prácticas testimoniales, artísticas, pedagógicas y comunitarias, en las que los sujetos ejercen agencia al reivindicar su derecho a narrar, conmemorar y resignificar el trauma. En este sentido, la reparación simbólica no se reduce a un acto de reconocimiento institucional, sino que se proyecta como una práctica política de recomposición subjetiva y/o colectiva.

Sin embargo, el tratamiento de la reparación simbólica en los artículos carece, en general, de una problematización estructural más profunda. Se constata una ausencia de marcos teóricos y metodológicos que permitan evaluar su eficacia, sostenibilidad y alcance real como instrumento de justicia transicional. La mayoría de los estudios se limita a la descripción de experiencias locales sin integrar criterios sistemáticos de análisis de impacto o escalabilidad. Tampoco se explora suficientemente la relación ambivalente entre las prácticas de reparación simbólica y los marcos institucionales que las incorporan. Esta omisión afecta la posibilidad de construir una teoría crítica de la reparación simbólica como campo de disputa entre el reconocimiento ético y la reproducción de formas simbólicas de exclusión.

Los festivales de memoria como dispositivos performativos de resistencia civil y transformación sociocultural

La categoría que presenta el vacío más evidente y reiterado es la de los festivales de memoria. Aunque varios artículos hacen referencia tangencial a expresiones culturales, rituales, *performances*, música o conmemoraciones, muy pocos conceptualizan o analizan empíricamente a los festivales como dispositivos de producción de sentido, acción simbólica o incidencia política. Apenas se sugiere su potencial en la articulación de memorias comunitarias, resistencia civil y pedagogía del recuerdo, sin constituirse como eje central de indagación. Este desinterés es relevante,

considerando el creciente uso de estos eventos como estrategias de visibilización en territorios afectados por el conflicto armado y la violencia estructural.

Este vacío representa una oportunidad investigativa clave. Los festivales de memoria deben ser comprendidos no solo como eventos conmemorativos, sino como espacios performativos donde se articulan la comunicación, la identidad y la reparación simbólica. En ellos confluyen múltiples lenguajes –oral, visual, corporal, musical, etc.– que permiten narrar el dolor, reclamar justicia y (re)construir sentidos de comunidad. Además, su dimensión transnacional y su circulación a través de redes digitales los convierte en nodos de intercambio y resonancia entre memorias locales y globales. Integrar analíticamente los festivales de memoria al campo de estudios sobre conflicto, comunicación y justicia simbólica enriquecería notablemente los enfoques teóricos y metodológicos disponibles, permitiendo abordar las memorias vivas en tanto prácticas performativas de incidencia.

En conjunto, los hallazgos evidencian patrones teóricos consolidados que conciben la memoria como un campo de disputa simbólica (Halbwachs, 1950; Jelin, 2002), la identidad como un proceso relacional y dinámico (Giménez, 2007), y la comunicación como una mediación cultural situada que articula experiencias, relatos y prácticas sociales (Martín-Barbero, 1987). No obstante, a partir de estos consensos teóricos emergen los principales vacíos del campo. La literatura revisada tiende a privilegiar enfoques institucionales, narrativos o jurídicos de la memoria, lo que limita el análisis de prácticas comunicativas performativas y de experiencias colectivas que operan por fuera –o en tensión– con los dispositivos oficiales de representación del pasado, a pesar de que autores como Pierre Nora (1989b) y Assmann (2011) han señalado la centralidad de los dispositivos simbólicos y culturales en la producción social de la memoria. En este sentido, los vacíos identificados no responden a la ausencia de producción académica, sino a una limitada problematización de ciertas dimensiones del fenómeno, lo que evidencia la necesidad de fortalecer discusiones que articulen de manera más explícita comunicación, memoria e identidad desde enfoques situados, simbólicos, culturales y críticos.

Conclusiones

Los hallazgos de esta revisión sistemática configuran un aporte sustantivo al campo de estudios sobre memoria, identidad y comunicación en contextos de conflicto armado, al proponer una lectura crítica, situada y transdisciplinaria de los procesos simbólicos que configuran el sentido colectivo en escenarios transversalizados por la violencia estructural y las disputas por la legitimidad histórica. Este artículo

sostiene que la memoria, lejos de constituir una operación de archivo o una evocación nostálgica, debe ser comprendida como un dispositivo performativo, intersubjetivo y agonístico (Mouffe, 1999), en el que se juegan disputas ontológicas sobre el pasado, el presente y el porvenir. En tanto praxis situada, la memoria emerge como acto político que interpela los regímenes institucionales de verdad, denuncia los silenciamientos estructurales y restituye el derecho a narrar desde los márgenes.

La identidad, en consecuencia, no es entendida como una esencia fija ni como una categoría homogénea, sino como un proceso de configuración relacional que se despliega en condiciones de exclusión, despojo y resistencia. Los estudios revisados muestran que las identidades colectivas se reconfiguran en prácticas de duelo compartido, rememoración crítica y agencia narrativa, en las que los repertorios simbólicos se articulan como formas de reapropiación de la historia y reconstitución del tejido social. La memoria, en este marco, deviene matriz constitutiva de subjetividades comunitarias en constante disputa.

Por su parte, la comunicación es resignificada como práctica cultural situada, profundamente imbricada en relaciones de poder, mediación afectiva y construcción de sentido. Lejos de operar como un canal instrumental, la comunicación se constituye como un espacio de enunciación política, en el que las comunidades producen contra-narrativas, disputan la hegemonía interpretativa del pasado y activan procesos de reparación simbólica por medio de prácticas artísticas, performativas, testimoniales y mediáticas. En este punto, se destaca el potencial transformador de la comunicación cuando se despliega como mediación ética y epistémica, habilitando formas no convencionales de justicia, reconocimiento y resignificación de la experiencia colectiva del dolor.

Desde el punto de vista metodológico –predominantemente cualitativo y sustentado en enfoques narrativos, etnográficos, participativos y de investigación-creación–, revela una coherencia entre los marcos conceptuales y las estrategias de indagación, posicionando la producción de conocimiento como una práctica situada y políticamente comprometida. No obstante, es necesario reconocer algunas limitaciones metodológicas de este estudio. Si bien el uso del enfoque PRISMA aportó transparencia y sistematicidad al proceso de revisión, su aplicación en un campo mayoritariamente cualitativo implicó una selección de literatura académica indexada, dejando por fuera producciones comunitarias, informes no publicados y prácticas de memoria que circulan en escenarios locales, digitales o híbridos. Asimismo, se identifican vacíos persistentes en la articulación comparativa entre

contextos regionales, la transversalización interseccional –especialmente en torno a género, clase, etnicidad y generación– y la existencia de dispositivos evaluativos que permitan valorar el impacto transformador de las prácticas de memoria y comunicación.

A partir de estos límites, se abren líneas futuras de investigación orientadas a profundizar en estudios empíricos sobre prácticas performativas de memoria, festivales y dispositivos comunicativos situados, así como en el análisis de la circulación de memorias en entornos digitales y transmedia. Explorar metodologías cualitativas, participativas y mixtas que articulen saberes académicos, artísticos y comunitarios permitiría ampliar la comprensión de las disputas simbólicas contemporáneas y fortalecer el diálogo entre producción académica, prácticas sociales y procesos de justicia simbólica. En este sentido, el artículo sistematiza el estado del arte en torno a la comunicación, la memoria y la identidad en escenarios de conflicto armado; y, además, evidencia una plataforma teórico-metodológica desde la cual pensar la investigación como un acto crítico, situado y potencialmente reparador.

Referencias

- Abril, N. G. P. (2020). Memorialization and armed conflict: The construction of narratives for peace in Colombia. *Revista de Estudos da Linguagem*, 28(1), 479-506. <https://doi.org/10.17851/2237-2083.28.1.479-506>
- Alonso, R. G. (2022). La política de memoria en Colombia. El relato histórico del Centro Nacional de Memoria Histórica. *Pasado y Memoria*, 25, 375-398. <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.25.16>
- Alonso-López, N. y Sidorenko-Bautista, P. (2022). Tratamiento de la memoria histórica española en TikTok: perfiles, contenidos y mensajes. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 13(2), 117-134. <https://doi.org/10.14198/MEDCOM.21824>
- Assmann, A. (2011). *Cultural Memory and Western Civilization: Functions, Media, Archives*. Cambridge University Press.
- Astudillo, D. J. (2022). Transmisión, escritura y ficción: del trabajo de la memoria a la construcción de nuevas identidades colectivas. *Atenea*, 525, 223-241. <https://doi.org/10.29393/At525-11TEDJ10011>
- Ayala, D. T. (2020). Museo de Memoria Histórica de Colombia (2012-2019) ¿Un lugar para el diálogo memorial? *Historia y Memoria*, 20, 135-168. <https://doi.org/10.19053/20275137.n20.2020.9549>
- Bayramova, L. (2025). Cultural heritage protection and restoration in conflict zones. En *Cultural heritage protection and restoration in conflict and post-conflict zones* (pp. 255-286). <https://doi.org/10.4018/979-8-3373-2540-8.ch011>

- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-1299.
- Correal Gómez, D. (2022). Deep memory: Expressions and Trajectories of social suffering in Colombia. *Revista de Antropología Social*, 31(2), 185-200. <https://doi.org/10.5209/raso.83948>
- Feo-Ardila, D.-Y. y Espinel-Rubio, G.-A. (2021). El paradigma de paz imperfecta en un campamento de refugiados empoderamiento pacifista de adolescentes saharau. *Ánfora*, 28(50), 45-73. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=357868463002>
- García Canclini, N. (1995). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (2ª ed.). Grijalbo.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / ITESO.
- Giménez, G. (2007). *Identidad y globalización: Un enfoque cultural sobre la modernidad tardía*. Siglo XXI.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. Presses Universitaires de France.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Kaye, D. B. V., Chen, X., & Zeng, J. (2020). The co-evolution of two Chinese mobile short video apps: Parallel platformization of Douyin and TikTok. *Mobile Media & Communication*, 9(2), 229-253. <https://doi.org/10.1177/2050157920952120>
- Kubin, E., & von Sikorski, C. (2021). The role of (social) media in political polarization: A systematic review. *Annals of the International Communication Association*, 45(3), 188-206.
- Maican, C., Lixandriou, R., & Constantin, C. (2016). Interactivia.ro - A study of a gamification framework using zero-cost tools. *Computers in Human Behavior*, 61, 186-197. <https://doi.org/10.1016/j.chb.2016.03.023>
- Martell, A. A. (2023). The exodus memory community: Leveraging oral history records to understand collected memories of violence. *Memory Studies*. <https://doi.org/10.1177/17506980221150893>
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili.
- Milla, S. J. (2022). War conflicts and training in values of democratic citizenship in the classroom: A comparative study between Spain and France. *Revista Complutense de Educación*, 33(3), 555-564. <https://doi.org/10.5209/rced.76305>
- Montanares, E., González-Marilicán, M., Llancavil, D., & Vasquez-Leyton, G. (2022). Teaching History, and Conflict. A Theoretical Review. *Revista Internacional de Educacion para la Justicia Social*, 11(Issue 1), 119-131. <https://doi.org/10.15366/riejs2022.11.1.007>
- Mouffe, C. (1999). Deliberative Democracy or Agonistic Pluralism? *Social Research*, 66(3), 745-758. <http://www.jstor.org/stable/40971349>
- Muñoz Correa, D. A. y Carreño Bustamante, M. T. (2020). De la acción comunicativa a la ética del discurso: una propuesta para reconstruir la verdad en el conflicto armado. *Jurídicas*, 17(1), 87-104. <https://doi.org/10.17151/jurid.2020.17.1.5>
- Nora, P. (1989a). Entre memoria e historia: La problemática de los lugares. *Revista de Occidente*, 84, 7-28.

- Nora, P. (1989b). *Entre memoria e historia: La problemática de los lugares*. Editorial Trieb.
- Ospina, A. A. B. y Herrera, L. A. M. (2022). Memoria social y transición política: negacionismo del conflicto armado interno colombiano. *Human Review. International Humanities Review / Revista Internacional de Humanidades*, 11. <https://doi.org/10.37467/revhuman.v11.4284>
- Ospina-Alvarado, M. C., Vega, V. V. y Salazar, L. M. C. (2020). Narrativas colectivas y memorias del conflicto armado colombiano: Sentidos y prácticas de abuelas y madres de niñas y niños de la primera infancia. *Interdisciplinaria*, 37(1), 1-34. <https://doi.org/10.16888/INTERD.2020.37.1.17>
- Perdomo-Vanegas, W. L., & López-Pineda, L. Y. (2021). Artistic language as a dynamizer for historical memory. *Arte, Individuo y Sociedad*, 33(4), 1273-1290. <https://doi.org/10.5209/ARIS.71572>
- Rendón-Cardona, P. A., Rivera-Henao, M., Betancurth Becerra, C. M., Aristizábal, C. A., & Páez Valdéz, J. E. (2022). Colombian university journalism as a virtual stage for transitions toward acts of memory and peace. *Frontiers in Education*, 7. <https://doi.org/10.3389/feduc.2022.953144>
- Rincón, A. M. (2020). The (in)sufficiency of the law: Truth production in transitional scenarios. *Revista Derecho del Estado*, 48, 85-112. <https://doi.org/10.18601/01229893.N48.04>
- Rodríguez, J. A. E. (2022). Memoria, identidad y territorio. Colonización campesina y construcción de paz. La Autogestión de la Memoria en el Alto Ariari. *TECHNO Review. International Technology, Science and Society Review / Revista Internacional de Tecnología, Ciencia y Sociedad*, 11. <https://doi.org/10.37467/revtechno.v11.4451>
- Sánchez, M. (2020). Interpretaciones de la violencia en una comunidad rural de Ayacucho-Perú (1980-2000). La memoria como mecanismo de reelaboración del pasado. *Araucaria*, 22(43), 420-443. <https://doi.org/10.12795/araucaria.2020.i43.22>
- Unigarro, D. E., & van der Linde, C. G. (2021). Stories Sung of War: Forbidden Ballads as a Memory of the Conflict in Guaviare. *Co-Herencia*, 18(34), 231-266. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.18.34.8>
- Valderrama, C. G., Álvarez, C., & Piper, I. (2019). Construction of subjects generated in the memories of political violence in the Chilean transition. *Quadernos de Psicología*, 21 (Issue 3). <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1539>
- Yuval-Davis, N. (2006). Intersectionality and feminist politics. *European Journal of Women's Studies*, 13(3), 193-209.



RESEÑA



Nicolas Dip (coordinador)

La nueva izquierda en debate. Miradas desde la historia reciente de América Latina

(Rosario: Editorial Prohistoria, 2024)

176 páginas.

ISBN: 978-987-809-131-0

CARLA PEÑALOZA PALMA

carlamilar@uchile.cl

Profesora Asociada del Departamento de
Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía
y Humanidades de la Universidad de Chile.

<https://orcid.org/0000-0002-7346-1401>

Debates y herencias de las izquierdas para el presente

Este libro, publicado en Argentina en 2024, fue coordinado por Nicolás Dip, doctor en Historia de la Universidad de La Plata, quien trabaja en el campo de la historia reciente y es especialista en el estudio de movimientos estudiantiles y de las izquierdas en América Latina. Actualmente es académico de la UNAM en México.

En este trabajo, Dip reúne artículos de destacados y destacadas especialistas en historias de militancias e identidades políticas latinoamericanas como son Aldo Marchessi, Vania Markarian, Eric Zolov, Elisa Servín, Fernando Herrera, Sandra Jaramillo, Rafael Rojas y Vera Carnovale.

Tal como lo anuncia su título, este libro es una invitación a debatir y tensionar, desde una perspectiva historiográfica, el concepto de nueva izquierda en América Latina, problematizando sus usos y significados.



Utilizado tradicionalmente para referirse a los movimientos de izquierda que optaron por la vía armada en los años sesenta en América Latina, los trabajos incluidos en esta obra permiten pensar, más allá de los lugares comunes, en un concepto de nueva izquierda mucho más complejo y multidimensional, poniendo en diálogo la teoría y el estudio de casos, de diferentes países y la relación entre ellos.

Esta representa la primera novedad de la obra analizada, pues no se remite solo al Cono Sur, si no que incluye a Colombia y México, con recorridos diferentes, pero no ajenos al devenir de una época especialmente intensa en esta parte del mundo.

El libro da cuenta de varias cuestiones fundamentales, en cuanto a la pertinencia y el aporte de esta publicación, en un campo que por mucho tiempo estuvo relativamente vacante, y cuyos avances pertenecen en su mayoría a las últimas décadas. No es que el campo de las izquierdas no fuera de interés previamente, pero los contextos y urgencias de la disciplina estaban vinculados a los procesos políticos de entonces, marcados por el fin de las dictaduras militares.

En el Cono Sur, una vez recuperada la democracia, la historia reciente puso su atención principal en las graves violaciones a los derechos humanos, perpetradas en dictadura. Los militantes de izquierda eran, en primer lugar, las víctimas de esta represión, y el debate público estaba marcado por la necesidad de la denuncia, la memoria y la reparación. El esfuerzo de la disciplina estuvo, entonces, mucho más inclinado a los estudios sobre los mecanismos represivos o los movimientos de defensa de los derechos humanos.

Por otra parte, los sectores políticos que apoyaron los golpes de estado buscaban en el contexto previo la justificación de estos, y en sus discursos, el origen de la violencia había sido responsabilidad de los movimientos de la izquierda armada. Este falaz argumento ha sido rebatido desde el necesario respeto a los derechos humanos y el sistema democrático, señalando que ningún contexto justifica la barbarie. Sin embargo, desde la historiografía es imprescindible la investigación, el análisis y la problematización de los procesos sociales, políticos, culturales y las acciones colectivas, identidades, influencias, entre otros muchos aspectos, que caracterizaron a los movimientos catalogados como parte de la nueva izquierda en América Latina, para entender una época y aportar una mirada crítica a los debates de la memoria.

Es en este esfuerzo que surge esta obra colectiva, que gira en torno al concepto, poniendo énfasis en lo insuficiente que puede resultar su definición más corriente, al mirar con atención nuestro pasado reciente.

Uno de esos aspectos tiene relación con la heterogeneidad de la realidad que aborda el término. No se entiende lo mismo, y en la práctica tampoco lo fue, dependiendo de los contextos, su origen o impacto, en cada país del continente. Sin duda, las trayectorias de los grupos armados no fueron iguales; tampoco surgieron en los mismos contextos ni por las mismas razones, y si bien, como señalan varios de los trabajos, la Revolución cubana es un hito insoslayable, no alcanza para explicar esa diversidad, y mucho menos sus apariciones diferidas. En este sentido, destacan los trabajos de Zolov, Servín, Herrera y Jaramillo, que nos hablan de una realidad menos conocida en el Sur, como son México y Colombia, y que nos sorprende con una cronología, hitos o actores un tanto diferente a los que más conocemos.

A propósito de la temporalidad, el primer artículo de esta obra, escrito por Marchesi, “¿Novedad o retorno? Pensar la nueva izquierda de los sesenta en la historia del siglo XX”, cuestiona la temporalidad de la nueva izquierda, al estudiar sus debates y postulados en una larga duración histórica de la mano de algunos de sus dirigentes, cuyas trayectorias comienzan mucho antes de la Sierra Maestra. Qué hay de nuevo o viejo en ello y qué diferencia a estas nuevas izquierdas de las tradicionales es una de las preguntas que se plantea el autor, poniendo en cuestión, de paso, la pregunta acerca de las formas de lucha y si es solo esto lo que las diferencia.

En esa misma línea se sitúa el trabajo de Markarian, “Viejas correspondencias libertarias y nuevas izquierdas latinoamericanas. Las cartas de Benito Milla y Luis Mercier Vega en el archivo del Congreso por la Libertad de la Cultura”, que además da cuenta de los vínculos internacionales de las izquierdas, que requiere una superación del estudio de los casos nacionales por separado.

Así, este libro propone una mirada trasnacional al fenómeno de las izquierdas, pues hubo entre ellas relaciones importantes, que se expresaron en viajes, encuentros e influencias intelectuales profundas, y que se mantuvieron al menos entrados los años setenta, haciendo un contundente aporte metodológico al campo.

De hecho, una parte muy relevante de las historias de las izquierdas podemos encontrarla, por ejemplo, en el estudio de las resistencias, el exilio. Bien lo supieron las dictaduras del Cono Sur, coordinadas a través del plan Cóndor en los

años setenta. También es muy relevante su participación en las organizaciones de derechos humanos. Estas derivas y trayectorias son descritas por Carnovale en su trabajo, “Humanismo, violencia revolucionaria y derechos humanos en la nueva izquierda argentina”, evidenciando, en este caso, que el concepto no se suscribe a un programa o forma de lucha en particular y a un momento específico, si no que sus militantes estuvieron en diferentes frentes y movimientos sociales, también fueron variando sus discursos e incorporando nuevos elementos, influidos por los contextos, los debates y las urgencias de cada momento.

En la misma línea, Rafael Rojas, en su texto “New Left Review y las revoluciones e izquierdas latinoamericanas de la Guerra Fría (1959-1989)”, las posiciones que tuvo la revista, a lo largo de sus números y décadas, en torno a distintas formas y propuestas de izquierdas de diferente signo, desde la Revolución cubana, pasando por el proyecto de la Unidad Popular, siguiendo con la Revolución sandinista y el rol de las izquierdas en los procesos de transición a la democracia que dan cuenta de transformaciones político-ideológicas de la mayor profundidad.

Estudiar esos recorridos es tratar de entender, como proponen los artículos de este libro, las nuevas izquierdas no solo como movimientos armados. Si las fronteras se expanden más allá de la lucha armada, entonces, ¿es posible definirla desde otros aspectos? Esta obra propone que es necesario, pues los movimientos de la nueva izquierda están definidos, sobre todo, por una identidad política y cultural que imprimen un sello a una época y que la trasciende. Por cierto, una de ellas es la de diferenciarse de los partidos de la izquierda tradicional, pero en este libro hay mucho más que eso, y que, incluso, la relación entre ambas izquierdas pasa por distintos momentos, a veces más cerca, otras más lejos, se miran y se refieren mutuamente.

La identidad es también la construcción de una subjetividad que se irradia a la sociedad, y la nueva izquierda, como fenómeno político, lo es también desde el punto de vista cultural. Es una forma de ver el mundo y de ser agente de cambio, e involucra expresiones estéticas, como la música o la forma de vestir, o el conjunto de valores y formas de vivir la militancia o la vida cotidiana, o los referentes político-morales que se consideran ejemplares, y que abarcan un universo más amplio que el ámbito partidario.

Como fenómeno propio de la época, pero también como necesidad historiográfica, abre posibilidades para el estudio de nuevas y nuevos actores como los jóvenes y los universitarios, como da cuenta el trabajo de Fernando Herrera

“La guerrilla y la nueva izquierda mexicana en los años sesenta: sus debates sobre los estudiantes como agentes revolucionarios”, o los intelectuales, como el caso estudiado por Elisa Servín, “La nueva izquierda intelectual en el México de los años sesenta: compromiso político, periodismo crítico y movilización social”, o el de Jaramillo, “Contornos socialistas de la nueva izquierda intelectual en Colombia en los años sesenta y setenta”.

Una mirada sobre la participación de las mujeres habría enriquecido este trabajo colectivo, o la discusión de las temáticas de género en el interior de las organizaciones de la nueva izquierda; por ejemplo, en su vínculo con el feminismo o sus diferencias o similitudes con la izquierda tradicional, o sus redes transnacionales, entre otros aspectos que están siendo trabajados por otras y otros investigadores.

Sin duda, esta publicación nos desafía a pensar en muchos nuevos temas y protagonistas, y es una invitación a hacerlo y desde diversas perspectivas historiográficas.

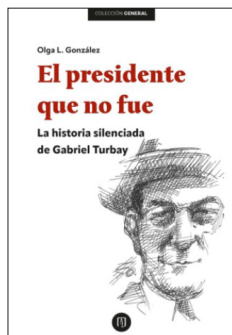
Por ello, podemos decir que este libro subraya la existencia de un extenso campo para el estudio de las identidades de la izquierda en general y de las nuevas izquierdas en particular, que requieren un análisis interdisciplinario, que en el caso que aquí comentamos, reúne al menos a la historia política y a la historia cultural, en una alianza que debería ser mucho más frecuente, más plural y colectiva, que nos permitan comprender el universo de quienes en nombre de las grandes utopías de transformación social se organizaron, comprometieron y, en muchos casos, dieron su vida por mejorar las condiciones de vida de las grandes mayorías del continente. La construcción de esas subjetividades, sus conquistas reales y la violenta derrota sufrida, necesitan ser aprehendidas y proyectadas.

El presente nos interpela con múltiples interrogantes sobre este tema. En tiempos en que parece instalarse la desesperanza y el individualismo, resulta importante preguntarse sobre cuáles son las herencias políticas, intelectuales o éticas de las izquierdas del siglo XX para este nuevo contexto, y si es capaz de superar dolores y derrotas para inventar, una vez más, un futuro colectivo, o ha renunciado a su capacidad transformadora.

Entendiendo que la izquierda ha sido una manera de mirar el mundo para cambiarlo, en su historia podemos encontrar algunas pistas para el ejercicio de la política en tiempos de incertidumbre.



RESEÑA



Olga Lucía González **El presidente que no fue: la historia silenciada de Gabriel Turbay**

(Bogotá: Ediciones Uniandes, 2025)

467 páginas

ISBN: 978-958-798-795-9

SERGIO ALEJANDRO MÉNDEZ-VIZCAYA

sa.mendez10@uniandes.edu.co

Doctor en Historia de la Universidad de los Andes.

<https://orcid.org/0009-0005-7618-3303>

La cuenta de cobro historiográfica al mito gaitanista

En *El presidente que no fue*, Olga Lucía González (doctora en Sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París) examina la trayectoria y el legado de un político históricamente marginado de la narrativa oficial colombiana: Gabriel Turbay. A partir de una reconstrucción de su carrera política, el libro analiza las perspectivas y omisiones que han configurado la historiografía nacional del periodo de la República Liberal y la exaltación de la figura caudillista de Jorge Eliécer Gaitán. Asimismo, este trabajo subraya la relevancia de la crítica historiográfica como una herramienta para el fortalecimiento de la cultura democrática.

El énfasis de esta investigación se centra en las elecciones de 1946 –las cuales marcaron el fin de la República Liberal–, en las que Turbay fue candidato por el Partido Liberal y compitió por la presidencia con Jorge Eliécer Gaitán y el conservador Mariano Ospina Pérez. Según su autora, el libro persigue cuatro objetivos:



[...] el primero, hacerle justicia a un hombre que fue importante para la vida política colombiana; el segundo, narrar los hechos como realmente sucedieron (y aportar evidencias); el tercero, interrogar algunos mitos que se han instalado en el relato de los años treinta y cuarenta en Colombia; el cuarto, establecer un diálogo con los interrogantes de nuestro presente. (p. XIX)

El trabajo de González resalta particularmente los objetivos segundo y tercero; esto debido a que Turbay, a pesar de su relevancia en el desarrollo de la República Liberal, ha sido ignorado o tratado de manera simplista por la historiografía política colombiana.

En la primera parte del libro, González expone algunos aspectos biográficos básicos de Turbay. Se enfoca, principalmente, en el desarrollo de una carrera política que abarcó desde sus inicios como militante de ideas revolucionarias de izquierda hasta su ascenso como joven y exitoso congresista al final de los años veinte. En este periodo, Turbay destacó en diversos debates, entre los que se incluye la famosa discusión parlamentaria sobre la masacre de las bananeras. Asimismo, la autora resalta su labor como organizador de la campaña presidencial que devolvió el poder a los liberales en 1930, y su importancia en la República Liberal, tanto en calidad de ministro de Gobierno como por su desempeño diplomático como embajador ante los Estados Unidos.

En esta primera parte del libro, la historia de Turbay se construye en paralelo con la de la de Jorge Eliécer Gaitán, su principal competidor en la campaña de 1946. Para ello, González comienza por resaltar algunas similitudes y convergencias; por ejemplo, que Gaitán, al igual que Turbay, era de “origen modesto”, “no pertenecía a los círculos capitalinos del poder”, tenía una “creencia en la formación, horas consagradas a la educación” y poseía una “temprana politización” (p. 3). De la misma manera que para Turbay, esta temprana politización se dio en las ideas de izquierda, y su ascenso en la política fue producto de su éxito como parlamentario, espacio en el que también se destacó en los debates, como en el de la masacre de las bananeras. Sin embargo, en los años treinta sus carreras, especialmente en la forma de asumir la actividad política, empezaron a divergir. Al respecto González comenta:

Consciente o inconscientemente, las estrategias que siguieron Gabriel Turbay y Gaitán durante este periodo fueron opuestas en el método, aunque complementarias en lo sustantivo. Turbay era el político moderno, enfocado en la construcción y orientación de un gobierno fuerte. Su obra fue echar fundamentos, construir las bases, establecer las reglas de juego que permitieran democratizar a Colombia y garantizar la igualdad ante la ley. Gaitán era el agitador nato, el hombre que movilizó a las masas,

que habló por ellas, que buscó representarlas en la arena pública. Eran dos personalidades y también dos formas de hacer política desde la izquierda. (p. 60)

De esta manera, Turbay se consolidó entonces como un “hombre de partido”, ya sea por organizar campañas políticas o por su servicio como ministro y embajador de los diversos gobiernos de la República Liberal, mientras que Gaitán, ajeno a esa disciplina política de partido, eligió el camino del “agitador de masas”.

Este es un punto sociológico muy destacable que aporta profundidad al análisis histórico: Turbay y Gaitán no son simplemente valorados por sus logros o sus inclinaciones ideológicas, sino por la *forma* en que practicaban la política. Para González –y este es un tema recurrente en el libro–, el valor de Turbay radica en su compromiso, profundamente moderno, de construir su partido como una institución sólida en todos los aspectos: desde lo electoral hasta el valor del ideario y la discusión política. Todo ello estuvo atravesado por firmes convicciones democráticas dentro de un pensamiento liberal moldeado por múltiples influencias, las cuales van desde las ideas del comunismo, que primaron en su juventud, hasta el pensamiento rooseveltiano¹, imperante en el continente americano durante su madurez.

Bajo esta luz, el libro presenta los logros políticos de Turbay durante la República Liberal. Entre estos destaca su participación –principalmente como ministro de Gobierno y jefe de debate en el Congreso– en temas cruciales como la reforma agraria, la creación del registro civil, la reforma penal, la separación entre la Iglesia y el Estado y la lucha por la igualdad de la mujer en aspectos como el acceso al mercado laboral, el control de sus finanzas y el derecho al divorcio. A esto añade su labor como ministro de Relaciones Exteriores, gestión en la que González muestra la férrea oposición de Turbay al fascismo, corriente que en los años treinta y cuarenta contaba con gran fuerza en Europa y no pocos admiradores en Latinoamérica. Asimismo, resalta su papel en alinear a Colombia contra las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y su posterior vínculo con el naciente orden internacional –inspirado nuevamente en las ideas rooseveltianas– que representó la creación de las Naciones Unidas tras la finalización del conflicto.

En la segunda parte del libro –la más extensa, pues aunque ocupa el mismo número de capítulos que la primera (seis), casi la duplica en número de páginas–

¹ En particular por sus ideas progresistas respecto al papel del Estado para regular la economía, la necesidad de tener un estado del bienestar y su concepción sobre el orden internacional.

se relata la historia de la campaña presidencial de 1946. Para ello, González se basa primordialmente en un muy riguroso seguimiento de prensa, con consultas a publicaciones como *El Tiempo*, *El Siglo*, *Jornada*, *El Espectador*, *Vanguardia Liberal*, *Batalla*, *Diario Popular*, *El Liberal* y *El Colombiano*, por mencionar las más importantes. Asimismo, recurre a correspondencia conservada en el Archivo General de la Nación y a diversas compilaciones de los discursos de Gaitán y Turbay.

En esta parte, la autora analiza tres aspectos principales de la campaña. El primero fue el sabotaje que realizó la mayor parte de la élite del Partido Liberal contra su propio candidato, bajo el liderazgo de Alfonso López Pumarejo. Según González, este sabotaje tuvo varias motivaciones, que iban desde el temor a un Partido Conservador que se inclinaba, cada vez más, por el uso de la violencia como método de ascenso político hasta la debilidad de López Pumarejo tras un intento de golpe de Estado y el escándalo de corrupción de su hijo, Alfonso López Michelsen, en el llamado caso Handel (en el que se benefició con la venta de las acciones de la compañía holandesa Handel, la cual era, además, accionista de la Cervecería Bavaria). Este último hecho provocó que Turbay se distanciara del presidente. Asimismo, influyó la aparición de grandes gremios económicos en la década de los cuarenta, como la ANDI y Fenalco, los cuales se oponían a las políticas en pro de los trabajadores y al intervencionismo estatal que Turbay defendía, tales como la ampliación de la salud y la educación pública, la creación del Seguro Social y el establecimiento de entidades de vigilancia como las superintendencias. Por ello, López Pumarejo, muy cercano a esas élites, buscó un candidato de “consenso” con los conservadores, a costa de aquel que había sido elegido legítimamente por su propio partido.

El segundo tema que González analiza es el apoyo que dieron Laureano Gómez y otros sectores del conservatismo a Gaitán durante la mayor parte del proceso (hasta que los conservadores definieron un candidato propio). Lo interesante de este respaldo es el hecho de que no fue solo instrumental, pues, como se muestra en el décimo capítulo, existieron coincidencias ideológicas que, en el caso de Laureano Gómez, se expresaron tanto en público como en privado. Estas afinidades entre Gaitán y Gómez se centraban en una visión primordialmente moralista de la política, en el carácter apasionado de la oratoria gaitanista –la cual, según González, era priorizada por el caudillo en detrimento de la argumentación racional y de un programa político claro– y en el fervoroso anticomunismo del que tanto Gaitán como los conservadores hacían gala. De hecho, González parece sugerir que, de no ser por el republicanismo y la visión laica del Estado que tenía Gaitán, habría sido particularmente difícil distinguirlo ideológicamente de la línea más radical

del conservadurismo, al menos durante esta campaña. Es así que, en el décimo capítulo del libro, González presenta evidencia, proveniente del testimonio del dirigente de izquierda de la época Ignacio Torres Giraldo, de que la campaña de Gaitán fue financiada por Bernardo Ángel, el hijo del industrial Alejandro Ángel Londoño. Descrito por la autora como una figura perteneciente “a la derecha más dura del Partido Conservador” y “Violentamente antisemita y anticomunista”, Ángel había fundado en 1935 el movimiento Colombia Nacionalista y en 1945 fue nombrado tesorero de la campaña de Gaitán (pp. 270-271).

El tercer gran tema de esta parte del libro es la campaña racista y xenófoba que se emprendió contra Turbay, tanto desde la prensa conservadora (en especial *El Siglo*) como desde la gaitanista (*Jornada*). Esta ofensiva se basó en el uso constante de estereotipos raciales ligados a la ascendencia libanesa de Turbay y la idea de que, por lo tanto, no era un ciudadano colombiano propiamente dicho². El capítulo donde se detalla este fenómeno (el undécimo) presenta una sólida evidencia –tanto textual como gráfica– al respecto. No obstante, aunque González dedica casi tres páginas a definir el concepto de racismo y la distinción que tiene con relación al de xenofobia, no recurre a ningún referente teórico para tal empresa, lo cual le hubiera podido dar mayor claridad respecto a su propósito³.

En la tercera parte del libro se aborda la ausencia de Gabriel Turbay en la historiografía y las lecciones políticas que su vida y, especialmente, las elecciones de 1946 dejan para la actualidad. Respecto a la cuestión historiográfica –de central importancia en este trabajo–, la autora presenta una extensa “cuenta de cobro” que posee varias aristas. La primera se refiere a los errores y omisiones de la historiografía sobre Gabriel Turbay. González critica la construcción de una narrativa que lo presenta como el candidato de la “oligarquía”, de los “políticos profesionales” y de las “maquinarias lopistas” (errores en los que, desde su perspectiva, incurren

2 La manera en que Turbay era presentado por *El Siglo*, además, parece haber tenido marcados tonos de lo que Edward Said (1978) llamaría *orientalismo*. Así, González recoge un peculiar artículo de dicho periódico de la época en el que se llega a afirmar que uno de los objetivos políticos de Turbay era reemplazar los “hogares católicos” colombianos por “amplios serrallos, perfumados y sensuales, en donde la vida se adormezca en sueños y placeres” (pp. 288-289).

3 González define el racismo como: “[...] considerar que no existe espacio para determinados grupos de la población (negros, migrantes, hijos de migrantes, indígenas, etc.) en cierta comunidad porque no cumplen los requisitos (de color de piel, de ancestros, de religión, de cultura)” (p. 280). Sin embargo, y en consonancia con varios autores que han abordado esta cuestión, incluso desde diferentes perspectivas (Hannaford, 1996; Isaac, 2004; Lewontin, Rose & Kamin, 1987), esta definición centrada en la mera discriminación omite el panorama más general del concepto. En particular, es importante evidenciar que el racismo parte de la idea de “raza”, un concepto seudocientífico en el que, basándose en un grupo de características físicas (biológicas, hereditarias y condicionadas generalmente por el medio ambiente), se pretende explicar el comportamiento y el carácter moral de grupos poblacionales enteros (étnicos o nacionales).

autores tan destacados como Jorge Orlando Melo y Herbert Braun). Asimismo, cuestiona que se le haya descrito como un candidato “gris” e “impopular” (pese a que obtuvo más votos que Gaitán) y que, supuestamente, se hizo con la nominación del partido de manera ilegítima (cosa que González desmiente categóricamente con datos en la mano en el capítulo séptimo del libro, en particular, debido al apoyo abrumador que Turbay obtuvo en la convención nacional del partido).

Por otra parte, la autora critica los múltiples silencios que hay sobre Turbay en la literatura política sobre el periodo. Entre ellos destaca el hecho de que no se mencionen sus logros durante la República Liberal; por ejemplo, señala que en la *Nueva Historia de Colombia* se omite el nombre de Turbay en la lista de ministros de Relaciones Exteriores. Asimismo, indica que historiadores que analizan las relaciones entre la Iglesia y el Estado –como Ricardo Arias y Fernán González– no dan cuenta de la importancia de su participación en los debates sobre el Concordato en los años treinta. A esto suma el hecho de que se hayan ignorado sistemáticamente los ataques racistas que Turbay recibió durante la campaña de 1946 y la falta de dimensión sobre la relevancia del personaje, algo de lo que la autora acusa a estudiosos de la talla de Daniel Pécault y David Bushnell.

En este apartado también se presenta una dura crítica al relato construido sobre la figura de Gaitán –tanto en la memoria como en la historiografía– a partir de lo que González denomina el “mito sobre Gaitán”, uno que “se crea casi al momento de su asesinato”, hecho que lo convirtió “básicamente en un símbolo: de los desposeídos, de las víctimas, de la disidencia frente a los poderosos” (p. 370). Este mito ha estructurado gran parte de la discusión histórica y política sobre Gaitán, para que se acomode a la imagen idealizada del personaje que promueve. Y esta sería la razón por la cual, tanto en la historiografía como en la memoria sobre Gaitán, hay una resistencia a reconocer que su estilo agitación populista utilizó el racismo y las ideas xenófobas para atacar a Turbay en la campaña del 46. Un ejemplo de esto que González pone al respecto es el del historiador Renán Vega Cantor, quien trata de defender a Gaitán en relación con este tema, sosteniendo que lo que hizo durante esta campaña fue simplemente una reivindicación nacionalista de sus propios orígenes mestizos e indígenas, ante el desprecio que estos habían generado entre las élites políticas y sociales colombianas (p. 370).

Para González, el mito sobre Gaitán se construyó con base en diversos pilares. Por un lado, destaca la astucia del caudillo, quien siempre se proyectó de manera muy hábil, gracias a un aprendizaje derivado de su estancia en la Italia de Mussolini, particularmente en lo referido al manejo de las masas y los medios de

comunicación. Por otra parte, se encuentra la figura del “mártir civil” que Gaitán encarnó tras su asesinato, imagen que ya existía en el imaginario nacional y que había sido representada previamente por el también político liberal Rafael Uribe Uribe. A todo esto hay que incluir, además, el tema de a quién apoyó el Partido Comunista y los Sindicatos en la campaña del 46. El “mito sobre Gaitán afirma que o bien estos apoyaron a Gaitán o, si apoyaron a Turbay, se debió únicamente a que PC atravesaba su periodo «browderista»⁴, cosa que González desmiente en el capítulo doceavo del libro. En últimas, todo este andamiaje fue amplificado por el trabajo biográfico de José Antonio Lizarazo Osorio, director de *Jornada*. Para la autora, su libro *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia* (1952), reunió y solidificó muchos de los falsos tópicos que persisten tanto sobre el periodo en general como sobre el caudillo y sus oponentes –especialmente Gabriel Turbay– (tanto en la memoria como en la historiografía).

Más importante aún dentro de esta crítica historiográfica es la observación de González sobre la precariedad de las fuentes para estudiar a Gaitán, las cuales están incompletas y no son muy accesibles. Esto se debe a que, en algunos casos –como ocurre con el periódico *Jornada*–, se encuentran ejemplares mutilados o, incluso, bastantes números faltantes en las pocas hemerotecas donde se conservan. Asimismo, muchos de los discursos de Gaitán están perdidos, incompletos o alterados. Sin embargo, resulta más grave el hecho de que estas fuentes se hallen bajo el control de su familia; en particular de su hija, Gloria Gaitán, quien se ha convertido en la guardiana del acceso a las mismas. Desde esta posición, ella controla la memoria sobre su padre para ajustarla a una narrativa favorable al mito construido a su alrededor. La autora señala además que este fenómeno no es exclusivo de Gaitán, sino que afecta también los archivos de otras figuras políticas de primer orden, como Laureano Gómez o Alfonso López Pumarejo.

En síntesis, el valor de este trabajo no solo radica en la calidad de la investigación –en particular en su riguroso seguimiento de prensa para comprender la elección de 1946– o en la apertura de un debate historiográfico en torno a la poco estudiada figura de Gabriel Turbay. También reside en señalar lo que su paso por la política representó para la República Liberal, lo que este periodo significó (y aún significa) para la historia de Colombia y, por otro lado, en una crítica necesaria a la

4 Una tendencia del Partido Comunista estadounidense que abogaba por la cooperación entre el capitalismo y el comunismo, que se dio durante y poco después de la Segunda Guerra Mundial, y cuyo nombre hacía referencia a su secretario general durante dicho periodo, Earl Browder.

figura idealizada de Jorge Eliécer Gaitán y el manejo de la memoria y las fuentes de este periodo acorde con relatos preestablecidos.

Estos debates –como señala la autora en el último capítulo– tienen consecuencias cruciales para el presente, pues obligan a una reflexión sobre la izquierda y, de manera más general, a las formas en que se da la discusión política en Colombia. En este punto es importante señalar –como bien indica González en la introducción– que la cuestión no es una de carácter meramente histórico⁵. La autora, asidua comentarista política y columnista del medio digital *La Silla Vacía*, afirma en la introducción de su obra que:

El tono de este libro no es de fría neutralidad. Aunque riguroso, este trabajo no es la transcripción de una disertación doctoral. Es un libro comprometido con ciertos valores: con la idea de ampliación de la democracia, de los derechos y del pluralismo. En ese sentido, es un libro comprometido con el presente y con nuestro devenir como nación. (p. XVIII)

En virtud de ello, no se le puede juzgar meramente como un texto académico. Sin embargo, y precisamente con base en lo anterior, la reflexión de este último capítulo se queda algo corta. Habría sido necesario que González hubiera hecho una comparación más detallada entre las debilidades de la actual izquierda colombiana y su relación con el populismo gaitanista, tema al que apunta de manera clara el libro.

Para concluir, es claro que para González hay una disyuntiva clara con relación a esta cuestión: una opción fundamentada en un ideario definido, con un programa discernible y basado en argumentos –como propuso Gabriel Turbay–, u otra de carácter populista que abandone el valor de la discusión pública y el debate, como la que, desde su perspectiva, representó Gaitán. La discusión, tanto historiográfica como política, queda abierta y la pregunta es, entonces, si la academia y el país decidirán asumirla o ignorarla.

5 Es importante señalar, dadas las intenciones políticas del libro, que este ha tenido un gran impacto mediático. Es así que para el momento en que se escribe esta reseña, *El presidente que no fue* ya cuenta con cinco ediciones y un tiraje de 5000 ejemplares –cifra poco común para un texto académico–, además de haber sido reseñado en la prensa por destacadas figuras del ámbito político, académico y periodístico, tales como Daniel Samper Pizano (2025), Carlos Uribe Celis (2025), Armando Martínez (2025) y Armando Montenegro (2025), por señalar algunos ejemplos. Sumado a ello, la autora ha concedido múltiples entrevistas y ha participado en diversos conversatorios a lo largo del país para discutir el alcance de su obra.

Referencias

- Celis Uribe, C. (2025, 8 de julio). A propósito de El presidente que no fue, la historia silenciada de Gabriel Turbay. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/entretenimiento/cultura/2025/07/08/a-proposito-de-el-presidente-que-no-fue-la-historia-silenciada-de-gabriel-turbay>.
- Hannaford, I. (1996). *Race: The History of an Idea in the West*. The Woodrow Wilson Center Press.
- Isaac, B. (2004). *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton University Press.
- Lewontin, R. C., Rose, S. y Kamin, L. J. (1987). *No está en los genes: racismo, genética e ideología*. Editorial Crítica.
- Martínez, A. (2025, 1 de mayo). El que debió ser presidente. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/opinion/columnistas/2025/05/01/el-que-debio-ser-presidente/>.
- Montenegro, A. (2025, 10 de agosto). Otro retrato de Gaitán. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/armando-montenegro/otro-retrato-de-gaitan/>.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1952). *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*. López Negri.
- Pizano Samper, D. (2025, 22 de junio). La conspiración contra el turco. *Cambio*. <https://cambiocolombia.com/los-danieles/articulo/2025/6/la-conspiracion-contra-el-turco/>.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. Pantheon Books.